

RICARDO ROJAS

ARCHIPIÉLAGO

TIERRA DEL FUEGO



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES



ES PROPIEDAD
DE LA
Municipalidad de Buenos Aires

pat. 1840

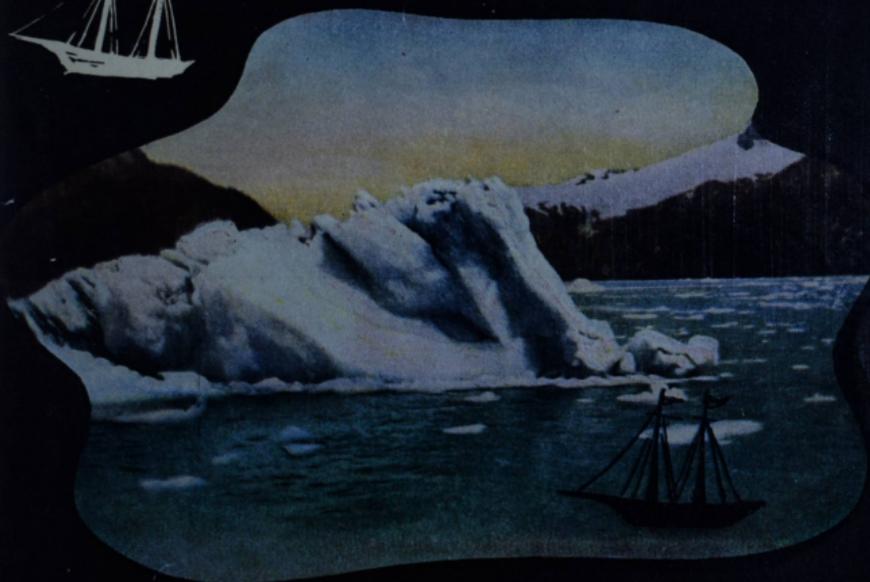
ROJA

DIRECCION DE BIBLIOTECAS PUBLICAS MUNICIPALES	
Nº. ORDEN	20.973
UBICACION	11-K-18
Ficha Material	910.4(829.0)

RICARDO ROJAS

Archipiélago

(TIERRA DEL FUEGO)



EDITORIAL LOSADA • BUENOS AIRES

PANORAMAS



ARCHIPIÉLAGO

Al Dr.

Mariano de Vedia y Mitre.

absequio del autor.

después de leer
su amable carta
sobre esta obra.

Su apuro
Nicolas Hajá

1946

PANORAMAS

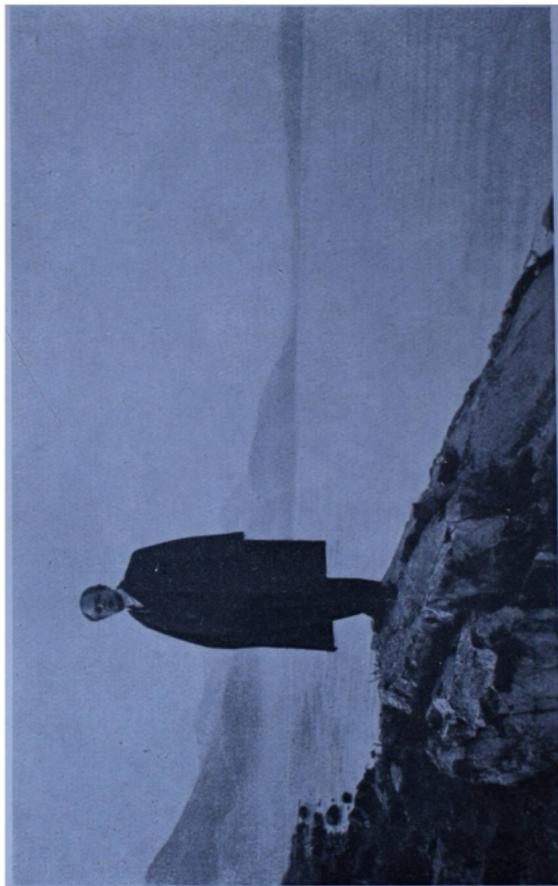
COLECCIÓN DIRIGIDA POR
GUILLERMO DE TORRE

Publicados:

- RICARDO ROJAS: RETABLO ESPAÑOL
- L. MANDIN, J. CASSOU, ETC.:
HISTORIA DE LAS REVOLUCIONES DE CROMWELL
A FRANCO
- CHARLES SREIGNOBOS: HISTORIA COMPARADA DE LOS PUEBLOS DE
EUROPA (2ª edición)
- ALBERT THIBAUDET: HISTORIA DE LA LITERATURA FRANCESA (*Desde
1789 hasta nuestros días*)
- BERTRAND RUSSELL: EL PODER EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS
- IGNAZIO SILONE: LA ESCUELA DE LOS DICTADORES
- C. E. M. JOAD: GUIA DE LA FILOSOFIA
- GERMÁN ARCINIEGAS: LOS ALEMANES EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA
- JOSÉ M^º MONNER SANS: PANORAMA DEL NUEVO TEATRO
- RICARDO ROJAS: ARCHIPIELAGO (*Tierra del Fuego*)

Próximamente:

- ERNEST TRATTNER: ARQUITECTOS DE IDEAS (*Historia de las grandes teorías
de la Humanidad*)
- A. N. WHITEHEAD: LA CIENCIA Y EL MUNDO MODERNO
- F. SHERWOOD TAYLOR: BREVE HISTORIA DE LA CIENCIA
- A. BRAGHINE: EL ENIGMA DE LA ATLANTIDA



RICARDO ROJAS *Usbunia, 1934*

RICARDO ROJAS

ARCHIPIÉLAGO

TIERRA DEL FUEGO



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Adquiridos los derechos exclusivos
Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723
Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1942

PRINTED IN ARGENTINA

EXPLICACIÓN PRELIMINAR (1)

El año 1934 —de enero a mayo— residí en Ushuaia como confinado político y, para distraerme del incierto cautiverio, me dediqué a escribir allá estas páginas sobre Tierra del Fuego, también llamada Onaisín por alusión a los onas que primitivamente la habitaron.

No hallará el lector en esta obra desahogos personales, porque ella no es un diario íntimo ni una crónica partidaria. Por eso he omitido no sólo el nombre de los que a Ushuaia me llevaron, sino hasta el de mis compañeros en el involuntario viaje. Trátase, pues, de un libro inspirado en el más sereno ideal patriótico.

Sucesos recientes han puesto de actualidad los problemas australes, y ello me indujo a sacar de sus carpetas de antaño estas páginas que han permanecido inéditas, casi olvidadas por mí durante un lustro. Ese estado actual de la sensibilidad pública quizá sea propicio para fijar la atención sobre mi tema. Quiero prestar con ello

(1) Este prólogo fué escrito en Buenos Aires para "La Nación" que publicó la obra en sus suplementos dominicales, desde agosto de 1941 hasta enero de 1942, con el título de *Archipiélago*. El libro, escrito en Ushuaia, data de 1934, y al editarlo en el presente volumen se ha conservado íntegro el texto primitivo, y se ha agregado el subtítulo de *Tierra del Fuego* para mayor precisión geográfica y también por ser nombre significativo en su valor simbólico.

un servicio cívico, hoy que los argentinos miran hacia el Sur.

Estas páginas podrán ser leídas por el presidente de la Nación, autoridad suprema de nuestra soberanía en la olvidada Tierra del Fuego; por el Ministro del Interior, de quien depende la Gobernación; por el de Justicia, de quien depende el Presidio; por el de Agricultura, de quien depende la tierra fiscal; por el de Hacienda, de quien dependen las aduanas; por el de Obras Públicas, que tiene allá una empresa de carreteras sin realizarse; por el de Relaciones Exteriores, que tiene allá varias islas en litigio; por el de Guerra, que tiene allá una frontera internacional abandonada; por el de Marina, a cuya flota corresponden graves funciones en el Archipiélago. El Consejo de Educación, los legisladores y todos los ciudadanos hallarán también sugerencias útiles en esta obra que sale a la luz pública para servir a permanentes intereses de la nacionalidad.

He visto allá cosas que como funcionario o como turista no habría podido conocer, y aunque muchas de esas visiones las debo a un estado de alma personalísimo, he procurado no hablar de mí sino de la realidad fueguina que me rodeaba con su angustia y su deslumbramiento. De ello provienen las intenciones de estas notas, que han llegado a formar un breve libro.

Hay allá riquezas abandonadas y rutinas perniciosas que la Argentina necesita conocer en salvaguardia de su propia seguridad y de su prestigio internacional. De nada vale declamar contra las infiltraciones extranjeras, más o menos imperialistas, si los argentinos descuidamos nuestro deber. Cuando una nación soberana extiende su jurisdicción a territorios vírgenes, asume

deberes de cultura y contrae responsabilidades ante la humanidad, que no podemos eludir.

Cuanto estas páginas contienen es cosa vista por mí o comprobada en documentos y testimonios válidos. Abarco en su conjunto las Islas, el hombre, la economía, y hasta la leyenda, que suele ser una forma simbólica de la verdad. He compuesto así una "historia fueguina", aunque sin aparato erudito, y acaso con algún desorden propio de las circunstancias por cierto incómodas en que la escribí.

A pesar de esa dispersión episódica, he delineado una edad antigua, con sus navegantes y exploradores, casi todos extranjeros; una edad media, de indios, y de evangelistas, extranjeros éstos también; y una edad moderna, la de soberanía argentina, con sus presidarios, sus gendarmes, sus latifundistas, sus vagabundos, casi todos asimismo extranjeros. Tal proceso cronológico no ha excluido la emoción literaria del paisaje y de los mitos indígenas. Tampoco ha excluido las reflexiones sobre el porvenir de la Isla, ni las reformas sociales que ella reclama.

Hay un gran dolor en aquella comarca argentina: el exterminio del indio, el régimen del presidio, el despilfarro de las tierras fiscales, el aislamiento geográfico, la esterilidad económica, la incuria oficial, la falta de estímulos de cultura y, como consecuencia de todo ello, la despoblación, la pobreza, la injusticia, la explotación internacional, la ausencia de la ciudadanía.

La maldición del Onaisín no es condición inmutable de la naturaleza, sino obra de los gobiernos. La leyenda nefasta, creada hace un siglo por Darwin, referiase al clima ingrato de una isla virgen y a su habitante autóct-

tono. La maldición actual proviene de causas administrativas que pueden fácilmente corregirse.

El objeto de estas páginas mías es revisar la leyenda darwiniana y divulgar la verdad sobre la Tierra del Fuego, que nació a la geografía en un cataclismo de los Andes y que entró en la historia con otro cataclismo, cuando llegaron a la Isla los que dijeron que iban para civilizarla.

Solicitado por generosos pensamientos, tracé panoramas, retratos, anécdotas, tradiciones y noticias de todo género, sin excluir mitos o estadísticas, a fin de mostrar la vida del Onaisín maravilloso y trágico. A la descripción de las iniquidades antiguas o actuales he agregado un plan de medidas urgentes para redimir la vida local. Pago así la hospitalidad que los buenos vecinos de Ushuaia me prestaron cuando tocóme residir entre ellos, pues quiero alentar a los que allá padecen, dándoles, desde aquí, vislumbres de una nueva esperanza.

R. R.

1.—LA EPOPEYA DE KUANIP

En Häuwepen, cerca del lago Cahme, apareció Kuanip, héroe libertador de los onas, hace ahora mucho tiempo. Esto pasó cuando las otras tierras ignoraban la existencia de Tierra del Fuego. Los navegantes descubridores de la isla oyeron contar la epopeya de Kuanip, que después de tantos milenios aun duraba en la memoria de su raza. Como Ketzalcoatl, mexicano, y El-lal, patagónico, aquel maestro fueguino enseñó muchas cosas y realizó muchas hazañas. Su epopeya simboliza el espíritu de estas islas australes.

Al aparecer Kuanip como un divino instructor en la Isla Grande, algunos lo creyeron hijo del Lago y de la Montaña Roja; pero en verdad era hijo de Kren, el Sol, y de Kerren, la Luna; Kren, la "persona" más hermosa del Onaisín, y Kerren, su mujer, que revelara los misterios matriarcales del primer klóketen, produciendo con ello la rebelión de los hombres. Enviado de Timáukel, Ser supremo en quien viven todos los seres, Kuanip conocía los secretos de la naturaleza y vino a doctrinar a los indios del Archipiélago, para libertarlos del horror antártico.

A semejanza de Prometeo, él trajo el fuego; y por aquellas fogatas que aun ardían cuando vinieron los navegantes blancos, llamaron del Fuego a esta isla de

Emana un sentido de esas leyendas propias de un pueblo prediluviano, y ellas debieran persistir en la memoria de los hombres. Ellas dan al paisaje del Onaisín una luz que viene de las más antiguas edades del mundo. El misterio se identifica en ellas con la naturaleza visible, y el cielo, abismo de meditaciones eternas, alumbra en el reflejo de sus estrellas humanizadas la sugestión de la moral y el heroísmo poetizado en los mitos.

Para poder contaros la leyenda de Kuanip, común a los onas y a los yaganes, he reunido anécdotas que aparecen dispersas en testimonios de etnógrafos y viajeros, y las he ordenado como conviene a la unidad de la gesta originaria. El argumento, así narrado, tiene sin duda el estilo de su remota antigüedad, y revela cuál fué la concepción que los indios de esta Isla habíanse formado acerca del mundo y de la vida humana. Todo en ese mito hállase referido al paisaje austral, que era para ellos el Universo, y ambos se explican recíprocamente, dando además la clave de una cultura primitiva que el hombre blanco destruyó en pocos años sin sustituirla por otra mejor.

Desde que llegué a Ushuaia me sentí fuertemente emocionado por el paisaje fueguino, el más raro que yo conozco. Aceptada la primera desagradable impresión del viento y del frío, empecé a descubrir la cambiante fascinación de sus colores. El Onaisín me mostró sus formas animadas, luces y sombras en un mundo mágico, tal como los indios lo concebían. Así llegué a identificarme con el alma prehistórica de los onas y a percibir a los mehenes, "personas" del drama cósmico. Iluminadas desde adentro sus figuras, las islas del Archipiélago parecieronme recién emergidas de un diluvio. Los Andes habíanse despedazado y los indios ya no

estaban; pero en el mito de Kuanip hallé una luz para todas mis interpretaciones sobre este rincón de nuestra patria; y del paisaje trascendí a su historia.

2.—EL CÓNDOR DE PLATA

La epopeya de Kuanip pertenece a la mitología ona, a su prehistoria milenaria. La historia es más reciente, y corresponde a nuestra edad mecánica, en la cual lo maravilloso se vale de otra máquina. De los anales contemporáneos tomo el episodio del primer aviador que llegó al Archipiélago, y también es épica esta aventura.

Gunther Plüschow fué el primer hombre que voló sobre la Isla del Fuego, y narró en un libro la prodigiosa visión del Archipiélago Austral, contemplado desde aquellas celestiales alturas. Falleció más tarde en un accidente profesional mientras volaba sobre los Andes patagónicos. Sus restos fueron llevados a Buenos Aires y cremados en la Chacarita, el 5 de mayo de 1931. Ha muerto, pues, en tierra argentina, trágicamente, el aventurero cuya hazaña había contado él mismo en un libro entusiasta.

Plüschow, antiguo capitán de la marina alemana, afirma que sintió desde su infancia una viva fascinación por Tierra del Fuego. Había visto, siendo niño, fotografías de los canales, y desde entonces no los olvidó, soñando siempre con poder algún día verlos en la realidad. Confiesa él mismo que hubo algo de fatal en esa vocación inflexible.

Cuando ya hombre se dedicó a la aviación, propúsose realizar su sueño, con cierta jactancia de querer ser el primero que volara sobre estas islas legendarias,

convencido de que aportaba con ello "una nueva luz en las oscuras páginas de la historia del mundo". "Desde hace muchos siglos, la Tierra del Fuego ha sido un país de misterio que ejerció poderosa atracción sobre los hombres", dice en su libro; y él sintió esa atracción. La leyenda fueguina, rica en bellezas y naufragios, coronóse con una nueva leyenda.

Vino por mar desde Europa, y el hidroavión fué llevado por su compañero Ernesto Dreblow a Punta Arenas, en octubre de 1928. Su máquina de volar y navegar era blanca como un albatros; pero él la llamó en su idioma *Silverkondor*, Cóndor de Plata. Por eso el libro en que describe su aventura (traducido al español por Armando Guerra), titúlase en alemán *Silverkondor Über Feuerland*, o sea "El Cóndor de Plata sobre la Tierra del Fuego". Este hombre era algo poeta, si no por su arte de escribir, con frecuencia hiperbólico y barroco, por su amor a lo desconocido, por su entusiasmo ante la belleza.

Navegó y voló Plüschow por la costa patagónica, por los lagos andinos, por el archipiélago austral, entre el Cabo de Hornos, cubierto de brumas, y el Monte Sarmiento, cono de nieve, a ratos vestido y desvestido por las nubes. Elevóse a 3000 metros sobre el mar, con audacia y deslumbramiento renovados. En sus acuatizajes, bajó a una isla desierta donde encontró a unos alemanes misántropos, lanzados hasta allá por las neurosis de la posguerra mundial. En otra ocasión, vió indios desnudos que navegaban en misérrimas canoas, con fuegos encendidos. Tomó fotografías desde lo alto, dándonos una nueva visión de las cumbres, las selvas, las nieves, los fiordos, los canales, que forman los intrincados paisajes de esta comarca llamada por él "la ma-

ravilla de las maravillas". Luchó con los famosos vientos magallánicos y vió abajo cortinas de nubes, rasgadas a veces por el sol sobre fondo de aguas y glaciares.

El vuelo de Plüschow y el libro en que describe lo que vió desde el cielo ocuparán en lo futuro un sitio prestigioso entre los episodios clásicos de la tradición fueguina, como el viaje de Darwin por el Beagle, al descubrirse este camino marítimo. Lástima que ambas hazañas y los libros que las narran no fueron obra de argentinos.

Traza Plüschow en su libro un panóptico del Onaisín visto desde el cielo, todo en blanco, distinto de lo que se podría ver en el rincón pedestre, según la perspectiva horizontal de los pintores.

Oigámoslo en las propias palabras del aviador:

"Los densos cortinados de nubes de los últimos días tempestuosos se rasgan repentinamente; el mar, acariciado por las reverberaciones de los rayos del sol poniente primaveral, se ha teñido de un azul oscuro; allá abajo, en donde parecía finalizar el mundo y en donde dominaban aún recientemente nubes, lluvias, tempestades que se arrastraban hasta aquí, aparece ahora muy cerca, de una pureza cristalina a semejanza de una "Fata Morgana", una nueva tierra emergiendo del mar, reflejando a lo lejos, cual monstruoso Grial, sus picos y almenas, cúpulas y torres puntiagudas de un blanco puro, rutilantes visiones magníficas de inmaculado hielo".

De pronto, el sol cayó en el abismo; desvaneciéronse los colores del ocaso; negras nubes ocultaron el cuadro; y al desaparecer la visión anterior, el piloto dijo a Willy, que lo acompañaba en el avión y que, por haber vivido aquí muchos años, era buen conocedor del Archipiélago:

—¡Dios mío! ¡Willy! ¡Dinos lo que ha ocurrido, explícanos esa aparición, tú que conoces a fondo estos privilegiados parajes! ¿Fué realidad? ¿O acaso fué sólo engañosa visión de nuestra fantasía loca?

—No, señor capitán —contesta Willy—. No fué ninguna fantasía, sino realmente es la Tierra del Fuego.

El piloto del Cóndor de Plata declara que sus fatigas fueron compensadas a menudo por incomparables panoramas de salvaje belleza.

Además de redescubrir a la Isla del Fuego, contemplándola desde lo alto en esa visión panorámica, Plüschow vino desde Punta Arenas a Ushuaia en hora y media de vuelo.

Honda fué la emoción de este humilde vecindario congregado en el muelle cuando vió aparecer inesperadamente sobre las cumbres a aquella especie de albatros —enorme pájaro blanco— que descendió a posarse en el agua de la bahía desierta, con sus centelleantes alas de plata.

Aquel avión abría con su vuelo un nuevo camino: el del aire, que ha de ser mañana la abolición de su aislamiento para este apartado rincón del mundo. “Estoy llevando a cabo aquí —recalca con énfasis Plüschow— lo que nadie atrevióse a realizar, lo que nadie admitía como realizable: volar a través de estas solitarias y lejanas regiones, cuyas condiciones climáticas son las peores”.

Ignoro si el capitán Plüschow vino hasta aquí en servicio de su gobierno; si voló sobre los Andes patagónicos porque hay en el sur chileno una importante colonización alemana; si llegó hasta el Beagle porque aquí se refugiaron los acorazados germánicos vencidos por la escuadra inglesa en el combate de Las Malvinas

durante la guerra mundial. Si así fuera, eso no impide reconocer la magnitud de su hazaña ni las ventajas de su ejemplo, para que los aviadores argentinos emulen con el aviador alemán y para que, con sus alas de acero, puedan sacar al Onaisín de su aislamiento e incorporarlo de veras a nuestra nacionalidad.

3.—PANORAMA DE USHUAIA

El grandioso Onaisín que vió Plüschow desde su nave aérea no es como el que yo vi desde el transporte *Chaco*, en mi involuntario viaje hasta Ushuaia, el sitio más austral habitado por el hombre en nuestro planeta. La Ushuaia de Plüschow tampoco es la mía: él llegó a ella desde Alemania, con la gloria del vuelo y de su libertad. Yo apenas soy aquí un argentino confinado.

Después de Comodoro Rivadavia, mi viejo barco, nada confortable, no recaló en ningún puerto de la costa patagónica, y sólo pude ver, durante días de marcha lentísima, la desolación de un vasto mar desierto. Más al sur del Estrecho de Magallanes, por donde el Atlántico termina, entramos en el peligroso *Le Maire*; rocé después la abrupta Isla de los Estados; sentí luego el brusco viento del Antártico y, finalmente, navegamos por el Canal de Beagle hacia el Oeste. En las riberas despobladas asomaban su silueta las alimañas de *Kuanip* sobre las roquerías: esos lobos con su tristeza de gobernantes fracasados, esos pingüinos con su solemnidad de jueces mudos. Así llegué un anochecer de enero, entre sombras tempestuosas, a esta aldea de presidiarios, confinada ella misma en sus soledades.

Declinaba la tarde sobre el Beagle cuando avistamos

la isla Gable, de formación aluvional, y luego entramos por el paso de Mackinlay, entre ásperos peñascos; en Ushuaia, el paisaje se cubrió de húmedas sombras, y esa noche tuve la impresión de haber llegado a lo que Darwin llamó "el confín de la tierra".

El humilde caserío, edificado de tablas, abréviase a la orilla del canal nebuloso. La Angostura Murray ábrese en frente formando ángulo con el Beagle, y arroja entre peñascos su agua revuelta hacia el enhiesto Cabo de Hornos. El horizonte ciérrase a todo rumbo en un anfiteatro de oscuras montañas que emergen del mar y ostentan en las cimas una blancura perpetua. Toda Ushuaia es de por sí una cárcel natural en la que sus habitantes, aun el gobernador de la isla y el director del presidio —jerarcas máximos—, pueden considerarse como otros tantos confinados. Dijérase escrita aquí la elegía 10^a de los *Tristes* de Ovidio: *Longius hac nihil est tantum frigiis et hostes — Et maris abstracto quæ coit unda gelu.* Más allá, en efecto, no hay sino enemigos y mares helados. Aunque estamos en pleno estío, la nieve cae a copos sobre las techumbres. Esto parece, en verdad, una frontera del tiempo y del mundo.

Tengo por vivienda una casa de la policía, sobre una loma, entre la montaña y el mar. A través de los ventanales de vidrio que defienden del clima hostil, contemplo el panorama de matizados colores. Poco a poco, voy descubriendo el cambiante paisaje, escenario de una ópera trascendental.

El sol se eleva tras el Monte Olivia, recortando su rudo perfil cimero de catedral gótica o de castillo feudal, y una luz amarilla soslaya dulcemente las aguas de la bahía silenciosa. A mediodía, la cordillera Le Mar-

tial esplende como una fiesta en el anfiteatro, destacando volúmenes enérgicos y espejeando en el cristal de los glaciares. A la tarde, cuando llega el crepúsculo, el Monte Susana aterciopela su frondosa falda en la lejanía del Oeste, mientras más allá tórnanse negras a contraluz las cumbres nevadas de la Isla Hoste, sobre el fondo incendiado del lento atardecer. Las aguas del canal parecen absortas a esa hora en la beatitud de su propia desolación.

Según tradiciones, el nombre indígena de Ushuaia se traduce por "bahía hermosa" o por "bahía de los vientos"; ambas interpretaciones adecuadas, pues corresponden a dos realidades del paisaje ushuaiano: decoración mágica y viento sinfónico.

El tiempo, inestable aquí, da al paisaje y a la vida contrastes violentos. Yo he visto el más bello día interrumpirse varias veces en bruscas mutaciones teatrales. Sopla el viento del Sur, núblase el cielo, arrecia el chubasco, llueve la escarchilla, cae la nieve. Luego, parece quietarse el aire; pero llega de pronto un soplo del Norte barriendo las nubes; el sol reaparece; deshiélanse las cumbres en hilos de agua clara; píntase el arco iris sobre los canales. Después, sigue soplando el viento.

El cielo de Ushuaia es un espectáculo singular a todas horas. Kren, el sol, jamás se muestra en el cenit: se mueve hacia el Norte; sus rayos tienen a la hora meridiana la inclinación que en Buenos Aires a la tarde. Las jornadas, larguísimas en enero, acórtanse enormemente en invierno. Kerren, la luna, sale y se pone por los más caprichosos lugares, vestida de diversos colores; y algunas veces pasa como una visión espectral sobre la bahía. El cielo nocturno desconcierta al observador; la Cruz del Sur no está al Sur sino en lo alto del firma-

mento. Muchas estrellas y constelaciones conocidas parecen haber cambiado de lugar.

Siento desde mi llegada el hechizo de esta bahía hermosa, aunque también bahía de los más fríos vientos. Percibo la belleza visible de sus formas errátiles, y a ellas trasciende, desde lo invisible, la leyenda que las dramatiza. Ésta es una isla donde aun viven, presentes en su paisaje, los dioses primitivos.

Ya instalado en mi encierro (no sé por cuánto tiempo), quiero proseguir estas páginas en breves episodios que, al concluir —si concluyen— irán formando una historia fueguina, sin estricto plan cronológico. Escribiré estas notas al azar de los temas que los días me sugieran; será cada una de ellas como una isla, y todas agrupadas serán después como un “archipiélago”, con un solo ambiente, una sola leyenda, un solo clima; y para cuando haya de reunir las, quiero esbozar desde ahora una observación de carácter general: lo fueguino es diferente de lo patagónico, por todos sus caracteres geográficos, históricos y políticos.

Si no fuese presunción, diría que mi tema es la epopeya del Onaisín, con dos personajes a través de breves episodios: el paisaje viviente, según los onas lo concebían, y el hombre dentro de él, en sucesivos avatares de dolorosa aventura. Por eso la obra que empieza con el mito de Kuanip podrá concluir con la leyenda de Konik-Sción. Ya Luciano enseñaba que ciertas verdades es mejor darlas a conocer en alegorías o parábolas. Tales elementos mitológicos son también parte de la historia; y mi estilización del Onaisín podría ser un símbolo americano.

4.—RECREACION CARTOGRAFICA

Cuando los argentinos miran hacia el Sur, involucren a Tierra del Fuego en la Patagonia, dentro de un solo panorama generalmente confuso. Debemos rectificar ese error. La Patagonia es continental; se puede ir a ella desde Buenos Aires por tierra; hay en ella ferrocarriles, colegios, estancias, chacras, carreteras, aviones, cuarteles, turismo, explotación petrolífera. Tierra del Fuego, en cambio, es insular; tiene por capital un presidio; vegeta, ignorada, en el aislamiento y la esterilidad de su riqueza inmóvil; pesa sobre ella una leyenda nefasta; pertenece a Chile una parte de la Isla, integrante a su vez de un vasto archipiélago chileno; y de tal isla nos separa un océano poco frecuentado, aunque pasan por acá rutas mundiales de importancia estratégica.

Abro sobre mi mesa de trabajo varios mapas de la región en que estoy, y me recreo contemplándolos. La forma laberíntica del Archipiélago sugiere una atroz visión geológica. La toponimia revela, a su vez, el paso del hombre sobre estas islas y evoca la aventura de los exploradores. Así llego a ver que estoy en el paralelo 55 del hemisferio austral, rodeado de islas legendarias, entre dos océanos, hacia el confín del mundo habitado.

Veo, primero, el rudimentario mapa del italiano Pigafetta, cronista de Magallanes, que conmueve por sus rasgos casi pueriles. El mapa de entonces marca en líneas y carteles la más antigua noticia de estas latitudes, ha ya cuatrocientos años, con los nombres que sus descubridores les pusieron. Navegando desde el Río de la Plata, en 1520, Magallanes bautizó a San Julián, Deseado, y al Cabo de las Once Mil Vírgenes, antes

de hallar el paso que llamó de Todos los Santos, por el día en que lo descubriera, y que hoy se llama Estrecho de Magallanes, en memoria de su descubridor. Nombró Tierra del Fuego a la del Sur, por los fuegos de los indios que, durante los días y las noches, vió arder en las riberas. Antes de entrar en el Estrecho, perdió algunas naves y fué, por el Pacífico, a morir en Filipinas, víctima de los naturales. De los sobrevivientes, el español Elcano, volviendo a España en la *Victoria*, completó la circunnavegación (*Primus circumdediste me*), y Pigafetta marchóse a escribir su *Primo viaggio in torno al globo terraqueo*, narrando la proeza. Así, esta isla en donde ahora estoy, quedó vinculada a la civilización del planeta y a la curiosidad de los hombres.

Veo después el mapa del jesuíta Falkner, que data del siglo XVIII, rudimentario todavía, lleno de inexactitudes por ser aún mal conocida esta región. Falkner exploró la Patagonia, pero no llegó a Tierra del Fuego. Expulsado en 1767 con la Compañía de Jesús, volvió a Inglaterra, su patria, y allá publicó su *Description of Patagonia and adjoining parts of South America*, a la que pertenece este mapa. Son pintorescas sus acotaciones en inglés y sus ilustraciones marginales: aparecen dos indios majestuosos (los célebres gigantes patagónicos), además de una choza con telares, y unas extravagantes alimañas armadas de caparazón y garras enormes. La baja costa atlántica, sin accidentes, hállase indicada sólo como lugar de las tumbas de los indios "tehuél-hets"; y más al sur de aquel ignoto desierto, la Tierra del Fuego —*tabula rasa*— muéstrasen apenas como un imaginario cuadrilátero, sin nombres y sin las islas menores que la rodean. Figura esquemática y muda, sugiere el lento esfuerzo del hombre en la ocupación del

globo. Tres siglos después de iniciada la colonización española en el Río de la Plata, el Onaisín continuaba inocuado y desconocido.

Veo, finalmente, entre varios mapas modernos, el novísimo del salesiano Agostini, verde para el agua, rosado para las costas, gris para las montañas. En su claridad prolija, la contemplación produce un fenómeno de extraño vértigo. Ante él, se siente el cataclismo que despedazó a los Andes, separando de la Patagonia esta Isla del Fuego —la Isla Grande— rodeada por centenares de islas menores, como una madre demasiado prolífica rodeada por su cría. Innumerables canales, algunos tan rectos que parecen labor de ingeniería, cruzan el Archipiélago como callejuelas de una metrópoli fabulosa. Antiguos puentes rotos y tierras sumergidas en una edad muy anterior a la forma actual del planeta, impónense como hipótesis necesarias para explicar la dispersión insular, con sus lagos, caletas y ríos, sus mil peñascos negros, sus picos nevados. Aquí fué donde los Andes se despedazaron.

Un buen mapa moderno de Tierra del Fuego, con todo el Archipiélago, es a su paisaje y a su historia lo que las notas mudas del pentagrama son a la melodía para el músico que las despierta: el dato del cartógrafo conviértese en símbolo del arte y, como en la música, el alma pasa del signo escrito a la emoción maravillada.

Después de esta recreación cartográfica, salgo a la loma de mi habitáculo, al pie de la cordillera Le Martial, desde donde se mira a las montañas y al Beagle. Refundo en mi espíritu la visión nebulosa del espacio con la visión de los tiempos remotos. Las teorías de los geólogos sobre el cataclismo que despedazó aquí los Andes e hizo pasar el agua entre estas islas; el descon-

cierto de los naturalistas ante una fauna y una flora llenas de variedad y excepciones; las conjeturas de los antropólogos sobre las misteriosas razas autóctonas que habitaron esta región; la aventura de los navegantes que entre hambres y naufragios arrancaron a estas islas su secreto, son pensamientos que acuden tumultuosos, ante el paisaje de aguas, selvas, piedras, nubes, nieves y luces, confundido todo en un vasto esplendor cosmogónico.

Y en verdad parece que acabara de ocurrir el cataclismo, según la leyenda que ayer me contó Darscapalans, un viejo indio yagán.

5.—PRIMERAS EXPLORACIONES

La situación geográfica del Estrecho de Magallanes, que dió paso entre el Atlántico y el Pacífico, atrajo la atención de las naciones colonizadoras, y los exploradores hallaron camino análogo por el Cabo de Hornos y el Canal de Beagle. El tráfico se mantuvo activo hasta que se abrió el Canal de Panamá. Desde entonces, languideció el comercio por la vía austral; pero una obstrucción de Panamá podría de pronto restablecerla y hasta convertir a Tierra del Fuego en teatro de guerra internacional.

Recordemos ahora a los navegantes que desde ha cuatro siglos abrieron estas rutas.

Después del descubrimiento magallánico realizáronse, en servicio de España, las trágicas expediciones de Loaiza y de Alcazaba, y la menos desventurada de Ladrillero, que dejó valiosas notas y observaciones. En pos de ellas, aun no concluído el siglo XVI, siendo virrey

del Perú don Francisco de Toledo, vino hasta aquí el intrépido Sarmiento de Gamboa, de quien tomó nombre el nevado monte austral. Sarmiento designado gobernador del Estrecho, trajo en 1581, desde Sevilla, 5000 hombres para colonizar la región. Sufrió entonces penurias, con tenacidad nunca vista; fundó en Puerto del Hambre la Ciudad del Rey Felipe; vió diezmada su gente; cayó prisionero del corsario Cavendish; padeció cárcel en Inglaterra. Al volver a España, escribió la famosa *Relación*, en la cual refirió sus aventuras y desventuras.

Sincroniza con este período heroico, dramatizando las rivalidades de Inglaterra y España, el continuo asalto de los piratas británicos: Francisco Drake, Tomás Cavendish, John Davis y Ricardo Hawkins. Drake saqueó Valparaíso y Lima, después de haber andado por Tierra del Fuego, como Cavendish que en 1587 había saqueado y destruído aquí la colonia de Sarmiento. Hawkins (o Haquines) navegó también por estos mares, y después lo apresaron en las costas ecuatorianas. Tales personajes (algunos de ellos protegidos de la reina Isabel) fueron considerados bandidos en la América española que depredaban, y la figura de cualquiera de ellos merecería ser evocada en un libro, sobre el tempestuoso mar de estas latitudes, digno escenario de sus bárbaras empresas. A ellos alude *La novia del hereje*, novela de Vicente F. López.

Holanda, que tuvo su momento de ambición ecuménica en rivalidad con Inglaterra y España, llegó también hasta la Isla del Fuego. Oliverio van Noort, en 1599, pasó por aquí en su viaje alrededor del mundo, y otros más tarde; así Le Maire y Schouten, en 1615, descubrieron el estrecho que hoy se llama Le Maire.

De aquel viaje proviene el bautizo de la Isla de los Estados, por las Provincias Unidas o "Estados" de Holanda, y el del Cabo de Hornos, que originariamente fué de Horn, por la ciudad holandesa donde se organizó la expedición. Vino posteriormente el holandés L'Hermite (1623) y exploró el Archipiélago, habiéndose dado su nombre a una isla. Pero aquellos Estados de Holanda declinaron luego en su empresa mundial.

Paralelamente, desenvuélvese la labor de los exploradores franceses: Bougainville (1763), que partió de Saint Maló y por este puerto dió a las islas Falkland el nombre de Malouines, convertido por nosotros en Malvinas. Droumont D'Ourville (1837), que elogió el clima de esta región, recomendó a Francia la fundación de una colonia, y se la intentó después. Finalmente, el capitán Le Martial, cuyo nombre ha quedado en los montes de Ushuaia, que veo desde la ventana de mi habitación, vino en 1882, enviado por la Academia de Ciencias de París, para estudiar el paso de Venus por el Sol y hacer observaciones de física terrestre.

Los ingleses han contribuído, asimismo, al conocimiento de estos mares australes. John Byron (1764), en nombre de Jorge III, tocó las Falkland o Malvinas, y realizó importantes estudios. Walter y Costeret (1769) levantaron un buen mapa del Estrecho de Magallanes. John Cook (1769-1775) practicó valiosos trabajos hidrográficos y cartográficos desde la Isla de los Estados hasta el Cabo de Hornos. Maíne, Nares y Was-ton ilustran esta serie de exploradores ingleses en el siglo XIX, que se inicia con el célebre viaje mundial de la *Beagle* (1826-1837), cuyo nombre ha quedado en este canal, por los estudios de Fitz-Roy y de Carlos

Darwin, autores de libros sobre Tierra del Fuego y sus aborígenes.

España, tan impetuosa en la época de los descubrimientos, adoptó más reflexivos planes en los siglos posteriores, y no descuidó el estudio hidrográfico de la Patagonia hasta la Tierra del Fuego. Bartolomé y Gonzalo de Nodal llegaron en 1619, por el estrecho Le Maire hasta el Cabo de Hornos, y una de las islas vecinas llámase Diego Ramírez por el cosmógrafo de la expedición. De 1789 a 1794, Malaspina visitó el Le Maire, el Magallanes y Las Malvinas; pero fué preso al volver a España, y sus estudios quedaron inéditos. También pertenecen a esos años, bajo el reinado de Carlos III, el viaje de Villarino y el de Antonio de Córdoba, que partió de Cádiz en 1788, soportó grandes dificultades y dejó una obra con noticias sobre las costas, el clima y los indios.

En la extensa nómina de las exploraciones costaneras que empieza con Magallanes (1520), descubridor de la ribera norte de la Isla del Fuego, y concluye con Fitz-Roy (1834), descubridor de la costa sur en el Beagle, debemos señalar especialmente el viaje español de los hermanos Nodal, que en dos frágiles carabelas — *Nuestra Señora del Buen Suceso* y *Nuestra Señora de Atocha*— circunvalaron por primera vez toda la isla, en cincuenta días, delineándola y bautizando cabos y senos con nombres que han durado hasta hoy. En esos dos barquichuelos, partiendo de Punta Vírgenes, barajaron la ribera del Atlántico por el Este, navegaron el Le Maire hacia el Sur, doblaron el Cabo de Hornos, pasaron hacia el Antártico, salieron al Pacífico y entraron por el Magallanes desde el Oeste, volviendo al punto de partida, desde donde regresaron a España con el Diario

de tan importante periplo. Esto ocurrió en 1619. No se conocía entonces el Beagle, que permaneció ignorado en el laberinto del Archipiélago hasta dos siglos después. Sólo ha cien años que el hombre blanco conoce este rincón del mundo en donde ahora escribo.

Como se habrá notado, durante tres siglos la historia fueguina se reduce a navegaciones cosmopolitas, y a reconocimientos de las costas, sin fundaciones estables.

6.—*TOPONIMIA POLIGLOTA*

La toponimia del Archipiélago Austral es como un abreviado archivo de su historia. Los nombres de ciertos parajes describen la hostilidad primitiva de la tierra ignota y del clima inclemente, con sus anécdotas de dolores y esperanzas. "Tierra del Fuego", el bautizo magallánico, alude a las fogatas de los indios, las mismas que Cook vió después en las canoas de los yaganes y Darwin en las chozas de los onas: calefacción encendida en tueros de roble, sin la que el hombre no habría podido subsistir en esta latitud; el mismo fuego del mismo roble que yo quemo aquí en mi vivienda de la Isla, mientras evoco su azaroso pasado.

Muchos nombres hay igualmente expresivos: Páramo y Buen Suceso, sobre la costa oriental; en otros lugares: Bahía Inútil, Puerto del Hambre, Paso de la Aventura, Seno del Chasco, Punta Brava, Isla Laberinto, Isla Furia, Isla de la Desolación. Al poner la vista en esos nombres, rememoro a los primeros navegantes: Bougainville, Le Maire, Byron, Cook, Fitz-Roy, que después de Sarmiento y los Nodal, españoles, exploraron antaño estas islas de oro por entre la niebla y

la nieve, en sus viajes alrededor del mundo para conocer y unir los mares. Así, como esos nombres, fueron terribles aquellas primeras navegaciones.

Casi toda la toponimia autóctona ha ido desapareciendo bajo el aluvión cosmopolita de los nuevos bautismos. En el interior fueguino quedan los nombres onas de Tulué, Chequen, Hauwepen, y en las playas del Beagle quedan los de Ushuaia, Yendegaia, Lapataia, Lesuaia, Wulaia, eufónicos nombres yaganes; pero nadie recuerda aquí que el Lago Grande, llamado hoy Fagnano por un misionero salesiano, se llamó Cahme entre los indios, y que la península ushuaiana, llamada hoy de la Misión (por la misión británica protestante) se llamó la península de Usín. La angostura Murray, que entre las Islas Navarino y Hoste sale del Beagle hacia el Mar Antártico, aquí enfrente de mi residencia, llamábase antiguamente Yagasaga, que quiere decir "el canal de los yaganes". Esa misma angostura aparece en los mapas con el nombre inglés de *Murray Narrow*, pero la fonética popular lo ha transformado aquí en *Molina-ro*, toponímico sin sentido, como transformó el Cabo de Horn, nombre holandés, en Cabo de Hornos, frustrando aquel recuerdo. Otras denominaciones inglesas que aparecen en las cartas son traducción de toponimias anteriores, generalmente españolas, y será menester restaurarlas, como deberá restaurarse la nomenclatura indígena.

El santoral cristiano, común a toda la América española, llega hasta aquí, en los Cabos San Pío, San Diego, San Pablo, Santa María, San Sebastián, Espíritu Santo; devociones que generalmente conmemoran el día de la arribada o del descubrimiento. La tradición cosmopolita de los descubridores subsiste en Hannover,

Cambridge, Brunswick, D'Ourville, Pasteur, Garibaldi, y Carmen Silva, nombre de una montaña así bautizada por un rumano en homenaje de la reina de su país.

La tradición patricia americana, que aparece después de las europeas, trajo aquí sus epónimos: Manuel Rodríguez, Morla Vicuña, Montt, Barros Arana, en la parte chilena; y en la parte argentina: la sierra Lucio López, el lago Roca, el río Pellegrini, la península Mitre, la cordillera Irigoyen; así llamada por don Bernardo, quizás en conmemoración del tratado que estableció el límite argentino-chileno. Los escritores que hicieron conocer a Tierra del Fuego en Buenos Aires —Eduardo Holmberg (hijo), Roberto Payró, Fray Mocho, Carlos Gallardo, José M. Eyzaguirre— no figuran en la toponimia fueguina, lo cual es grande injusticia.

Hace ahora treinta años inicié una campaña contra la nomenclatura advenediza del mapa argentino y la paulatina extinción de nombres anteriores, generalmente pintorescos porque traducen la emoción del paisaje o lo describen. En el caso de nuestra Tierra del Fuego debemos protestar nuevamente de que al indio no sólo le hayan quitado su tierra los presuntos pobladores, sino de que, tras haberlo exterminado con verdadera crueldad, vayan borrando en el solar nativo los nombres de su idioma, descriptivos y eufónicos. En cuanto a designaciones más recientes, muchas obedecen, como se ha visto, a caprichos de exploradores europeos o a adulaciones palaciegas. El conjunto de la toponimia fueguina documenta los cataclismos de su historia, peores que los de su geografía.

Las cartas geográficas del Archipiélago, registran, pues, en su nomenclatura y para nuestro rubor, la tenue

presencia de lo argentino dentro de un vasto proceso internacional; pero aun quedan algunos nombres, antes citados, que por descriptivos o autóctonos, permiten imaginar este paisaje en medio de esa nómina exótica y heterogénea.

El clima es aquí duro, ciertamente: el aire en continua agitación por los furiosos vientos; la nieve, perpetua; el agua, helada; el sol, pálido; la temperatura, muy baja; la atmósfera, gris; las noches, largas en la mayor parte del año. Pero del fondo de ese abismo caótico brota la vida con belleza y pujanza. Florecen aquí la blanca margarita de los bañados y la dorada violeta de las nieves. Con extraordinario vigor se alzan los robles de la montaña y abre sus alas la *Diomedea exulans*, el albatros potente. El hombre alcanza análoga plenitud victoriosa en el ágil yagán que construye la canoa y en el ona hercúleo que maneja el arco. Aquél vive principalmente de la pesca; éste, de la caza; y ambos cuidan de la prole junto a su fuego domesticador. Los dos se acuerdan del diluvio; los dos cuentan leyendas arcaicas; los dos conciben el mundo como un drama. Aunque más no fuera que por ese misterio de su origen insular y por la magia de su vivir legendario, interesa a la historia del planeta y de la humanidad la de estos indios fueguinos que superaron el ambiente hostil, idealizaron el paisaje en mitos grandiosos y hablaron ricos idiomas con los cuales bautizaron a las islas donde moraban.

7.—RUTA DE NAUFRAGIOS

Antes de iniciarse el período moderno de las misiones científicas en las que colaboran varias naciones, los

viajes fueron azarosos. A las inclemencias del mar y a los asaltos piráticos, habían seguido las andanzas de filibusteros y comerciantes libres. El contrabando contra España en sus colonias estimuló las aventuras. La vida adquirió en el Archipiélago un cariz a veces novelesco, en viajes siempre expuestos a peligro de naufragios.

Al llegar Magallanes a estas latitudes, perdió algunas de sus naves, entre ellas la *Santiago*. Así empezó en 1520 la secuela de siniestros que han hecho más sombría la fama del mar austral. En la época de las primeras exploraciones, también soportaron pérdidas análogas otros navegantes: Loaiza en 1526, Camargo en 1530, Ladrillero en 1558, Sarmiento en 1580. Por esta fecha vinieron los ingleses, y no les fué mejor, pues Drake perdió la *Marygold* en la costa de la Desolación.

El publicista chileno don Manuel Zorrilla C., en su obra *Magallanes*, ha consignado una mención de los naufragios ocurridos en el Sur, y tomo de ella los nombres de algunos barcos perdidos en la época colonial, cuando eran escasas las expediciones hasta estos mares: la *Enrique Federico*, de Van Noort (1600); un barco de Spilberghen (1615); una nave desconocida, de Nadalen (1619); *Capitana* y *Patache*, de Mandujano (1623); *Orangie Boom*, de Brouwer (1643); una nave filibustera, de Davis (1683); *Hernione*, de Pizarro (1741); *Wager*, de Anson (1741); *Purísima Concepción*, mercante español (1765). Naves, algunas, del comercio clandestino.

Ante el Cabo San Diego, sobre el Estrecho Le Maire, de triste fama, varó la *Purísima Concepción*, que el año 1765 venía del Plata con caudales para el Callao. El teniente de navío Héctor R. Ratto ha referido con

pormenores ese episodio, en su libro *Actividades marítimas en la costa patagónica*. Descuidaron la sonda, no vieron el cabo en las tinieblas, y de pronto la marejada arrojó contra la costa esa nave. Doscientos pasajeros y tripulantes lograron salvarse; pero halláronse en tierra expuestos al hambre y a los indios. Podújose entonces un hecho más singular que el simple naufragio: aquellos hombres construyeron con madera fueguina una pequeña goleta para reemplazar al barco perdido, y en ella se aventuraron nuevamente al océano, después de varios meses de trabajos, privaciones y angustias. La goleta, a la que denominaron pomposamente *Nuestra Real Capitana San José y Ánimas del Buen Suceso*, llegó a Buenos Aires con su gente y con el Diario de a bordo, que minuciosamente refiere estas vicisitudes. Si un naufragio es trágico siempre, fué épico esta vez, y memorable por el espíritu de esos hombres de mar, así como por la ingeniería de su improvisado astillero. Con ejemplos de esta clase ha de templarse la educación de nuestros marinos.

Durante la guerra de nuestra independencia, la barca *Urbe*, que salió de Buenos Aires en 1815 para hostilizar al comercio español en el Pacífico, naufragó en el Cabo de Hornos. España a su vez perdió en el mismo lugar al *San Telmo*, con 640 hombres, entre ellos 15 oficiales, cuando venía de Cádiz a hostilizar, en 1819, a los patriotas que con San Martín preparaban en Valparaíso su expedición a las costas peruanas.

Todavía en nuestro tiempo han ocurrido catástrofes de esa especie, y algunas de cariz novelesco. En 1910 venía de Cardiff la *Swanilda* con carbón para Antofagasta; el capitán Paine, que la comandaba, traía a bordo a su flamante esposa en un extravagante viaje de bodas.

En el *Le Maire*, frente a la Isla de los Estados, la marejada arrojó el barco sobre las rocas, rompiéndole la quilla; los navegantes creyeron salvarse a bordo de una ballenera, pero ésta fué hundida por la borrasca; nadaron los náufragos hasta llegar a tierra, y todos allá perecieron de frío. En Puerto Cook yacen enterrados el capitán Paine y su esposa. Los novelistas románticos de antaño no habrían desechado este raro argumento, y debieran aprovecharlo los cineastas de hoy.

Relatos de naufragios y salvamentos hay en casi todos los libros que se refieren a estos mares, donde la tempestad fué siniestra sobre todo para los antiguos veleros. Perdiéronse los barcos generalmente por escollos o tormentas. En ocasiones, los tripulantes intentaron salvarse en botes, pero murieron de hambre o desaparecieron. Barcos que pasaban después, encontraron a veces cascos de buques varados en la arena o tumbados sobre las rocas. Los náufragos, refugiados en las costas, fueron alguna vez acogidos por los indios, otros muertos por ellos, en circunstancias que se ignora. Muchos se salvaron, pero ha perecido en este mar del Sur casi tanta gente como la que poblaba o puebla hoy sus islas.

Los puntos de más frecuentes catástrofes fueron el Cabo de Hornos y la Isla de los Estados; continúan siéndolo. Movía a los navegantes la ambición imperialista, la codicia mercantil, el sentimiento del deber, o el simple gozo de la aventura y del ensueño marinos; pero cualesquiera que hayan sido los móviles, el peligro y la muerte han purificado las hazañas. Por ellos se hizo redonda la tierra, se comunicaron los océanos, se extendieron los continentes.

Epopeya, novela y drama, eso han sido las navegaciones del mar austral.

8.—NÓMINA SINIESTRA

Durante los cien últimos años han naufragado en este mar tantas naves, que su lista resulta aterradora. Para estos casos, la retórica está de más; la nómina escueta es más elocuente que un relato homérico. Veámosla: O'Higgins, Delchine, Haddington, Express, Achilles, Minerva, Brillant, Elizabeth, Allem, Neptune, Emma, Victoria, Fox, Regina, Aristocrat, Marygold, Canning, Bodman, Manuela, Rumayron, Beronne, Crisis, Perseverancia, Lyra, Robert Surcof, Soberling, Affgan, North Carolina, Manchester, Condage of Liverpool, Panamá, Rosario, María Isabel, Washington, F. Bridge, Cresida, Benhard, Ritterschaft, Vision, Carlos Tupper, Anne Baker, Tornado, Seine, Antumnus, Cubana, Reposter, Pellican, Siam, Olesen, Northern Crown, Aracan, Franck Pearce, Thebes, Lady Prondpe, Victorine, Heath ex Bell, Don Bartolo, Simon Hobby, Annie Wilson, S. G. Portales, Asia, Wallasea, Santiago, Rippling Wabe, Scheffield, Dreadnought, Grassendale, Japón, Cincinato, América, Golden Hayden, María Godard, James W. Elwell, Wayarie, Reserve, Océano Express, Landra, Lady Heathcole, Doctor Hansen, Castle Head, Denis Apres, Lola, Cleredon, New Wabens, Lotus, Senator, Albert Gallantin, Eugenia, Karnack, Le Barón, Patmos, Prince Arthur, Jeanne Amelie, Lea Shell, Georgia, Vencedora, United States, Mercator, San Rafael, Dendarak, Anita, Veloz, San Pedro, Indomable, P. R. Hazeltein, Cosmopolit, Cambrian, Pacific, Juliet, Talía, Jeesaie Brown, Esther, Sparair, Halk, Fortuna, Rayo, Los Amigos, Doterel, Wanderer, Luisita, Larco, Delaware, San José, Roseneath, Sur-

prise, Oracle, Antioquie, Ernesto, Rever Tugon, Irida Sehment, Mountainer, Herma, Orión, Artist, Córdoba, Juana Augusta, Victoria, Cotopaxi, Brocedora, Vichuquen, Gulf of Aden, Shalimar, Magellan, St. Mary, Adamant, Yoca, Virgilia, Olivia, Branche, Wampohey, Crown of Italy, Roma, Cleopatra, Artesea, Peremoble, Maud M., Derbyshire, Coulon, Beatrisci, Express, Romero, Atlantique, Hengist, Anny, Pandora, Julieta (bis), Arabia, Bron Carlo, Europa, Calcuta, Hellen Scoth, Copernicus, Tres Montes, Bankwille, Comandante, María Kasinca, Corocoro, Matanza, Matura, Greta, Biene, Kirckless, Huemul, Albatros, King Fisher, Dimtroone. Alida, General Clarette, P. N. Blanchard, San Agustín, Zelia, Alida (bis), Lusie Clark, Bellaisla, Cóndor, Henry Schlin, Nordjet, Efdol, Seine (bis), Burslenn, Astrie, Cosmopolita, Cóndor, Huemul (bis), Alhena, Alejandro, Loreto, Torino, Isis, Lady Joicy, Glenerriff, Two Brothers, Vichuquen (bis), Laurel Branch, Thelen, Anita (bis), Unión, Telvicum, María Ale, Britanic, Tymex, Albuera Cumbal, Abydos, Volador, Florence M. Mursil, Herriette, Luise, Olympia, Clara, Hugin, Saint Reguli, Belle of Island, Albey Holm, Hayuford, Sbatheam, Paly Nunia, Express, Ortya, Piedrabuena, San Pedro, Flecha, Glen Cairn, Prussia, Indore, King Arendal, Consort, Elena, Raphael, Hazil Branch, Tercia, Gundy, Palmira, Vandee, Volturmo, Telefon, Oak Branch, Utgard, Decan, Schulan, Delmira, Última Esperanza, Angosto, Bellogio, Riol, Tekla, Oreste, Elm Branch, Berenger, Corn Exchange, Wilhelmine, Indian Empire, Thode Yagelund, Foxley, Ushuaia, Alexandria, Sultán, Kavigurvo, Cedar Branch, Virginia, Wynerick, Wally, Valdivia, Cleverly, River Clyde, Brunell, Antártico, Acilia, Bruze, Chimu, Carter Hall, Epsom,

Andrea, Traukly, Santa Clara, Transquerar Lovart, Poplard Branch, Tamar, Casma, Vestland, Meteoro, Alfonso, Sara, Paula, Lima, Almirante Señoret, Texas, Roma, Keel Row, Valparaíso, Potrerillos, Chileo, Hesperos, Swanilda, Riber Logan, Garnock, Dumkerge, Glem More, Córdoba, Scatrollar, New York, Guy Maunnering, Esmeralda. Todos estos barcos se hundieron aquí.

Esa nómina, que entresaco del ya citado libro de Zorrilla y de otras crónicas, podría aumentarse, hasta llegar al más reciente naufragio del *Monte Cervantes*, frente a Ushuaia. La lista es pavorosa, según se ve —y aun faltan algunos nombres—; pero los citados bastan para explicar la leyenda trágica que flota sobre estos mares del Sur.

La mayoría de esos barcos perdidos fueron ingleses (los que más traficaban entre el Atlántico y el Pacífico); pero los hay suecos, daneses, alemanes, franceses, italianos, españoles, norteamericanos, y, excepcionalmente, uno del Salvador, uno de Nicaragua, uno de Uruguay, en esa nómina cosmopolita. Tampoco faltaron algunos argentinos y chilenos. Sin embargo, un mejor conocimiento geográfico, por las cartas modernas, y una mayor seguridad por la navegación a vapor, faros y estaciones de auxilio, han hecho en nuestro tiempo menos frecuentes, aunque no imposibles, tales siniestros.

Bien que la navegación es hoy mecánica y las cartas indican la ruta, el peligro subsiste por las tempestades y por los traidores peñascos, si el piloto se descuida o se arriesga. Entre la Isla de los Estados y la costa fueguina, corre el estrecho de Le Maire, lugar famoso por sus catástrofes. Al venir a Ushuaia he pasado por allí viendo con cuánto temor se lo navega.

He pasado el Estrecho Le Maire en el transporte *Chaco*, de la Armada Nacional; barco que no navegaba hace dos años. Sus condiciones de seguridad, de higiene y hasta de aseo en los camarotes, eran deficientes. El jefe de máquinas no tenía confianza en las mismas a consecuencia del desuso. El servicio de aguas corrientes funcionaba mal; no había salvavidas a bordo; los botes de auxilio filtraban de tan resecos en la juntura de sus tablas. A pesar de todo ello, la autoridad del Estado de Sitio ordenó el viaje, y después de una lentísima navegación de ocho días entró, dando bandazos y cabeceos, en aquel estrecho tan famoso por sus naufragios.

El número de confinados, presos a bordo, excedía a la capacidad del barco, por lo que se mandó una parte de ellos a la bodega y hubo que poner a los otros de a tres personas en cada camarote para dos, debiendo el tercero improvisar su cama en el sofá. Recuerdo esto, no para describir el prolijo vejamen, sino para explicar que por esa circunstancia yo, que tenía mi cama en un sofá, maldormía entonces, cuando íbamos pasando el Le Maire. Los camarotes del *Chaco* tienen las puertas hacia el mar, y debíamos dejar la del nuestro abierta, porque, cerrada, la atmósfera era desagradable por el servicio de aguas en el lavatorio maloliente. Con la puerta franca, en cambio, entraban el viento marino y el frío nocturno, más intenso a medida que avanzábamos hacia el Sur. De pronto, una ola enorme saltó al barco y empapó el camarote. Yo opté por vestirme y salir a cubierta.

Todo era sombras cuando salí. Brincaba la nave como un potro, cabeceando en las aguas del *tide ripper* bajo el viento de la tempestad, allí continua. Después de haber

barajado la costa oriental de Tierra del Fuego, llegá-
bamos a la punta sur, entre el Cabo San Diego y la Isla
de los Estados. Aunque en el norte era la hora del ama-
necer, allá reinaban las sombras. Presentíase, en la nie-
bla, —Escila y Caribdis— la mole oscura de ambas
costas. Aquel paso trágico conserva en sus riberas algu-
nos restos de sus frecuentes naufragios. La tradición
marinera suele referir los siniestros, no ya de cuando
eran mal conocidas sus traidoras corrientes y la navega-
ción hacía-se a vela, sino los de épocas modernas, con
mejores cartas y navíos. La historia naval documenta
muchos de esos episodios ingratos, a los cuales debe su
mala fama el lugar, tanto como al terrífico aspecto de la
Isla de los Estados y a la desolación de la opuesta costa
fueguina.

Por ser ahí tan frecuentes las catástrofes, el año
1884 púsose en San Juan de Salvamento una prefectura
y una estación de auxilio. Roberto Payró, en *La Aus-
tralia Argentina*, cuenta de varios naufragios ocurridos
desde esa fecha hasta 1898: la barca *Ana*, de Génova;
la *River Logan*, inglesa; la fragata *Mountainer*, que
iba de Hull a California; la *Garnock*, de Londres a Van-
couver; la *Glenmore*, de Mariport a Talcahuano; la
Scatollar, de Glasgow a Valparaíso; la *New York*, de
Swansea a San Francisco; la *Crown of Italy*, de Liver-
pool al Pacífico; la *Guy Mannering*, de South Shields
a El Callao; y entre otros más, la *Amy*, fragata dina-
marquesa, y la *Esmeralda*, barca alemana. En todos
estos casos las peripecias fueron dramáticas y se las
conoce porque la estación de San Juan de Salvamento
intervino en el auxilio a los náufragos.

No se hundió el *Chaco*, a pesar de sus viejas máqui-
nas y de ese Le Maire proceloso; pero el maquinista no

durmió aquella noche. Temíase un desperfecto en las cañerías del petróleo; esforzábese la hélice contra la onda revuelta; y estremeciase todo el maderamen del casco, a punto de romperse o tumbarse, entre corrientes encontradas y vendavales enloquecidos. Salimos al Sur con vida y entramos luego en el Canal de Beagle, proa al Oeste. A la mañana pude oír con bonhomía las trágicas historias de antaño que contaban a bordo.

Al pasar por Bahía Aguirre se evocó la memoria de Allen Gardiner, misionero inglés que vino con el propósito de evangelizar a los indios y que en esa bahía murió de hambre, antes de que empezara aquí la ocupación argentina. Se instaló primero en la Isla Picton y de ésta pasó a la costa fueguina del Beagle, con sus compañeros. Agotadas las provisiones se dirigió a la boca de un río llamado Puerto de los Españoles. Dejó una inscripción que decía: "Cave usted abajo. Voy al Puerto de los Españoles. Marzo 1851", por si llegaba un barco inglés a buscarlos. Llegó la *Dido* al año siguiente; se cavó al pie de una piedra que contenía aquella inscripción, y se halló un papel que daba las señas para encontrarlos; el aviso terminaba con este clamor: "No tarde, porque estamos muriéndonos de hambre". Pasaron los de la *Dido* hasta el Puerto de los Españoles y encontraron el cadáver insepulto de Gardiner y los de sus compañeros. Todos habían muerto de hambre.

Semejantes anécdotas del Beagle, poco alegres ciertamente, se completaron esa misma tarde, al encontrarnos con el casco tumbado del *Monte Cervantes*, poderoso barco alemán que, al llegar a Ushuaia, naufragó tres años antes entre los peñascos.

Bajo signos tan halagüeños arribé al lugar donde ahora escribo.

10.—CANAL DE BEAGLE

El canal a cuya ribera está Ushuaia fué, hace un siglo, descubierto por Fitz-Roy, explorador inglés. La *Beagle*, en que navegaba el descubridor, dió nombre al canal. Fitz-Roy volvió a esta región en un segundo viaje, acompañado por Carlos Darwin, entonces joven de veintidós años, el mismo que alcanzó después celebridad mundial por sus teorías sobre el transformismo y el origen del hombre.

Gran importancia dióse al descubrimiento de este paso entre el Pacífico y el Atlántico, por ser más hermoso que el Estrecho de Magallanes y más seguro que la tempestuosa vuelta del Cabo de Hornos. Los españoles de la época colonial habían ocupado el Magallanes, y ahí queda el Monte Sarmiento para recordarlo, como habían navegado más allá del Hornos, y ahí queda la isla Ramírez para confirmarlo; pero al *Beagle*, perdido en el laberinto del archipiélago, lo descubrieron los ingleses. Ingleses fueron también sus primeros misioneros, y aquí estaban cuando medio siglo más tarde la Argentina ocupó esta región.

El agua del canal es verde y diáfana. Peñascos negros, rojizas algas de cabellera flotante, roquerías pobladas de lobos, interrumpen la monotonía del agua. Sobre la margen chilena, la Navarino, fangosa de turbales en su interior, presenta un aspecto más bien monótono y desolado. La margen opuesta ofrece praderas de ricos pastos, colinas verdes, barrancas en las que crecen bosques gigantescos, al pie de montes nevados. El paisaje, en su variedad, es admirable, con raros efectos pictóricos de fronda, nieve, roca, cielo y agua, combi-

nados en gamas de un delicado matiz. Predomina un verdor de fertilidad en la tierra y de suavidad en la luz. Cuando pasé por el Beagle para llegar a Ushuaia, sentí la belleza de tan singular espectáculo. Hubo horas de sol entrecortadas por momentos de niebla y lluvia. Un silencio profundo emanaba de todas las cosas: un silencio henchido de emoción musical.

Yo no conozco la región chilena del Beagle, porque no me dejan salir de aquí; mi viaje terminó en Ushuaia, que está a la mitad del canal; pero debo decir que la fama de los canales magallánicos se debe a esa región occidental o chilena: glaciares que bajan con su nieve hasta el mar, témpanos flotantes como barcos blancos, fiordos de lurtres resonantes, aborrascadas nubes, bosques grandiosos, cielos a ratos muy azules, dan a la naturaleza violentos contrastes, fácilmente captables para los que han navegado hacia la parte del Pacífico; pero es indudable que la parte oriental o argentina, perteneciente al mismo sistema insular, posee una belleza más íntima y mesurada, por eso mismo no tan fácilmente perceptible.

La belleza de este canal tiene en Ushuaia el punto de equilibrio entre los dos módulos estéticos de ambas regiones. Ushuaia posee lo delicado de sus matices y lo grandioso de sus formas, dentro de una armoniosa unidad. Su belleza necesita asidua contemplación para ser descubierta íntegramente. Los que vienen del lado del Pacífico la encuentran inferior a las cosas demasiado espectaculares que acaban de ver; pero quien viene del Atlántico descubre aquí un cuadro nuevo, consistente en la continua mutación del paisaje por la mutación de la luz.

Las costas del Beagle hállanse hoy más desiertas

que antaño, porque los indios que las habitaban han sido exterminados; y casi nula es la población blanca, que no ha venido a reemplazarlos. Una impresión de naturaleza virginal sumida en profundo silencio recogí al pasar cerca de estas islas desiertas: la Picton, la Nueva, la Lennox, a la entrada del canal por el Atlántico, y, en mitad de su curso, la Gable, llana, la Navarino, gris, y las Ecleraires, múltiples crestas desiertas. A babor y a estribor se muestran simultáneamente ambas riberas, por no ser muy ancho su cauce.

Aunque también prevalecen en la región de Ushuaia las tintas sombrías propias del paisaje austral, no faltan horas de más serena emoción. En la playa sollozan las olas, acentuando el recogimiento de la inmensidad. Mantos de ensueño envuelven las cumbres espectrales. Tiembla a lo lejos una fosforescencia sobre el agua azulosa de la bahía. De noche, los ventanales de la población abren en la sombra los ojos rojizos de sus fogatas. A cierta hora todo el caserío queda como dormido en una atmósfera de misterio. La nieve adquiere un tinte lunar, y la luna da a la arrinconada aldea un ambiguo blancor sobre las techumbres; panorama de aldea siberiana, como aquella donde Lenin residió confinado por el Zar.

11.—LA LEYENDA DARWINIANA

Darwin estuvo en Wulaia —aquí enfrente— con los indios; navegó los canales; observó la naturaleza local. En su libro intitulado *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* dedicó numerosas páginas a su andanza fueguina. La fama del autor, ulteriormente, dió prestigio a aquella obra, y el *Viaje* de Darwin pasó a ser como

una biblia del Beagle, a pesar de sus abundantes errores, que otros estudiosos enmendaron después, aunque sin lograr la popularidad de la primitiva leyenda darwiniana.

El joven naturalista abarca en su conjunto el archipiélago con un rasgo acertado: "Se puede describir la Tierra del Fuego en dos palabras: un paisaje montuoso en parte sumergido de tal modo que profundos estrechos y bahías anchas ocupan el lugar de los valles". Más adelante, hablando del Beagle, dice: "Este canal, descubierto por el capitán Fitz-Roy en su viaje anterior, constituye el rasgo notable de la geografía local, y podría decirse lo que de todo el país: se lo puede comparar al valle de Lochness en Escocia, con su cadena de lagos y bahías". Finalmente, en el mismo Capítulo X, a que pertenecen esas observaciones exactas, encontramos esta afirmación errónea: "El país entero no es sino una enorme masa de rocas, de elevadas colinas, de bosques inútiles, todo envuelto en nieblas perpetuas y atormentado por tempestades continuas. La tierra habitable se reduce a las piedras de la costa". Esto último no es verdad, y el *Viaje* abunda en análogas equivocaciones y contradicciones, explicables en un viajero demasiado joven que, aunque se demoró aquí casi un lustro, vivió casi siempre a bordo y sólo vió la región desde sus riberas.

Navegó en condiciones azarosas, padeció tempestades, oyó en los fiordos el estruendo de las lurtas, admiró las bellezas del paisaje local, hasta decir, como otros exploradores lo dirían más tarde, que "la grandeza del espectáculo compensa las fatigas"; pero esto no lo salvó de numerosos errores y de juicios ligeros, generalmente pesimistas. "Apenas si en todo el país —afirma— se puede hallar una hectárea de llanura"; pero es que él

no se internó en la Isla Grande, donde se extienden leguas de pampas aptas para la ganadería. Esas selvas ribereñas, que él llama "inútiles", fueron, sin embargo, bien descritas por él en sus especies arbóreas de madera excelente, y no se le escapó que a la sombra de las grandes hayas, la extraña vegetación fueguina "recuerda las florestas del trópico", según él mismo lo dice, consignando así otra inexplicable contradicción.

Imagino a Darwin joven, navegando hace un siglo por estos canales, cuando, desde su barca inglesa, describe la costa: "Al pie de la barranca, elevada y casi perpendicular, elévase un wigwam abandonado, recordando que el hombre habita estas desoladas regiones. Pero es difícil concebir un lugar en que el hombre pueda tener menos derechos y autoridad. Las obras viejas de la naturaleza, rocas, nieve, hielo, viento y agua, en guerra perpetua, colíganse contra el hombre y lo dominan". Hoy, aquel wigwam —la kaus de los onas, la kina de los yaganes—, choza de palos en pabellón, con cueros de guanaco a barlovento, ha desaparecido, y también el hombre que lo habitara; pero ese hombre, semidesnudo, tenía en esta tierra derechos y autoridad. El propio Darwin, un día que bajó a tierra con sus compañeros, acogido en el hogar de una familia india, vió lo que cuenta: "Nosotros —dice— estábamos vestidos y cerca del fuego, con frío; pero los salvajes desnudos, alejados del fuego, sudaban a gotas gruesas, con sorpresa de nuestra gente, lo confieso". Tal es el milagro del fuego en la Isla del Fuego; el misterio de un fuego antiquísimo, que el sabio europeo vió con sorpresa pero sin comprender, porque tanto la tierra como el hombre le parecieron detestables.

Supuso Darwin a los fueguinos como venidos de la

Patagonia, sin explicarse cómo habían abandonado su presunta patria de origen “para habitar uno de los países más inhospitalarios del mundo”, por lo cual llamó al hombre de este archipiélago: “miserable amo de un miserable país”. Tales opiniones han sido rectificadas por minuciosos estudios científicos realizados durante los últimos cincuenta años, con la colaboración de los misioneros. Ya los mapas no aluden a esos imaginarios antropófagos, y se sospecha que los antropófagos son los advenedizos colonizadores. Hoy se sabe mejor cuáles son las posibilidades económicas de Tierra del Fuego, región habitable y cultivable. Sabemos también cuán rico fué el idioma de los yaganes, cuán varonil la vida de los onas, cuán profunda la concepción religiosa de estos indios frente al paisaje mágico de su comarca. Pero debemos agradecer a Darwin su leyenda —tierra miserable, la más inhospitalaria del mundo, sólo habitada por caníbales casi bestiales— porque acaso ella desvió la avilantez imperialista, que pasó por aquí sin tentarse con el botín de estas otras islas australes.

12.—TESTIMONIOS CONTRADICTORIOS

No es aventurado creer que la dura vida en los antiguos barcos a vela, sin cartas ni provisiones, en días de mal tiempo y en playas sin abrigo, haya dictado el juicio pesimista de los primeros navegantes. La mala impresión de Darwin había sido precedida por otra análoga de Cook, también autor de un *Viaje alrededor del mundo*. Es necesario, sin embargo, precisar los lugares a que cada autor se refiere y confrontarlos con otros que les son contradictorios.

El inglés Cook, en 1774, escribiendo sobre la costa que va del Cabo Pilar al Cabo de Hornos, dice en su libro: "Es la más espantable que he visto jamás; está al parecer cuajada de montañas y de rocas, sin el menor rastro de vegetación. Terminan estas montañas en horribles precipicios y se elevan en escarpadas cumbres a grandes alturas. No hay en la naturaleza otro sitio que presente más salvajes y horripilantes visiones".

Pocos años antes, en 1764, el comodoro John Byron (abuelo del poeta), se internó en la Isla del Fuego, y de ella dice: "La tierra estaba cubierta de flores, que en nada desmerecen a las que comúnmente cultivamos en nuestros jardines, ni por su variedad, ni por la magnificencia de sus colores, ni por el aroma que despedían. No puedo a menos de creer que si no fuera por el excesivo rigor de los inviernos, sería esta región, por sus cultivos, una de las más hermosas del globo".

La inestabilidad del clima y la diversidad de paisajes podrían explicar tan contradictorios testimonios, y es error adoptar uno de ellos para todas las circunstancias de tiempo y de lugar. La impresión de Cook: "no hay en la naturaleza otro sitio de más horripilantes visiones", y la impresión de Byron: "una de las más hermosas regiones del globo", cuadran, la primera, al Cabo de Hornos y la Isla de los Estados durante el invierno, y la segunda, al Canal de Beagle y a sus costas en la estación estival. El explorador Agostini, que cita a ambos predecesores y que conoce por sus propios viajes todo el Archipiélago y el interior de la Isla Grande, rechaza "los horrores que muchos autores le han atribuído", y en su moderno libro sobre Tierra del Fuego, lujosamente ilustrado, describe rincones que compara con algunos de los Alpes por su apacible belleza; aunque el

propio autor habla del aspecto "hórrido y sublime" de ciertas costas y de la impresión de silencio y de muerte que en ellas impera.

Al viejo testimonio de los marinos agregó el aviador Plüschow una versión nueva, cuando desde cierta perspectiva de su vuelo describió este otro paisaje fueguino: "Hielo, hielo, siempre hielo, formando abruptas e inmaculadas torres, como amenazando al cielo con sus soberbios picos; por todos los costados se precipitan hacia abajo regueros blancos, regueros de plata que brillan y corren hacia el valle; hielo, hielo purísimo que, después de haber pasado las fronteras de las nieves eternas, que a mil metros de altura cubre por completo las montañas, invade sin piedad los bosques y se deja caer desde lo alto, con imponente estrépito sobre el mar azul".

Y ese nuevo cuadro es también verdadero, porque así debe aparecer desde el cielo la cordillera Le Martial, a cuyo pie, sin embargo, yo vivo y escribo: desde mi habitáculo veo sus picos nevados allá arriba; en la falda, la oscura selva estriada de blanco por el deshielo; y más aquí las lomas ushuaianas que descienden, ondulando, hasta la bahía, mientras cae la nieve...

La realidad fueguina es tan variada que abarca ambos extremos, y su gama es infinita. Selvas que suben desde el mar hasta mil metros por la falda de los montes que de las aguas emergen; hayas de clima frío junto a helechos del trópico; áridos y fangosos turbales; valles arcádicos; pampas de ricos pastos; negros peñascos desolados; fiordos como los de Noruega; picos blancos de nieve, lagos, ríos, cascadas, témpanos; todo eso hay aquí, fantásticamente entremezclado, envuelto en mantos nebulosos, bajo el mismo cielo

en que a veces brilla un doble arcoiris sobre el espejo glauco de los canales.

Mutaciones y contrastes dan su carácter a esta región. La foca antártica se tiende sobre la playa nevada, no lejos del monte donde cantan el zorzal y otros pájaros nortños. Todo descóncierta aquí a los naturalistas, porque hay en la flora especies de la Oceanía lejana y faltan en la fauna los insectos de la cercana Patagonia. Como en el antiguo Perú, fué indígena aquí el guanaco y este animal hizo al ona carnívoro y cazador.

Dos rasgos singularizan a la Isla del Fuego, dos rasgos simbólicos que me complazco en señalar: sobre esta tierra no reptan víboras; bajo este cielo no truena el rayo.

Isla mágica, ciertamente, y digna de una nueva leyenda, porque la de Darwin, que tanto ha persistido, no contiene toda la verdad.

13.—LOS INDIOS ANTARTICOS

Los descubridores del Archipiélago dejaron, junto con la noticia sobre las islas, algunas observaciones superficiales sobre los indios que las habitaban. Perfeccionaron esta información los misioneros, protestantes y católicos, que aquí residieron después de 1851, y gracias a ellos supimos algo cierto sobre las razas locales. La labor científica de diversos especialistas modernos permite hoy hablar de esto con cierta claridad.

Los indios del Archipiélago se dividen en varias "naciones" cuya nomenclatura tradicional es confusa, aunque han sido ya clasificados por etnógrafos, rectificando en varios puntos a los primeros exploradores.

Como ejemplo de fantasía en los antiguos viajeros, recordemos aquella hipérbole de los gigantes patagones: “Vino a bordo un hombre —dice Pigafetta— de estatura tan gigante que le llegábamos a la cintura”. Tales exageraciones pudieran aplicarse a los onas, que algunos creen de la misma raza que los patagones; unos y otros caracterizados por su gran estampa. No así los yaganes, que son pequeños, y a quienes Darwin creyó caníbales, desprovistos hasta de lenguaje articulado. Tales errores han sido concluyentemente expurgados en el último medio siglo, como se ha fijado la vacilante nomenclatura, a veces tergiversada por malas transcripciones fonéticas o por anécdotas casuales.

Fitz-Roy, el navegante inglés, habla de Oens, Tekeenicas, Alikoolip y Pecherays. Cook había antes llamado “pecherays” a ciertos indios, porque les oyó repetir mucho esa palabra; pero hay quien distingue de éstos (que habrían habitado el Estrecho de Magallanes) a los hue-mules, en las ensenadas de Skiring y Otway; y se adopta el nombre de chonos para los que viven en los canales del Oeste, hasta el Cabo Tres Montes. Los tekeenicas serían una rama de los yaganes, cerca del Cabo de Hornos. Los alikoolip de Fitz-Roy no son sino los alacaluf de otros viajeros. Los oens (Darwin dice: “los terribles oens”) son los onas de Tierra del Fuego. Los yaganes, que habitan la Navarino y otras islas del Canal de Beagle, se llaman a sí mismos “yaganes”, que en su idioma quiere decir “los hombres”. Ellos dieron a los que habitaban la costa sur de Tierra del Fuego el nombre de onas, que en idioma yamana quiere decir “viento norte”, porque esta ribera está al Norte para ellos y de ese rumbo llega aquel viento; pero los onas, a sí propios, nombrábanse “shelknam”, que en su lengua significa

“los hombres”. Así los onas y los yaganes se llamaban “los hombres” como los indios del Imperio Incaico se llamaban *runas* (hombres), y *runa-simi* (“boca humana”) a su habla, el quichua; aunque los españoles dieron a la palabra “runa” el significado de indio. Los onas, raza específicamente fueguina, reconocieron una rama de su estirpe en los huach o manekenkn, hacia inmediaciones de la bahía Tetys, y éstos por su dialecto se distinguían de los onas clásicos, que moraban en las costas atlánticas y del Gran Lago (Cahme) desde donde excursionaban, pasando las cordilleras, hasta Ushuaia, en la margen sur del Beagle, frente a la isla Wula (hoy Navarino), ocupada por los yaganes.

Toda esa nomenclatura se simplifica en tres naciones: los alacalufes, gente navegadora, oriunda de las islas del Pacífico; los yaganes, sobre las islas australes del Beagle, también marinos y pescadores, que llevaban en las canoas el fuego de sus hogares errantes; y finalmente, en la Isla Grande o del Fuego, los onas, hombres altos y bronceos, habituados a la caza y a la marcha. Del gentilicio de los onas provino el nombre indígena de Onasaga para el Canal de Beagle, y el de Onaisín para su habitar de la Isla Grande. Onas y yaganes —el Beagle de por medio— sintiéronse rivales un tiempo, aunque se redujeron y mezclaron cerca de Ushuaia, al fundarse aquí las misiones evangélicas. Entonces —a fines del siglo XIX— llegaron a su ocaso ambas estirpes.

Sobre el origen de los onas cabrían dos hipótesis: la primera los supone oriundos de Tierra del Fuego, porque no navegaban como los yaganes; la segunda los imagina llegados de la Patagonia, en canoas de los alacalufes, y en tal caso sólo habrían tenido que atravesar

el Estrecho de Magallanes entrando en la Isla Grande por el Norte. Pero todo esto es simple conjetura poco sostenible, por no haber tenido después los onas relación con la Patagonia. Sin ser una rama étnica de los tehuelches patagónicos (con quienes, sin embargo, presentan vagas semejanzas físicas), pudieron haber habitado su isla actual desde antes que el Onaisín fuera separado del Continente por el cataclismo que abrió el Estrecho y formó el Archipiélago; pero son distintos los idiomas de ambas regiones. Tal misterio reaparece también en la flora y la fauna fueguinas, pues hay aquí algunas especies patagónicas, pero faltan otras. Algunos autores llegan a suponer contactos de esta región con la Oceanía. Los yaganes, en efecto, son pequeños, de pómulo saliente y ojo oblicuo; pero los onas con su aventajada estatura y su lengua, se alejan del hombre asiático, en tanto que sus leyendas los acercan al yagán, cuya cultura parece indígena. Sólo podemos afirmar que el origen del hombre de nuestro archipiélago es un enigma, aunque todo induce a suponerlo autóctono, sobreviviente de cataclismos geológicos muy antiguos.

Tales son los indios más australes de América, casi totalmente extinguidos hoy, pues en ese exterminio consiste el primer paso de lo que el hombre europeo llama civilización.

14.—MISTERIOS DEL ARCHIPIÉLAGO

Aunque la colonización blanca llegó al Archipiélago en pleno siglo XIX, no se comprendió lo que significaban para la ciencia estos pueblos virginales y arcaicos, conservados, como un misterio del planeta, en su

aislamiento insular. Los blancos rompieron este misterio, sin descifrarlo, y sin sospechar siquiera el mal que perpetraban.

Cuando Fitz-Roy volvió de su primer viaje, llevó del *Beagle* a Inglaterra tres indios yaganes: los bautizaron con los nombres de Mathews, Jimmy y Fueguia, una mujer. Como habían aprendido el inglés, Fitz-Roy los trajo de intérpretes en su segundo viaje. Darwin, que entonces los trató a bordo, los encontró bondadosos e inteligentes. De Jimmy dice: "No parecía pertenecer a la misma raza de salvajes innobles e infectos que habíamos visto en Tierra del Fuego". Descúbrase aquí una contradicción que necesita ser explicada.

No es posible pensar que Jimmy habíase tornado inteligente y bondadoso por haber estado en Inglaterra, sino que, por haber aprendido el inglés, Darwin pudo comunicarse con él y conocerlo. En cambio, los demás permanecían en un misterio hermético para el extranjero. Sorprende, por eso mismo, que el joven naturalista juzgue a esa raza, apenas entrevista al pasar, como si la conociera. Vió las canoas y las chozas, pero no las almas. Aseguró, sin fundamento alguno, que eran caníbales; dato que pasó a las cartas geográficas del siglo anterior. Los yaganes aparecieron a sus ojos como los seres más degradados de la especie humana.

Darwin juzgó el idioma de los yaganes como algo tan pobre que no merecía el nombre de lenguaje articulado; pero el joven sabio inglés ignoraba ese idioma en absoluto. Otro inglés, el pastor Bridges, con más conocimiento y autoridad en ese punto, ha dado elementos para rectificarlo. La cantidad de palabras yaganas recogidas por Bridges es superior a las que Shakespeare y Darwin emplearon, y a las de muchas lenguas mo-

dernas de ilustre literatura, y desde luego extraordinariamente mayor al poco caudal que suele contar el léxico de los pueblos primitivos. Abunda el yamàna en nombres y verbos, por el matiz con que representan las diversas acciones y por la precisión con que denominan las cosas individualizadas en una minuciosa observación de la naturaleza. Las que nosotros expresamos por adjetivos y adverbios, ellos las incluyen en nombres y verbos de sutiles distinciones. La gramática de los yaganes me parece tan admirable como su abundante léxico, que da testimonio de una extraordinaria vida mental no desprovista de belleza poética en sus expresiones.

Darwin dice de estos indios antárticos: "Las diferentes tribus no tienen gobierno". Así es, en efecto; y no lo necesitaban, porque tenían maestros. Maestro fué Kuanip, el héroe mítico, el instructor que les trajo el fuego y que hoy está en una estrella a la cual se fué después de haber enseñado a los hombres la ciencia del vivir, su economía, su moral. El colegio de Jaind mantuvo después para los jóvenes las tradiciones de esa antigua ciencia que los patriarcas enseñaban y practicaban. No es que no tenían gobierno; carecían de "Estado", en el sentido europeo o militar de esta palabra, pero poseían un gobierno moral en el clan, que regía y conservaba la raza.

Un día, los mapas dejaron de mencionar a los imaginarios antropófagos, sin duda porque se averiguó que más bien lo eran quienes vinieron a civilizarlos. Sabemos hoy cuán rico fué el idioma de los yaganes, cuán admirable la moral varonil de los onas, cuán profunda la concepción religiosa de ambos pueblos. Los misioneros, así protestantes como católicos, rectificaron los vie-

jos errores, después de haber vivido largos años en la intimidad de las tribus hasta haber aprendido sus lenguas y penetrado en el secreto de sus almas. Lástima que la verdad vino a saberse cuando ya esas estructuras sociales habían sido rotas por los civilizadores y la raza autóctona llegaba a su extinción.

Difícil es penetrar en la conciencia del hombre primitivo, captar sus secretos. Los datos sueltos de los etnógrafos, por más exactos que sean en la verdad externa, son insuficientes. Las interpretaciones tendenciosas de los hombres de ciencia y de los misioneros religiosos, también suelen ser ocasionadas a error. Sólo despojándonos de nuestra mentalidad de hombres civilizados y captando por intuición la mentalidad primitiva, podemos acercarnos a aquel secreto y contemplar su cultura desde adentro de ella. Así debemos proceder con la cultura autóctona del Onaisín, que por ser insular y tan antigua se distingue de la de otros pueblos indígenas, con caracteres propios.

La religiosidad del Onaisín presenta caracteres muy originales y profundos. No se parece al monoteísmo hebreo, ni al politeísmo helénico, ni al panteísmo hindú; y aunque ofrece algunos leves puntos de contacto con otras religiones primitivas, nada es más diferente del fetichismo de Oceanía, o de la heliolatría incaica o de la aparatosa magia africana. Acaso la religión del Archipiélago Austral sea la más antigua del planeta, y habríase conservado gracias al aislamiento insular. De ahí que no haya sido fácil comprenderla.

15.—EL ONAISIN MÁGICO

Asomémonos ahora al secreto religioso del Onaisín, buscando comprender los aspectos exteriores de su cultura, que fundábase en los "mehnes" y ordenaba la vida en función de su propio paisaje.

Algunos de los primeros exploradores de la región fueguina afirmaron que sus indios eran ateos. Esto fué un error, que ha de atribuirse a interpretaciones tendenciosas, a lo que siempre hay de accidental o superficial en la visión de un viajero, y a la ignorancia de la lengua autóctona. Tal afirmación de ateísmo serviría a los materialistas para demostrar que la noción de Dios no es innata en todos los hombres, y a los deístas para decir que los fueguinos, puesto que no conciben a Dios, marcan un grado casi bestial en la especie humana.

Dicho error provino de que estos indios no practicaban el culto de los muertos, ni tenían fetiches, y carecían de rito externo; pero hoy sabemos que no eran ateos. Lo sabemos por el testimonio de los etnógrafos y de los misioneros cristianos. Las noticias de éstos sobre los idiomas, leyendas y costumbres de los fueguinos rectifican el viejo error.

Los yaganes llamaban Vatainueva a un Ser Supremo, y Timaukel lo llamaban los onas; para ambos, aquel ser inefable, invisible, era la más antigua "persona", anterior al hombre y a la montaña, el poderoso en quien nacen y perecen las formas. Dentro de este ser viven los otros seres visibles del Universo. Todas las cosas de la tierra, del cielo y del mar son también "personas"; lo mismo el hombre que la roca, el lobo, el árbol, la nube, la nieve, el viento, la estrella. Cada forma tiene un

doble espiritual, llamado *mehn*, que la moldea, sostiene y anima. No se trata de una concepción propiamente panteísta, aunque todos los seres son de una misma esencia, ni de una representación mitológica al modo griego, aunque dramatizaron en leyendas la vida de esas personas del cosmos.

Llamaban Omeling al espíritu del cielo y Jalpen al de la nube, cuyo vestido es blanco y vuela sin ruido, como ciertas aves. Uno es el "mehn" del árbol verde, otro el del árbol seco, otro el del árbol quemado, y otro, impalpable y diáfano, llamado Josha, el del aire que vive entre los árboles, y éste es el verdadero espíritu del bosque. La montaña, Huepen, y el lago, Cahme, son hombre y mujer; espiritualmente, sus "mehnes" procrean.

Los onas dieron asimismo el nombre de "mehn" al "doble" o espíritu de los que han muerto. Algunos "mehnes" (*manes*, decían los latinos), son ahora estrellas y constelaciones. Los héroes, por su condición divina como entre los griegos, son hijos del Cielo y se transformaron en los más lucientes astros de la noche fueguina. Aquel lampo de fuego que veo allá arriba, es el "mehn" de Kuanip, el héroe civilizador de los onas.

Así, la leyenda indígena se infunde en el cielo, en el mar, en la tierra, en el bosque, en la nieve, y es como el alma del paisaje, porque cada ser es una persona y tiene un "mehn" diferente.

El Universo era para ellos una esencia en que no distinguían lo natural de lo sobrenatural, acaso porque todo es sobrenatural. La realidad se les presentaba como un escenario de fuerzas espirituales. El pensamiento se transfería al mundo externo, tanto como las imágenes del contorno se proyectan por los sentidos en la

mente. La visión onírica era tan corpórea como la experiencia sensible. Todo era mágico en estos pueblos y su ambiente. Su religión estaba implícita en la vida, porque ella misma era la vida, quizá no imaginada como algo diferente de la muerte. Careció de artes ornamentales, porque el paisaje era el mejor ornamento. Careció de culto idolátrico, porque su liturgia era cosmogónica. Careció también, por eso mismo, de ritos mortuorios. La muerte y la vida, como el sueño y la vigilia, eran un solo fluir espiritual en las formas del tiempo y del espacio.

Condenaban el homicidio voluntario, para salvar la integridad biológica de la familia y la concordia entre los clanes. La muerte natural no tenía mayor importancia, porque el "mehn" del difunto sobrevivía y su cadáver se desintegraba lentamente, acaso sin putrefacción, cremado o depositado en la nieve, pero sin tumba. Los hijos no nombraban a sus padres fallecidos para no evocarlos, porque se creía en una transmigración de los espíritus; idea análoga a la de Egipto, aunque sin sarcófagos ni momias. La muerte era una perfecta desmaterialización, pero no un perecer. En el mito de Konik Sción, Isla Blanca que está dentro del Cielo, ésta era una especie de Hades Antártico, un "doble" del Onaisín, donde perviven los "mehnes" de los hombres más puros.

Dentro de esas raras concepciones, que no son metafísica panteísta, ni politeísmo antropomorfo, sino magia primordial y biología del espíritu, concibieron ese Dios Supremo al que dieron nombre, aunque sin darle forma y sin rendirle cultos ceremoniales, puesto que los hombres vivían en Él y Él en ellos. Poblaron el universo de tantas "personas" como seres existen; en lo

esencial, no diferentes de la persona humana. Lo divino y lo humano y lo natural carecieron de distinciones. Semejante cosmofofía formó la religión, la ciencia, el arte, y trascendió a la moral, formulada en sabias normas y en hermosos mitos que dramatizaban la vida y exaltaban el heroísmo, para la subsistencia de la raza que así venció al medio hostil, en una selección milenaria.

Y ahora, yo, aquí, sumido en el paisaje del Onaisín mágico, veo que todo eso era verdad, y que lo es todavía.

16.—EVANGELISTAS INGLESES

A la zaga de exploradores y descubridores llegaron al Beagle los misioneros ingleses, hasta que lograron establecerse aquí, como primeros ocupantes de esta región, apoyados desde las Malvinas. Ciérrase con ello la edad antigua del Onaisín y ábrese su edad media.

Hoy he tenido en mis manos el original autógráfo de unos breves apuntes que en 1896 escribió el Reverendo John Lawrence sobre esas primeras misiones, anteriores a la ocupación argentina y a las misiones salesianas.

Según dicha memoria, escrita en inglés por un actor de la empresa, el primer protestante que quiso "civilizar" a estos indios del Beagle fué el capitán Allen Gardiner, que llegó directamente desde Londres inducido por las recientes publicaciones de Fitz-Roy y de Darwin, a mediados del siglo. Vino Gardiner en 1851 y con todos sus compañeros murió de hambre en la Bahía Aguirre, que he visto desde el *Chaco*, al pasar por el Beagle. Siguióle en ese intento el Rev. George Packersham, que tuvo su centro de acción en las Malvinas y construyó

en 1856 las casas de una misión en Wulaia; pero casi todos los allí instalados, menos el cocinero, fueron muertos por los yaganes. En 1862 llegó el Rev. Waite Hockin Sterling, como superintendente de la misión, y la trasladó de Wulaia a Ushuaia, o sea de la Isla Navarino a la costa norte del canal. A Sterling le sucedió en 1863 el Reverendo Thomas Bridges, quien refeccionó y amplió esa residencia. En 1873 vinieron para continuar los trabajos Mr. John Lawrence y su esposa, los cuales, con la señora Hemmings, abrieron un asilo de niños indios. En 1887 incorporó a Lawrence el Reverendo Adwin C. Aspinall como médico de la Misión. Ese mismo año, Mr. Burligh trasladó a Wollaston Island una incipiente reducción establecida hasta entonces en Jenika; pero la misión, propiamente dicha, continuó siendo la de Ushuaia, establecida en la península contigua al pueblo actual, y que se llama por eso "Península de la Misión", aunque originariamente se llamó Darskapalan entre los yaganes y Usín entre los onas, nombres hoy olvidados.

Esta península avanza con dirección al Sur y se interna en el Beagle, cerrando por el Oeste la bahía ushuaiana. Es un terreno aluvional, herboso y plano, que contrasta con la orografía circundante. Hay en ella un manadero de aguas minerales que podría explotarse y un matadero en que se faenan las ovejas con que se provee de carne al presidio y a la población, de la que ahora formo parte. Por deshielo de los montes vecinos llegan hasta ese lugar algunos chorrillos que la riegan de agua dulce. Crecen allí muchos arbustos, calafates sobre todo, y se ha ensayado un cultivo de avena, que yo he visto muy lozana. El lugar es agradable, entre un panorama de aguas marinas y nevadas montañas,

pero nada subsiste ya de la antigua misión protestante, que se estableció cuando ni el Beagle ni el resto del Onaisín habían sido ocupados por la soberanía argentina.

La empresa evangélica de Bridges y de sus colaboradores en las Misiones del Beagle ha resultado estéril, porque no logró evitar la desaparición de las razas indígenas, y aun se dijera que la conversión civilizadora sólo ha servido para extinguirlas. Bridges y Lawrence, en cambio, introdujeron aquí las primeras ovejas, traídas de Malvinas; iniciaron las primeras labores agrícolas en la Isla Gable, las ganaderas y forestales en Remolino y Haberton. Dejaron hijos criollos que hoy trabajan en las tierras que poseen. Según tradiciones que he oído aquí, algún descendiente de misionero se casó con mujer yagana, que es cuanto puede pedirse como asimilación euríndica.

Tales resultados, según se ve, son más bien de orden doméstico y económico; pero la misión evangélica, en lo que tuvo de empresa espiritual y reducción salvadora para el indio fueguino, pereció sin lograr mayores frutos. No sería justo decir lo mismo si recordamos los estudios que realizaron en la Misión, sobre la raza que los pastores evangelizaban. Los trabajos del Rev. Bridges merecen gratitud en ese punto.

La contribución más importante de Bridges a la cultura fueguina consiste en sus estudios sobre los aborígenes, durante varios años de convivencia con ellos, y especialmente su *Diccionario yamana-inglés*, de extraordinaria importancia para la ciencia. *Yamana* —dice él— porque ha adoptado este nombre para el idioma, dejando para la raza el de *yagana*, que era el gentilicio autóctono de este pueblo.

No se puede juzgar la personalidad del pastor Bridges ni estudiar a los yaganes, sin tener presente dicha obra filológica, monumental por la magnitud del esfuerzo y la importancia de sus resultados científicos.

17.—LA LENGUA YAMANA

A mediados del siglo anterior, un niño huérfano fué recogido en el puente de Lincoln (Inglaterra) y adoptado como hijo por el Reverendo George Packersham Despard; se le dió el apellido de "Bridges" por el "puente" en que lo hallaron. Se ignora el nombre de sus padres, aunque se sospecha que fuesen de origen español. Hombre de tipo meridional, cenceño y pálido, mediana estatura, ancho cráneo, cara apergaminada y barbada, ojos grandes y soñadores, su fisonomía era la de un místico. Tal fué el más tarde Reverendo Tomás Bridges, que evangelizó a los yaganes y escribió ese *Diccionario* del idioma que estos indios hablaban. Según Barclay en el prefacio del *Diccionario*, Tomás Bridges fué un amigo de los fueguinos, buen padre de familia, "pioneer" del extremo sur, filántropo generoso, cuya vida se consagró totalmente a una misión civilizadora. De todos los misioneros ingleses que vinieron al Beagle, la personalidad más vigorosa es, sin duda, ese Bridges, hombre de biografía novelesca.

A los 13 años, Tomás fué traído por Despard a las Malvinas y a los 18 se lo encargó de la Misión en Keppel. Graduado de pastor, volvió a Inglaterra, donde contrajo enlace, y regresó con su mujer para consagrarse a la conversión de los indios en el Archipiélago austral. Fué superintendente de la Misión en Tierra del Fuego

y trabajó en ésta casi treinta años, dirigiendo durante varios lustros la Misión de Ushuaia. Produjo publicaciones y conferencias para dar a conocer la etnografía fueguina. Defendió a los yaganes de la mala fama que echó sobre ellos Darwin con sus muchos errores. Bridges viajó a Buenos Aires en 1898 y falleció entonces en nuestra capital, inesperadamente, dejando varios hijos nacidos en este rincón austral.

El Reverendo Bridges terminó su *Diccionario* en 1879, aunque parece haberlo retocado posteriormente. Diez años después de la muerte del autor, el manuscrito pasó a manos del Dr. Ferdinand Hestermann de la Universidad alemana de Münster en Westfalia. Por fin, en 1933, ha aparecido en Austria la edición de la obra, una buena edición de 300 ejemplares, costada por los hijos de Bridges y dedicada a la memoria paterna. Han intervenido en la publicación, además de Hestermann, etnógrafo de Viena, Martín Gusinde, que por encargo del gobierno chileno realizó cuatro expediciones, de 1918 a 1924, para el estudio de los indios yaganes, de los que, según él, en 1932 sólo quedaban 43 sobrevivientes, lo que da a la documentación de su idioma valor especial, por tratarse de un pueblo casi extinguido, que habitó desde épocas inmemoriales, en su aislamiento insular, la región más austral del globo.

El libro, que me ha sido franqueado por el gobernador Siches, se titula: *Yamana-English, a dictionary of speech of Tierra del Fuego, By the Reverend Thomas Bridges, Superintendent of the South American Missionary Society in Tierra del Fuego from 1870 to 1887. Printed for private circulation only. Modling in Austria, 1933.* Además del retrato de Bridges y de la fotografía de un cazador indio, el volumen trae una breve introduc-

ción de Gusinde y un prefacio de Barclay, con las necesarias noticias preliminares.

El comentador Barclay dice en su prefacio que el Sr. Bridges compuso esta obra por el mejor método con que puede recogerse un vocabulario aborigen, después de haber vivido mucho tiempo entre los indios, de haber oído sus confidencias, hasta fijar la recta pronunciación y el sentido de las voces por el diario testimonio de diferentes personas.

El texto contiene 32.000 palabras, abundante léxico muy superior al usado por Cervantes y Shakespeare, y que contrasta con la rudimentaria vida exterior de estos indios, por lo que ese diccionario adquiere un gran interés filológico. El arcaísmo que debe atribuírsele y las sutilezas de observación que tal vocabulario supone, complétanse con las noticias para la etnografía que de todo ello resulta.

A bordo del *Phantom* en viaje a Buenos Aires, el año 1898, Bridges, pocos días antes de su muerte, escribió unas notas en que explica cuál fué su método en la elaboración del *Diccionario*: no anotó un vocablo hasta que no estuvo seguro de la exactitud de su sonido, y adoptó para ello un alfabeto fonético especial, en el que a cada sonido corresponde una letra y a cada letra un sonido. Además de esas indicaciones, resaltan en las glosas de Bridges tres observaciones importantes sobre el idioma yamana. La una se refiere a la vida del "wigwam" o choza, que por el clima y la cordialidad familiar fué especialmente favorable al desarrollo de la conversación y del discurso, llamado *teehamunan*; la segunda refiérese a la pureza de la lengua hablada por los yaganes, pureza debida al aislamiento insular, como se lo comprueba hasta en los nombres geográficos, salvo algunas ex-

cepciones en la frontera ona del Norte y en la alacaluf del Oeste; la tercera se refiere a la extremada antigüedad de dicho idioma que, aunque pobre en historia, arte y ciencia, es, sin embargo, riquísimo, por su estructura gramatical y por esa abundancia de voces, sin contar otras numerosas palabras compuestas que con gran libertad se forman para el uso diario.

Por ese libro debemos gratitud al señor Bridges; y ya que los indios de su misión no se han salvado, al menos podemos imaginar, gracias a él, cómo era el mundo mental de los yaganes.

18.—UN VIEJO YAGAN

Me avisan que ha llegado al muelle un bote con una familia indígena. Al saberlo me encasqueto el gorro de lana, me pongo mi sobretodo, me envuelvo al cuello un chal de vicuña y desciendo por la callejuela que baja desde la colina en donde vivo, hasta la ribera del mar, frente a la policía. Junto al muelle está, en efecto, la goleta *Año Nuevo*, del señor Lawrence, y a bordo el joven indio Agustín Clemente; su padre, llamado Darskapalans, poco antes descendió a tierra para hablar con el dueño de la embarcación.

Estos indios vienen de la Isla Navarino, cuya costa frontera se ve desde el muelle, al otro lado del Beagle. Aquélla fué la patria inmemorial de los yaganes, especialmente sobre el canal hacia el Antártico, que hoy llaman Angostura Murray y antes llamaban Yagasaga. Allá, en Wulaia, descubrió Darwin a los abuelos de estos que hoy son último residuo de una raza en agonía.

Darskapalans se casó con Chetenaite, hermana de

Kaankot, jefe ona. De esta unión de ambas razas nació Agustín Clemente, mocetón robusto, de fisonomía despejada, en quien se descubre la prevalente herencia ona de la madre. Contrasta él con la figura de su esposa, que viene a bordo, una desmirriada mujer, menudita y fea, de pómulos salientes y cabeza estrecha. En el hijo de éstos, nieto de Darskapalans, ha persistido el tipo del padre ona sobre el de la madre yagana.

El abuelo, nacido en la misión protestante hace más de sesenta años, conserva aún el inglés que le enseñaron los evangelistas; habla malamente el español y no ha olvidado su idioma nativo.

Todo este grupo de la goleta representa, pues, la transición del indio austral al cristianismo; el mestizamiento del yagán con los onas que bajaron desde el interior de Tierra del Fuego hasta las costas del Beagle; la decadencia de un pueblo legendario minado por la pobreza, las enfermedades, los vicios, porque esto fué para ellos la nueva civilización.

El viejo yagán vino a mi vivienda, al saber mi interés por conocerlo. Darskapalans, bronceado indio lampiño, de pómulos salientes y ojos encapotados, vestía pantalón, saco roto, chambergo sucio, y olía a carne de lobo. Le ofrecí el único asiento que en mi habitación había, y yo me senté en mi cucheta de hierro. Mostró desde el primer instante un gesto de urbanidad, dispuesto a satisfacer mis curiosidades. Inquirí noticias sobre la vida actual de los yaganes y sobre los antiguos mitos de su raza. A todo respondió con dignidad y sabiduría de anciano.

Estos indios no tenían caciques, sino patriarcas y maestros. La unidad social era la familia; procreaban normalmente; lavaban al recién nacido en agua fría y

luego lo embadurnaban hasta formarle una costra de grasa y arena para protegerlo del frío, esperando la mocedad para enseñarle a vencer la naturaleza hostil. Condenaban la consanguinidad, el homicidio y el hurto. No tenían vicios; ni sodomía, ni borrachera, ni tabaco, ni enfermedades venéreas. Eran candorosos y se regían por una sabia moral. Fundaban su vida en una concepción animista del mundo, llena de profundidad y de belleza. Amaban la conversación, a que el recogimiento del hogar obliga en tierra o en la canoa, y poseían numerosísimo vocabulario, con palabras muy poéticas, que bastan, por sí solas, para iluminar el antiguo misterio de sus almas y el misterio mágico del paisaje en que ellas se recreaban.

Darskapalans me habló de Kuanip, el héroe civilizador, y cuando aludió a la partida, después de sus proezas, para volver al cielo de donde vino, dijo estas palabras antiguas:

—Partió de la Isla Grande por la punta del Sur, cuando acababa de abrirse el estrecho que ahora llaman de Le Maire.

Darskapalans acordábase del diluvio...

Todo ese grandioso mundo prehistórico comenzó a desaparecer cuando llegaron los evangelistas, con nueva religión, nueva lengua, nuevas maneras de vivir. Tal cambio fué como un cataclismo espiritual. Las almas se debilitaron y con ellas los cuerpos. Los indios, que entonces eran numerosos, empezaron a morir, hasta no quedar de ellos sino muy pocos, sumidos en la inopia.

Como Darskapalans me hablara de la miseria en que vivía, al despedirse quise obsequiarlo con algún dinero, y él se resistió a recibirlo, pero ante mi insistencia

accedió por fin: tomó el regalo, miróme con lágrimas en los ojos, y exclamó con voz melancólica:

—*You are a christian gentleman.*

Habría deseado omitir esta anécdota; pero la cuento porque ella revela la nobleza del pobre anciano y porque me sorprendió que recurriera al inglés para decir lo que me dijo. Durante los tiempos de la misión protestante, siguieron hablando la lengua yamana y vistiendo sus quillangos de guanaco; a fines del siglo pasado, dicha misión se clausuró, y los catecúmenos quedaron librados a su propia suerte, como detritos de una formación rota por el cataclismo. Los yaganes eran oriundos de la Isla Navarino, y el tratado de límites los declaró chilenos. Las misiones salesianas reanudaron entonces la tarea evangélica, pero la extinción de los indios continuó hasta extremos dolorosos, como lo diré más adelante.

Darskapalans me ha parecido la personificación del atroz destino de su raza.

19.—MISIONES ITALIANAS

En 1883 el Papa creó en el Sur una Prefectura Apostólica de 507.049 k. c., desde el río Santa Cruz hasta las islas más australes del Archipiélago magallánico, y la entregó a los salesianos para el gobierno espiritual y la predicación del catolicismo. Chile y la Argentina quedaron así incluídas en una sola jurisdicción eclesiástica entre ambos océanos. Los salesianos llegaron a Tierra del Fuego en 1886, cuando las primitivas misiones protestantes llevaban treinta años de acción y estaban en vísperas de desaparecer. Los misio-

neros protestantes fueron ingleses; los misioneros católicos han sido o son italianos. En ambos casos estuvo ausente el espíritu argentino. El Padre José Fagnano fué el precursor de la nueva empresa. Misioneros ya en el Chaco y en el norte de la Patagonia, los salesianos extendieron su obra a las islas del Sur; y Punta Arenas fué el centro de sus trabajos. En esta ciudad chilena del Estrecho, así como en las tierras inmediatas, dan testimonio de su labor importantes edificios y establecimientos, pero ha sido de ínfimos resultados su empresa en la parte argentina del territorio.

Los salesianos han venido a nuestra Tierra del Fuego sobre la huella de las misiones protestantes que los precedieron, como ocurrió en el Canal de Beagle, o a la sombra de poderosas empresas industriales, como ocurre en la pampa de Río Grande. Sus trabajos se han reducido a mantener un cura en la capilla parroquial de Ushuaia, generalmente desierta de fieles, y a fundar la Misión de la Candelaria en Río Grande, sobre la costa del Atlántico, de cuyas características daré noticia con insospechables datos que tomo de opúsculos publicados por la misma congregación.

Llegó el Padre Fagnano a la costa atlántica de Tierra del Fuego en 1882 como capellán de la expedición de Lista; pero hasta una década más tarde no intentó una fundación en el territorio. Entretanto, Fagnano y otros padres de la orden salesiana habían navegado por todo el archipiélago; entraron en contacto con las tres razas insulares, soportaron padecimientos, practicaron bautismos. Aquel misionero tuvo el centro principal de sus trabajos en Chile como Bridges lo tuvo en Malvinas; de Punta Arenas partió en 1893 con Don Beauvoir, a bordo del *Amadeo*, y desembarcaron en la

bahía San Sebastián en cuyas inmediaciones construyeron un templo y treinta casas para los indios; pero en 1896 todo esto desapareció en un incendio. La misión fué reedificada cerca del Cabo Domingo, donde hoy subsiste.

Esta colonia fueguina, según publicaciones de los salesianos, les ha costado mucho dinero: pesos 40.000, la primera expedición, pesos 100.000, las pérdidas del incendio; otro tanto la reedificación y mantenimiento en años posteriores. Informaciones de opuesto origen aseguran por lo contrario, que ésta y otras misiones son establecimientos que han dado utilidad a la orden. Lo cierto es que hoy poseen allí varias leguas de tierra cedidas por el gobierno argentino, con miles de ovejas que esquilan los indios y que se faenan en el frigorífico anglo-chileno de Río Grande, del que dependen. La obra social en favor de los onas parece, en cambio, haber sido allí muy escasa.

La misión de Río Grande se compone de la capilla y la residencia para los padres; de un asilo de María Auxiliadora, a cargo de hermanas, en donde se hallan recogidas algunas pocas onas viejas; de un colegio elemental para unos pocos niños; y de malas chozas para los indígenas adultos que trabajan en la ganadería. Pero los onas, a quienes un libro salesiano llama "la histórica raza de formas atléticas y costumbres moderadas", han disminuído hasta tocar los límites de su total extinción. Nunca fueron muchos los reducidos, y esos pocos están desapareciendo, porque se mueren, o porque se van sin haber adquirido un oficio.

Más importante ha sido la obra salesiana en territorio chileno, y a ésta deben su fama. En Punta Arenas, por ejemplo, la iglesia parroquial del Sagrado Corazón

de Jesús, el Instituto del venerable Don Bosco, el Observatorio Meteorológico, el Museo Territorial, la Misión San Rafael en la Isla Dawson, los asilos para ancianos y niños, los colegios de educación indígena, los importantes trabajos científicos sobre temas de la región, los frutos económicos de industrias locales, las valiosas donaciones que reciben, dan pruebas elocuentes de la actividad salesiana en tierra chilena; pero no se podrá decir lo mismo cuando se habla de su labor en la parte argentina de Tierra del Fuego, donde, aunque virtuosos los esfuerzos, han sido escasos los resultados.

Los asilados en la Misión de Río Grande, actualmente, son apenas unas 30 personas, casi todas viejas y niños. Ha ocurrido, así, con la evangelización católica, algo análogo a lo que pasó con las misiones protestantes: escaso fruto social para los indios. En cambio de eso, los misioneros salesianos, en sus casas chilenas, han publicado numerosos estudios sobre los onas, de gran interés para la etnografía local. Me ha obsequiado algunos de ellos el Padre Giacomuzzi, salesiano, párroco de Ushuaia, y los he leído con devoción casi póstuma.

El doctor Otto Nordenkjöld, que visitó esta Misión y la de la Isla Dawson cuando pasó por aquí en su viaje al polo, estima que es obra filantrópica la de los salesianos, por ser ella la única ocasión que los indios han tenido de contacto con la civilización; pero es lo cierto que poco deben a "la civilización" esos pobres indios. Los adultos se alcoholizan; otros mueren de hambre y de pestes. Prácticamente, los últimos onas están desapareciendo, como desaparecieron los yaganes.

Yo no he visitado la misión de Río Grande porque me lo impiden las restricciones del confinamiento; pero los hechos que dejo anotados los tomo de fuentes sale-

sianas. No desconozco el mérito de esos misioneros, cuya virtud se muestra con haber venido a vivir en latitudes tan inhospitalarias. Mis referencias a la obra misional sólo son un antecedente indispensable para referirme luego a la extinción de los onas.

20.—EL KLÓKETEN DE LOS ONAS

Misioneros católicos y protestantes, así como después de ellos algunos etnógrafos laicos, han descripto al ona como un tipo de aventajada estampa; gran cazador y buen guerrero, cuya organización social reposaba en los mitos de un ideal viril.

El Klóketen es una antigua tradición de los onas, según la cual, en épocas inmemoriales, los hombres vivieron sometidos a esclavitud por el espíritu de Alpe y de las hijas de la Luna, a quienes asistía el privilegio de no sé qué potencia freudiana. Descubierta un día el secreto de aquel poder equívoco, los hombres, protegidos por el espíritu masculino de Kzortu, se sublevaron, y sacrificaron vengativamente a todas las hembras de la dinastía matriarcal, aunque dejaron con vida a las niñas, no iniciadas aún en el primitivo secreto. De aquellas hembras sacrificadas, algunas metamorfoseáronse en ánaes; otras en murciélagos. Los varones habían triunfado de las hembras, y de los monstruos equívocos, hijos de la Luna, suceso que acaso corresponda a la caída del matriarcado. Los hombres, a fin de mantener su victoria, necesitaron de un nuevo rito, y éste fué el misterio del Klóketen, iniciación del hombre valeroso, que hasta hace pocos años se practicó en el "jaind", recinto iniciático de la raza.

Al llegar el otoño, los magos se revestían de para-

mentos simbólicos para encarnar a los espíritus de la piedra, del viento, de la luz, de la nube, de la nieve, del agua, de los seres marinos, e irrumpían en la floresta, sembrando el terror en las chozas. Tales eran los hijos de Kzortu, mehnes masculinos, en cuya magia fundábase el nuevo reinado de los hombres.

Cuando el joven púber iba a entrar en la fraternidad jerárquica de su sexo, era enviado al bosque más abrupto, para probar sus fuerzas. Allá, solitario en la montaña nevada, debía probar su cuerpo y su ánimo en todo género de fatigas. Privado de alimentos, debía, tras de ciertos ayunos, procurarse él mismo su caza de guanaco, para lo cual llevaba consigo su arco y sus flechas. Soportaba el viento y la nieve, y voces de inexplicables amenazas, surgidas de la tierra sombría, sobresaltaban constantemente al solitario en su aislamiento. Aquellos funestos presagios provenían del espíritu femenino del mundo, la pro genie de Alpe exasperada hasta el celo, la venganza y el odio, por quién sabe qué irreparables fracasos. Si el neófito vencía con resistencia física y corazón esforzado en esas pruebas terribles, al volver a la tribu era incorporado a la jerarquía viril y se lo iniciaba en la parte esotérica de aquel rito, entrando en posesión de sus derechos y de sus deberes. En el Klóketen el adolescente así iniciado pasaba a ser hombre para gobernar a las hijas de la Luna y a la pro genie de Alpe, equívoca y terrible.

Al joven que había pasado por el Klóketen y la escuela hermética del Jaind, llamábanle Senalpen, el varón. El ideal de la perfecta belleza, física y moral, no la encarnaban los onas en la mujer, sino en el hombre, y llamaban Ketterrnem a su arquetipo varonil. Sobre este mito y otros correlativos organizaron una vida espar-

tana, dominando el medio inclemente y los instintos primordiales. El sexo y el clima eran los ejes de la cultura fueguina.

Tenían los onas sus "doctores del viento" y los más grandes fueron Muyée y Caucoshil, quienes enseñaron a hacerlos cesar. *Suá Muyée, Jua Caucoshil*, decían esos magos para que cesaran viento y lluvia.

Una apreciación superficial y aislada de tal hecho no permitiría ver en él sino un caso de superstición, común al de otros pueblos primitivos; pero los ushuaianos de hoy atribuyen al Monte Susana, situado hacia donde el sol se pone, la virtud de anunciar el tiempo en las nubes y sombras de su falda al atardecer. Repítese con ello una tradición de los onas, que tenían khones especializados en la premonición de los cambios meteóricos. Puesto que todos los seres del universo son "personas", también lo son los vientos. Vinieron a la tierra los cuatro vientos y lucharon, en pugna corporal, según la costumbre de la raza. El Horroken Hayen venció a los otros; y desde entonces quedó reinando en el Onaisín. Su aliento dominador sopla todavía. Pero, a veces, ese viento duerme, y Kren, el sol, asómase entonces a mirar el cielo fugazmente sereno.

Probablemente una observación minuciosa de la naturaleza local, transmitida por una tradición milenaria y aguzada por una fina observación, había dado a los doctores del viento la capacidad de predecir el tiempo y la ilusión de un poder mágico. Lo cierto es que, sin ese don, los fueguinos habrían perecido, y ya he contado que Darwin vió un grupo de yaganes, desnudos, que transpiraban de calor, mientras él y sus compañeros, abrigados, tiritaban de frío. Tanto podían, pues, aquellos indios.

El ona conoció ese ambiente hasta identificarse con él. Su conocimiento pareció magia. La montaña de la Isla nativa le entregó sus secretos. El viento, que es aquí el vigoroso arrancador de árboles y revolvedor de olas, fué su iniciador en la fuerza. Triunfó de la fría intemperie en la marcha cinagética y en la choza mal-cerrada. Fué grande, hermoso y esforzado como un titán.

El explorador Ramón Lista, argentino, pudo, cincuenta años há, consignar algunas observaciones sobre la vida de los onas, fragmentarias y erróneas algunas, pero no pocas ciertas y confirmadas más tarde por los catequistas. Lista no dominaba el idioma local, y sus interpretaciones sobre la religión fueron superficiales; más acertado anduvo en la observación de costumbres y cosas exteriores. Vió de qué modo hacían sus flechas con puntas de sílex y sus arcos de casi dos metros, como la estatura de esos hombres. Anotó que el matrimonio era convencional y que raramente faltaba la mujer a sus deberes de esposa. Reconoció que el hombre era el juez de la familia, y que el cuidado de la prole pesaba íntegro sobre las hembras. Comprobó con cuánto frenesí se alegraban todos en las horas de abundancia, cantando monótonamente: — *Eyay, miyay — yegay, yegoni*”. La experiencia llevóle a rectificar las opiniones de Darwin, que antes creyera; y concluyó, gracias al trato familiar, por estimar a los onas, a quienes juzgó bondadosos, inteligentes, hospitalarios, y agresivos sólo por necesidad, en casos de hambre o de guerra.

Estas observaciones del explorador Lista, han sido confirmadas y ampliadas minuciosamente por los misioneros salesianos; y, sin embargo, esa raza virtuosa y viril, ha desaparecido en los últimos cincuenta años.

La otra noche alarmóse Ushuaia por unos ruidos en el Monte Olivia, acompañados de nubes y chispas, cerca del campamento de los penados que están abriendo allí una picada. Vinieron del campamento a avisar a la policía, muy sobresaltados, porque se creyó ser fenómeno volcánico eso que, probablemente, sólo era brusco deshielo con avalancha de piedras. Pasada la medianoche, partió la policía a ver lo que allá ocurría, y como necesitaran baqueano, la expedición se lo llevó al ona Silcha, para que los guiara en la selva oscura por donde debían andar.

Fué actitud de la raza el presentir los vientos, conocer los rumbos, ver en la noche del monte. Silcha conserva esas virtudes hereditarias, nacidas en la antigua intimidad de la naturaleza, que hizo del ona la conciencia viviente de su paisaje. Silcha, uno de los pocos onas que sobreviven, es agente de policía.

Al oír las crónicas de lo ocurrido, quise conocer a este ona civilizado, y ayer conversó conmigo, Silcha en persona: un gigantesco mocetón. Vino a mi pedido, con venia de su propio jefe, que me lo mandó para que yo conozca a uno de los últimos representantes de la raza. Hay otros dos agentes indios en la policía local y también he platicado con ellos. El uno se llama Thomas y parece mestizo de yagán; el otro se llama Garibaldi por la bahía de ese nombre que hay en el Beagle. Pero Silcha es ejemplar de más pura raza.

Es un joven bien proporcionado. Calza botas y viste el uniforme gris de su empleo; vestidura que realza la estampa airosa y el gesto militar. Su rostro es moreno.

Me sorprende la desenvoltura de sus ademanes, la corrección de su saludo. Cuando ha entrado en mi habitación le ofrezco una silla, pero no la acepta, permaneciendo de pie en señal de respeto. Observo la elegancia con que mantiene la gorra en la mano izquierda, mientras con la derecha acciona garbosamente. Sus ojos negros, de mirar agudo, son ligeramente oblicuos, bajo el encapotado párpado. Su gesto es expresivo; su voz varonil.

—¿Y está contento de su empleo?

—Sí, señor. El jefe me aprecia y el gobernador dice que va a hacerme dar un lote fiscal para cuando me case.

—¿Y tiene mucho trabajo en la policía?

—No, señor: esto es muy tranquilo. Ni en la casa de mujeres hay peleas. Borrachos, tal vez haya, pero no dan trabajo. Si toman será en sus casas. Toda es aquí gente buena.

A preguntas mías, Silcha va refiriéndome su historia y la de su gente. Su padre murió cuando él era niño, pero su madre vive aún. Por ésta, y por lo que recuerda de su infancia, y por lo que oyó a los ancianos, conoce las tradiciones. Tiene 24 años y vivió hasta los 14 en el ambiente de la tribu, alcanzando a iniciarse en el *Klóketen*, la institución ya explicada en la nota anterior. Conoció el "colegio" del *jaind* que inicia al púber en el poder de su sexo y le da jerarquía para gobernar a las mujeres. Así describióme los animales dionisiacos evocados por el maestro iniciador y las pruebas de ayuno, soledad y trabajo que él mismo soportó en el bosque para graduarse de varón, al llegarle la edad viril.

Este ona sobreviviente aprendió por sí mismo a leer y es aficionado a los libros. Le muestro en el libro de Agostini una lámina en color de la filesia *buxifolia* y,

al ver sus campánulas rojas, las reconoce emocionado. Le muestro el libro de Carlos Gallardo, en que hay retratos, y reconoce a Anneken, a Kitemink, a Alepen; y me pregunta si no será ese libro uno en el cual, según oyó decir, está el retrato de su madre. La busca entre los retratos, pero no está en ese libro su madre...

Como tengo a mano un vocabulario, lo interrogo sobre él: cuerpo se dice *choo*; ojo, *otrr*; boca, *shem*; labios, *chai*; cabeza de hombre, *calits*; cabeza de mujer, *maal*; cielo, *sohn*; guanaco, *john*; invierno, *yashiken*; hijo, *laal*; mi esposa, *yi naa*; mi madre, *yi aam*... Después traduce algunas frases:

—Vamos al Norte:

—*Koor uomshka chen yekura.*

—La carne está podrida:

—*Kar kuachen yeper.*

—El sol está hundiéndose ahora:

—*Kan warrpen kren.*

No siempre su prosodia coincide con las grafías de aquel vocabulario, porque el ona tiene sonidos que no corresponden a nuestras letras. Además, Silcha casi no practica su idioma, porque alterna con yugoeslavos o españoles, y más corrientemente usa el idioma castellano. Es un hombre inteligente, que entiende las cosas con rapidez y las explica con claridad. Para que yo entendiese lo que era el *khon*, le llamaba “doctor”; y al *chaan*, “medium”; y al *jaind*, “colegio”. Con los nombres indios de la luna, el sol, los árboles, los pájaros, los lobos, las nubes, va pintándome la tierra del Onaisín, y luego me cuenta muchas cosas de los mitos antiguos, que aprendiera en su infancia y de la medicina india, de cuya magia tenía experiencia personal.

Cuando vivió en Río Grande, siendo entonces ado-

lescente, amaneció cierto día con un punzante dolor en el hombro, el brazo inmovilizado; llamaron al médico indio, que le dió unos masajes en la choza, junto al fuego, mientras decía algunas raras palabras; de pronto, sacóle del hombro un bulto vivo y velludo como un ratón, que arrojó inmediatamente a las llamas, y aquella cosa estalló como un cohete. Al siguiente día, Silcha estaba sano: el dolor había pasado y el brazo había recobrado su movimiento.

Dejo ahora de lado estos embelecos de la superstición antigua, y sólo quiero atenerme a la estampa de Silcha y a su inteligencia natural. Me dicen que en Haberton hay una mujer ona que mide un metro y noventa de estatura. Si tales eran los onas, ¿por qué han desaparecido? ¿Por qué no se organizó plantel con ellos para mantener tan noble raza? ¿Por qué su brusca extinción coincide con el período de las misiones y de la autoridad argentina en el Onaisín? Ya veré si es posible en próximos capítulos hallar respuesta a esas preguntas.

22.—EL COLEGIO DEL JAIND

De las dos razas que poblaron el Beagle, los onas, primordialmente cazadores y guerreros, fueron como los espartanos del Onaisín, sobrios, activos, fuertes; mientras los yaganes, con su idioma de 32.000 voces, y sus canoas, fueron los atenienses, traficantes y conversadores. Diferenciábanse ambos pueblos por el tipo físico, por el idioma y por las costumbres; pero los dos realizaron su adaptación victoriosa en un mismo clima y fundaron su cultura en análogos mitos e instituciones. A Dios, la persona universal —ya lo dije antes—, lla-

mábanle los unos Vatainueva y los otros Timaukel; a la escuela de la iniciación patriarcal llámábanle los uno Ciechaus y los otros Klóketen; todos conservaban la tradición de Kuanip o Kuañip'en, y la idea de los menes y la ciencia mágica de los doctores del viento.

Acaso unos y otros habían heredado esa antiquísima cultura común, cuyos mitos se diferenciaron en los nombres.

Hasta hace una década, aun se podía ver a los onas con sus mantas de pieles de guanaco, reunidos en familia, cerca del Lago Cahme, o aquí en Ushuaia, donde se juntaban con los yaganes del Beagle, fieles también a sus antiguas costumbres. Hoy sólo quedan las fotografías de ellos, las noticias de misioneros y viajeros. La vecindad geográfica pudo asemejarlos en muchas cosas, aunque eran antropológicamente muy distintos: parecidos a los japoneses los yaganes, y más esbeltos los onas.

Cierto, los yaganes fueron menospreciados por su fealdad y su aspecto esmirriado; pero los misioneros comprobaron, al convivir con ellos, que eran ágiles, hábiles y además muy inteligentes. Los padres Gusinde y Koppers afirman que sus costumbres eran hospitalarias y honestas. El Pastor Bridges nos dejó en su *Diccionario* el documento de una sutil y extensa vida mental. Cuando he oído al viejo Darskapalans, he confirmado todo eso; aunque educado en la misión británica, alcanzó en su niñez las antiguas costumbres, y recordaba su idioma, sus leyendas, sus preceptos morales. Y cuando he conversado con el ona Silcha, he confirmado también todo lo que sobre su raza dicen los libros, ponderando la estampa varonil, la inteligencia vivaz, las costumbres virtuosas.

Las tribus o clanes familiares, de cuarenta o cincuenta individuos, eran la célula racial, así confundida con la familia. El fuego ardía continuamente en la choza o en la canoa y, en torno del hogar, se conversaba mucho. Daban tema a sus pláticas, las cotidianas aventuras de la caza o la pesca, los accidentes del clima, casi nunca la guerra. Este conversar aguzó el espíritu y enriqueció el idioma. Adaptados al clima, no se quejaban de él ni sabían que hubiera otros mejores. Sus islas eran el Universo. Quizá por ser muy antiguos, estos pueblos carecieron de telares y alfarería, artes conocidas por otros indios de nuestro continente. Fueron casi nulos su utilería y su atuendo, según corresponde a hombres virginales y viejos como el mundo. Respetaban a los padres y educaban a los hijos; las mujeres estaban sometidas a los varones; éstos trabajaban para buscar alimentos, y hablaban con autoridad. No cultivaban mayormente la poesía, aunque eran poetas: al otoño le llamaban “el tiempo de las hojas rojizas”, y al lucero, “el cantor de la mañana”. A este vivo sentimiento estético de la naturaleza y del lenguaje, así como al profundo sentido mágico de su mitología, corresponde un delicado sentimiento ético, expresado en sentencias, que los misioneros católicos alcanzaron a recoger. El padre Cavi, misionero salesiano, ha publicado algunas de esas sentencias, enseñadas en el jaind de los yaganes.

Decían como normas para los hombres:

“Cuando seas casado y tengas choza propia, si alguno viene a sentarse junto a tu fuego, no lo tomes a mal; antes alégrate de ello, porque con ello te honra”.

“Cuando quieras hacer a alguien un regalo, no le ofrezcas un arpon usado, sino algún objeto nuevo, para que aquél se regocije y alabe en todas partes tu bondad”.

“Cuando andes fuera de tu choza y encuentres un ciego que ha extraviado el camino, acompáñalo hasta llevarlo al sitio que buscaba”.

“Cuando encuentres un niño abandonado, aunque sea hijo de tu enemigo, llévalo a sus padres, porque el niño es inocente, y tu enemigo te quedará grato y la paz renacerá entre ustedes”.

“No mates un hombre sino cuando aquél te moleste como un perro”.

“Si riñes con tu mujer, no la mates; más bien abandónala”.

“No robes, porque quien roba no puede ser estimado.

“Cuando habla un anciano, aunque te aburra, escúchalo con atención, porque tú también podrás llegar a viejo y entonces desearás que los jóvenes te escuchen”.

Y decían para las mujeres:

“Parte al trabajo desde la madrugada: si el Dios Vatainueva te ve ociosa, te hará morir joven”.

“Debes ser solícita en ir por agua, en cuidar el fuego, en asistir a los viejos.

“No grites por nada. No repitas todo lo que oyes decir, pues en caso diverso, harás nacer lamentos y disputas”.

“Cuando tengas marido, séle fiel y obediente. Si tu marido se inclina a otra mujer, no te es permitido imitarlo con otro hombre. Soporta todo, porque pronto o tarde volverá, y sabiéndote fiel te será reconocido y vivirás de nuevo en paz”.

En el antiguo *jaind*, el maestro enseñaba estos preceptos para la vida, correlativos de otros que en apartado misterio se enseñaba a las mujeres. El hombre que había pasado por esa iniciación, podía asumir las responsabilidades paternas. Tanto los onas como los ya-

ganes casábanse a los 15 ó 16 años; pero el casamiento no se perfeccionaba sino después de la procreación, y eran preferentemente monógamos. La educación consistía en el conocimiento de la naturaleza: árboles, animales, vientos; la medicina y crianza de la prole; el manejo del grupo social; la cacería y la pesca; todo en función del paisaje nativo y del alma humana. Tradiciones legendarias como la del Klóketen y mitos heroicos como el de Kuanip, comunes a ambos pueblos insulares, inspiraban la vida cotidiana, la moral doméstica.

Toda esa maravillosa creación espiritual del Archipiélago ha sido rota por los que vinieron a civilizarlo. Ha sido rota como se rompió un bello vaso que contuvo una esencia. Contemplo yo ahora este paisaje etéreo, de confín del mundo, y hablo con los últimos indios, procurando sorprender siquiera el moribundo reflejo de sus almas milenarias.

23.—EL CATACLISMO HISTÓRICO

Pregunto por los indios, que fueron los primitivos señores del Archipiélago, y me responden:

—Han desaparecido.

—¿Cómo es posible?

Unos contestan que por el alcohol, otros que por la tuberculosis; pero en realidad porque los despojaron de su tierra; los lanzaron a nuevas condiciones de vida sin ayuda alguna; los esclavizaron y enviciaron; les contagiaron inmundas pestes, y además los cazaron como si fueran alimañas.

El exterminio del nativo es el punto doloroso de la

historia fueguina, y de él arranca toda la iniquidad que ha sido, desde la llegada de la "civilización", la obra del hombre blanco en esta isla trágica.

Los yaganes habitaban la Isla Navarino cuando Darwin los descubrió en Wulaia, hace un siglo, y entonces calculó su población en 3000 individuos. En 1884, el Rev. Bridges, que los evangelizara, levantó censo de ello, y ya no pasaban de 1000; después, una epidemia de escarlatina los redujo a 400. En 1908, sólo quedaban 170. Según Barclay, etnógrafo vienés que vivió entre ellos, no hay 40 sobrevivientes en la actualidad. Condenados a una vida mísera, los de aquel residuo hállanse condenados a inevitable extinción.

La cifra demográfica de los onas, oriundos de Tierra del Fuego y epónimos del Onaisín, no es menos ingrata. De 2000 onas que Bridges calculó hace medio siglo, al fundarse aquí la soberanía argentina, no quedan hoy 40. Un opúsculo del salesiano Calvi, hablando de la Misión de Río Grande, transcribe estos datos: "Don Del Turco informa que son 163 los indios presentes en la Candelaria el 19 de mayo de 1899". En la página 76 de su folleto, Don Del Turco agrega que de 19 alumnos tomados para darles lecciones en 1901, faltan 14 en 1903, "*por haber muerto*". He ahí el triste destino de los onas: perecer los adultos en la dispersión o el vicio, y morir los niños en las misiones, aunque antes proliferaron y crecieron a la intemperie del viento y de la nieve.

Sin embargo, hace un siglo, cuando Darwin vió a los indios del Archipiélago, aunque juzgados muy despectivamente por él, sorprendióse de que pudieran subsistir casi desnudos en este clima, y escribió sobre ellos en el capítulo X de su *Viaje*: "No hay motivo para creer

que los fueguinos disminuyen, y debemos pensar que gozan de una cierta felicidad, la suficiente para retenerlos a la vida". Los fueguinos, en efecto, eran fuertes: los onas, admirados por su estampa de atletas; los yaganes, por su resistencia marinera. Bastóles a estos hombres una piel de guanaco o de lobo para vestirse; unos mariscos y pájaros para alimentarse; una choza, una canoa, unas flechas, y nada más. Así triunfaron del clima hostil y subsistieron hasta que la civilización vino a exterminarlos.

Se ha observado que cuando el hombre europeo entra a gobernar en las tierras de su colonización, sobreviene una disminución brusca de la población indígena. Con perversidad intelectual, se extrae de ese hecho una prueba de inferioridad de las razas autóctonas: los nativos perecen porque no pueden adaptarse a las condiciones de vida "superior" que el extranjero les ofrece. Tal es la doctrina; pero el hecho obedece a otras causas y otro es su sentido.

Toda penetración extranjera —militar, económica o religiosa— es para las razas primitivas un cataclismo. Se destruye su régimen social, producto de una larga experiencia y de una creación del espíritu. El medio físico subsiste, pero no los instrumentos con que el hombre autóctono logró su adaptación a ese medio, en un trabajo milenario. El colonizador ignora ese fenómeno psicológico, o prescinde de él. A pesar de su vanidad, procede como una fuerza ciega. La catástrofe biológica y moral que ello comporta, bastaría para explicar el fenómeno, y en análogas condiciones podría ocurrir lo mismo entre pueblos civilizados. En el caso de los fueguinos, el cataclismo fué profundo, por las peculiarísimas circunstancias de su ambiente físico, de su mundo

mental, de su adaptación ya lograda. Cambió su vestidura, su alimentación, su economía, su lengua y hasta su concepción religiosa. A esto debieron seguir miserias, neurosis, muertes; fatalidad que no habría podido atenuarse sino por una paternal comprensión de lo que al indio le ocurría. El civilizado, en cambio, nada entendió; hasta creyó hacerle un bien con su cataclismo.

La civilización que se les traía a los fueguinos consistió, además, en las siguientes especies: los peores tabacos y los peores alcoholes, con lo que los indios aprendieron a fumar y a emborracharse, cosas que antes ignoraban; la tuberculosis, que apareció al cambiar las condiciones de vida; las enfermedades venéreas, obsequio de los intrépidos navegantes. Como eso no bastaba para hacerlos desaparecer, empezaron a cazarlos con armas de fuego, aunque los indios eran hospitalarios.

A veces el colonizador quiso conocer al nativo, e incurrió en graves errores, como a Darwin le ocurrió cuando creyó que los fueguinos eran ateos, caníbales de lenguaje misérrimo y el pueblo más degradado de la especie humana. Si tal decía el sabio naturalista inglés, el explotador que después vino se libró de remordimientos. Cuando se supo la verdad, era ya tarde: los indios habían perecido.

24.—LA RAZA EXTERMINADA

La primera exploración argentina que llegó al interior de Tierra del Fuego desembarcó en la costa atlántica en son de guerra; los onas, arrojándole flechas, defendiéronse del invasor, como es permitido en pueblos civilizados contra sus agresores. Hubo un combate y,

víctimas de las armas de fuego, quedaron 28 indios muertos. Así empezó, después de 1880, la ocupación argentina.

Del lado chileno, las cosas no se condujeron con mayor piedad. Allí, un gobernador de Magallanes, en 1895, quiso apoderarse de la Isla Dawson y mandó un piquete que casi exterminó a los alacalufes sorprendidos en sus chozas. Mataron a muchos, destruyeron familias, lleváronse numerosos cautivos a Punta Arenas y, según el padre Agostini, que refiere el caso, fueron vendidos en subasta para entregarlos como esclavos a sus amos blancos.

Leo en libros autorizados una historia análoga: la de Popper, aquel aventurero rumano, buscador de oro, que explotó yacimientos cerca de Bahía Slogget y otros lugares argentinos. Como los indios no siempre le avisaran dónde hallaría el oro anhelado, se terminó cazándolos a tiros. La tradición agrega que aquella especie de loco hízose retratar mientras los cazaba; y Popper tuvo en Buenos Aires, influyentes padrinos.

En Ushuaia refiérenme con insistencia el caso de no sé que capitalista cuyo capataz —un europeo— pagaba dos libras por cada oreja de indio que le presentaran; eufemismo y señal con que el meritorio poblador despoblaba la tierra para que los gobiernos la entregaran más limpia, a fin de echar a pacer innumerables ovejas. El propio capataz, ebrio, contó el caso en un cafetín de Punta Arenas; y aparece referido también por Payró, y está aludido en libros de los salesianos.

Más brutal es aún la anécdota de aquel día en que el mar, sobre la playa de Río Grande, arrojó una ballena. Cuando tal presente hacía el mar, era ocasión de bullicioso festín para los naturales. Corrió la noticia a

las chozas cercanas; vinieron en número de cuarenta, hombres, mujeres y niños a repartirse la ballena, y cuando la hubieron comido, quedaron casi todos muertos junto a la osamenta. Se asegura que una mano criminal, quizá la misma que despoblaba de indios el futuro latifundio, mandó envenenar la carne del festín.

Como se ve, no pudo ser más brutal la entrada en Tierra del Fuego de eso que solemos llamar "la civilización". A estas crueldades se ha de atribuir, tanto como al cambio de vida y a las pestes, la desaparición de los nativos. Dos mil onas había en el Onaisín hace cincuenta años, y hoy no quedan 40, en su mayoría viejos, enfermos y miserables. Cuando he visto a Silcha, moce-tón inteligente cuya estatura mide ciento ochenta y dos centímetros, he conocido a uno de los últimos representantes de la raza tal como fué en otros tiempos, y ya he dicho que en Haberton vive una mujer de la misma raza, cuya estatura llega a ciento noventa centímetros. Con ejemplares así debió organizarse un plantel de reproductores. Pero se prefirió la matanza.

Los misioneros, tanto católicos como protestantes, que vivieron entre estos indios y pueden hablar de ellos con autoridad porque practicaron su lengua y conocieron sus costumbres, elogian la salud física y moral de onas, alacalufes y yaganes. Los consideraron inteligentes, honestos, fuertes y dóciles. Los creyeron aptos para asimilar nuestra cultura, en lo que ella tiene de más noble. Sin embargo, los indios del Onaisín han desaparecido; y es vergüenza grande para nosotros que esta iniquidad se haya consumado bajo la soberanía argentina. Habíamos declamado tanto contra España, contra sus crueldades en el siglo XVI, contra su régimen colo-

nial, para concluir nosotros portándonos peor, tres siglos después.

Habría sido un noble acierto de la Argentina salvar a esta raza (al menos como hoy se está criando al caballo criollo), para aprovechar las virtudes de su atávica adaptación geográfica. Los onas, gente vigorosa, habríanse multiplicado en sus pampas y montañas, para trabajos de ganadería e industria forestal; los yaganes, criados durante generaciones en la canoa, habrían servido para la pesca y la navegación, puesto que son marineros por idiosincrasia. Una reeducación inteligente habríalos adaptado sin esfuerzo a las labores de la caza, la peletería, la madera, los astilleros y la conserva de mariscos. Además, ha sido una desgracia para la ciencia la brusca desaparición de los indios fueguinos porque se ha roto el molde de una cultura milenaria; pero esto ha sido también una desgracia para la economía nacional, porque al exterminarlos no hemos sabido substituirlos. El Onaisín ha quedado desierto, y con su riqueza casi inmóvil. Aquí, la vida se ha deshumanizado hasta el crimen.

25.—*DEMARCACIÓN DE LÍMITES*

Sobre la huella de Magallanes llegaron al Sur barcos de todas las naciones, principalmente de Inglaterra, que descubre el Beagle y funda misiones protestantes. La Argentina tarda en llegar, y cuando eso ocurre en el Estrecho y en Tierra del Fuego, Chile nos ha precedido. Surgió de ahí una cuestión de fronteras que se resolvió por tratados, cuya laboriosa tramitación duró medio siglo.

Al producirse la demarcación de límites entre la

Argentina y Chile, no eran decisivos los antecedentes coloniales, porque tratábase de una región apenas explorada por España; ni fué aplicable el criterio de las más altas cumbres, porque éstas aquí se dispersan o cambian de dirección; ni tampoco el de la separación de las aguas, porque las aguas obedecen a contrarios imprevistos declives. Pero más que por las anomalías geográficas y las documentaciones confusas y las habilidades jurídicas, el pleito prosperó por la falta de fundaciones en esta región. Por fin, ambos pueblos hermanos prefirieron someterse a un acuerdo pacífico.

Según dichos arreglos, la Isla Grande fué dividida entre los dos litigantes, por medio de una línea recta que arranca del Norte, en el Cabo Espíritu Santo, a la entrada del Estrecho de Magallanes (hito N° 1) y termina al Sur, sobre el Canal de Beagle, cerca de Lapataia (hito N° 25). Mediante esa línea, correspondió a Chile la costa sobre el Pacífico, una zona extensa de pampas y montañas, y la mayor extensión en Tierra del Fuego, hacia el occidente. Con ello quedó para la Argentina la costa del Atlántico, sin puertos de aguas hondas; las montañas del Sur, sobre el Beagle, y la parte oriental de la llanura fueguina, más la Isla de los Estados. En resumen: 21.000 kilómetros cuadrados de territorio argentino y 28.000 de territorio chileno, ambos dentro de la misma isla mayor.

En el resto del Archipiélago, se dejó a Chile casi todas las islas menores y el control de los pasos oceánicos. Así, por ejemplo, pertenece a Chile la Navarino, isla extensa y que hace chilena la costa sur del Beagle. Con criterio análogo se ha cortado la Patagonia mediante una línea recta que parte del Atlántico hacia el occidente andino, para dejar toda la costa norte del Ma-

gallanes a Chile, que también posee la costa sur del mismo estrecho, pues la línea divisoria de Tierra del Fuego, que arranca del Cabo Espíritu Santo, con el hito N° 1 a que antes me he referido, nos privó de la otra costa magallánica, la del Sur.

Por motivos que ignoro, quedó sin concluirse el mapa en la adjudicación de las islas Lennox, Nueva y Picton, pequeñas islas auríferas y de importante ubicación militar, a la entrada de Beagle. Esta cuestión sigue sin resolverse; pero seguramente la buena vecindad chileno-argentina sabrá encontrar una solución amistosa. Dados la configuración del canal y el emplazamiento de dichas islas en la región del Atlántico, la jurisdicción argentina puede ser claramente demostrada.

Fuimos a nuestro pleito con toda la antigua paperería del *uti possidetis* virreinal, pero sin anteriores actos de ocupación efectiva. A esta desidia nuestra se agregaba la total despreocupación argentina sobre el futuro valor económico y militar del Archipiélago. Apenas si nuestras vagas nociones alcanzaban al Estrecho de Magallanes; pero más allá, donde pasa el Beagle, todo era misterio...

Inglaterra, nación navegadora, y Chile, antagonista en el litigio, tuvieron siempre un conocimiento geográfico mayor y más conciencia que nosotros sobre la importancia de esta región y sus islas. A ello obedeció, por parte del Imperio Británico, la temprana ocupación de las Malvinas; y prueba la previsión de aquel Imperio el hecho de que en esta zona se realizara un combate de la marina británica durante la Guerra Mundial. Chile, por su parte, había ocupado el Estrecho de Magallanes antes que la Argentina, pues ya en 1843 fundó Puerto

Bulnes y poco después Punta Arenas, ciudad única hoy en estas latitudes.

De nada sirve recordar tales fallas si no ha de ser para evitar cosas análogas en lo futuro. Una vez terminado el litigio, debemos valorar lo que nos ha tocado en el reparto, para hacer de Tierra del Fuego, no un lugar de aislamiento o de infamia, sino una comarca próspera, vinculada a los centros de la vida argentina. Y esto es lo que no hemos hecho en cincuenta años.

Lo que aquí se ha salvado para nuestra jurisdicción, no es lo mejor de la Isla Grande, ni por su riqueza, ni por su belleza; pero no es tierra menospreciable. La seguridad y la economía argentinas tienen aquí importantes empresas para lo futuro. Necesitamos que nuestro país no siga ignorando sus problemas fueguinos.

Algunos de mis compatriotas siguen creyendo que toda la Tierra del Fuego es argentina, y que ésta es sólo una comarca pintoresca para viajes de verano a bordo de confortables cruceros alemanes. Ignoran que esos canales del Oeste, tan admirados por sus glaciares — donde la nieve y el cielo forman la bandera argentina, según el tropo de los discursos—, no son argentinos sino chilenos, como son chilenos casi todo el Archipiélago y ambas riberas del Estrecho de Magallanes.

Corre parejas con la frivolidad de los turistas la de los gobiernos que han malbaratado la tierra pública para entregarla a latifundistas ausentes, verdaderos barones del Sur, con marina y moneda propias, mientras la gobernación sigue desierta, o poblada simplemente de lanares.

La política, la ciencia y el arte argentinos deben volver sus ojos a Tierra del Fuego, para que deje de ser un lugar desvinculado de la patria.

Hasta 1884 no se hizo presente en Ushuaia la soberanía argentina. Ese año llegó con un barco de la armada el capitán Laserre y alzó aquí, por primera vez, el pabellón nacional. Entonces comienza en la historia del Onaisín su edad moderna.

Estaba entonces instalada aquí la misión protestante de Bridges y de Lawrence, venida en pos de las expediciones de Fitz-Roy y, como antes lo dije, tenía su centro de aprovisionamiento en Malvinas; pero no se sabe si eran avanzadas del imperialismo británico, aunque aquí generalmente se oye contar que Laserre encontró en la Misión de Ushuaia, izado en la casa del pastor Bridges, el pabellón inglés.

Thomas Bridges, el evangelista británico, ha dejado hijos argentinos; los primeros criollos, progenie de europeos, nacidos aquí. Uno de ellos, Despard (así llamado en memoria del protector de su padre), vive hoy en África del Sur, consagrado a labores ganaderas. Lucas, el de mayor cultura intelectual, suele viajar a Londres. Una hija se casó con un caballero inglés que trabaja en el frigorífico de Río Grande. Pero el más interesante de estos hermanos es don Guillermo, que reside en Haberton, sobre el Canal de Beagle, poseedor de una estanzuela solitaria. Cuando murió su esposa, don Guillermo enterróla junto a su habitación, lugar rodeado de bosques y montañas, frente al mar. Allí transcurren sus días, cuidando algunas ovejas y esperando la muerte, para ser inhumado en la tumba de su mujer, cuya historia sentimental refiere a veces. Ama así, doblemente,

la tierra fueguina donde ha nacido y de la que no le gusta salir.

Yo había oído hablar de don Guillermo Bridges en Ushuaia como de un hombre original, cuya fama proviene de que vive en Haberton alejado del mundo, contraído al trabajo, resistente a las penurias de la existencia local, sobrio, austero, casi misántropo.

Tenía yo curiosidad de conocer a este hombre raro, por su propia fama y la de su padre, cuando he aquí que una mañana, al salir de la policía, donde acababa de firmar el libro de presencia en mi condición de confinado, vi venir por la calle costanera dos jinetes montados a la usanza gaucha. El funcionario policial que conmigo estaba, díjome al verlos.

—Allá viene don Guillermo Bridges; viene con su hijo; quiero presentárselo.

Al pasar frente a nosotros se detuvieron y cambiamos algunas frases.

—No imaginé que el hijo de un pastor inglés fuese un criollo tan completo— le dije.

Él se sonrió, y al despedirse me prometió visita.

Vino, en efecto, a conversar conmigo. Su fisonomía me recordó el retrato de su padre, que yo conocía. Me contó que había llegado de Río Grande; que acababa de pasar la cordillera a caballo, en cuatro jornadas, pernoctando en el bosque nevado. Habló con naturalidad de estas cosas, y hasta parece que con agrado. Su actitud era modesta. Insistió en excusarse ante mí por su escasa ilustración, repitiendo que es muy superior la capacidad de Lucas, su hermano. Me refirió su historia y la de su padre; se quejó de las injusticias oficiales en la administración de las tierras.

—Mi hermana —me contaba— nació en las Malvi-

nas, y ella se considera argentina. Quisieron darle carta de ciudadanía, pero no la aceptó; alegó que siendo las Malvinas territorio argentino, la autoridad nacional debe considerarla como nativa. A pesar de ello, y de que hemos nacido en el país, y de los servicios de nuestro padre, y de que yo, por ejemplo, tengo un hijo argentino que ha hecho la conscripción, y de que aquí he nacido hace 58 años, y aquí trabajo y aquí he de morir, se nos ha tratado con hostilidad en nuestras gestiones de tierras, mientras favorecen las gestiones de poderosos extranjeros. Porque nos llamamos Bridges y porque somos varios hermanos, se nos ha limitado la adquisición o arriendo de nuevos lotes.

Esas declaraciones patrióticas me indujeron a preguntar a don Guillermo lo que supiera sobre la llegada del capitán Laserre y el episodio de la bandera británica en la Misión de Ushuaia, a lo que me respondió que no era verdad eso; pero que, si hubiera habido tal enseña, su padre, un simple misionero de indios, habríala izado sin intención política y solamente para indicar su propia nacionalidad en esta tierra hasta entonces abandonada por la soberanía argentina.

Un hijo del pastor Lawrence, también nacido aquí, hombre de sesenta años, me cuenta que, según sus recuerdos, no debía ser el pabellón inglés aquella insignia, sino un estandarte cristiano, porque era blanco y tenía en su centro una paloma bordada por su madre.

Sin detenerme en el abstruso tema de esa inocente paloma, paso ahora al más punzante de la incuria argentina, para ver si la administración nacional, ausente de Tierra del Fuego hasta 1884, hizo algo digno en el medio siglo corrido desde entonces.

Ante todo diré que a Tierra del Fuego se la considera

“gobernación”, dentro de la misma ley que rige al Chaco, Misiones o la Pampa; pero el sistema no se ajustó a las peculiaridades geográficas y sociales de la isla, y la imaginaria provincia futura recibió por capital un presidio.

27.—UN ERROR DE GOBIERNO

La única iniciativa de gobierno con que la Argentina señaló la ocupación de Tierra del Fuego hace media centuria, fué el aprovechar estas regiones como lugar de castigo. Fundóse primero una cárcel militar en la Isla de los Estados; pero esa institución pronto concluyó trágicamente, con la sublevación y fuga de los presos, desesperados por lo insalubre y desierto del lugar; aventura que ha sido documentalmente narrada por Lobodón Garra en su libro *La tierra maldita*. Un segundo presidio militar instalóse después en el Canal de Beagle, cerca de Ushuaia; pero fué clausurado cuando se edificó la nueva cárcel en la naciente capital del territorio. La índole de dichos establecimientos en esa época y el desarrollo alcanzado por el que hoy existe, han extrañado el destino de esta gobernación.

Nunca se pensó en Buenos Aires que Tierra del Fuego pudiera ser otra cosa que un lugar de expiación, según la leyenda negra con que se incorporó a nuestra soberanía su territorio. Sincronizó esto con el derecho penal de aquella época: la represión como castigo; el delito en abstracto; el delincuente como ser sin regeneración posible ni utilidad social. Esta coincidencia de un error geográfico y de un error jurídico, ambos rectificables hoy, originó el error de gobierno que aun pesa sobre Tierra del Fuego por simple rutina.

El primitivo penal de Ushuaia consistió en precarias construcciones, que luego fueron reemplazadas por el nuevo instituto, cuya piedra fundamental se colocó el 15 de septiembre de 1902, según el acta conservada en el archivo del establecimiento. Un año antes, el ministro de Justicia había encargado iniciar las obras al director del Presidio Nacional, don Catello Muratglia. Apadrinaron la ceremonia doña Generosa R. de López y el gobernador interino, don Manuel Fernández Valdez, por hallarse ausente el titular, capitán de fragata Esteban de Loqui, y formóse para el caso una comisión de vecinos (empleados casi todos ellos) que firmaron el acta cuyo texto original he consultado. A partir de aquella época, varios directores se han sucedido en la cárcel, bajo numerosos ministerios, y las obras han continuado, sin que hasta ahora puedan considerarse terminadas, por ser grande su plan y mayor la imprevisión con que se las prosigue.

Hay en la cárcel 500 hombres que podrían haber sido utilizados para la urbanización de Ushuaia, encargándolos de los oficios mecánicos, de la edificación, del cuidado de sus calles, hoy llenas de baches y baldíos, pues no hay sino dos que merezcan nombre de tales. Podrían también haber hecho, en tantos años como lleva la existencia el Penal, un camino carretero por la costa y otro por la montaña para unir la capital del territorio con el interior, sin que esto demandara grandes gastos. Podrían, finalmente, en correlación con otra cárcel de mujeres, mediante selección científica, o trayéndoles sus familias, haberlos aplicado a la colonización de la tierra y a la explotación industrial de la isla. Nada de esto se ha hecho hasta hoy, aunque habría

que hacerlo de un modo sistemático, por motivos morales, financieros y políticos de la mayor validez.

Ni siquiera ha sido posible una cooperación cordial entre los gobernadores del territorio y los directores del Penal, para suplir la falta de reglamentos adecuados al ambiente y de planes racionales. El gobernador depende del Ministerio del Interior; se ufana de su título y de su jurisdicción territorial extensa pero imaginaria, puesto que en Tierra del Fuego carece de funciones y de poder; no hay aquí industria ni comunicaciones, y el personal burocrático se reduce a unas cuantas personas aburridas, entre las que se cuentan algunos pocos vigilantes. En cambio, el director del Penal, que depende del Ministerio de Justicia, dispone de 300 hombres bien armados y de un presupuesto de guardianes que le subordina de hecho toda la población, formada por las familias de esos guardianes. Desde los orígenes de Ushuaia, ha existido entre ambas potestades un antagonismo latente, y cuando alguna vez la rivalidad se hizo visible, siempre venció el presidio contra la gobernación. Cuando esto ocurre, el vecindario se atribula. Tiene el gobernador una jerarquía sin poder y es como un obispo sin diócesis frente a un señor feudal en su castillo de piedra, con sus tesoros y sus mesnadas. Tan lejos de Buenos Aires y en el aislamiento, esos incidentes fueron posibles. Cada uno depende de un ministerio distinto; la ley no los concilia; la soledad y la pasión los separan. En virtud de estas experiencias, se ha pensado muchas veces en reunir ambas funciones bajo una sola autoridad, que sería, lógicamente, la del gobernador.

Ciudadanos que eran insignes jurisconsultos han pasado durante medio siglo por el Ministerio de Justicia

sin plantear con información y coraje la revisión a fondo del viejo error. Tampoco los ministros del Interior se enfrentaron con lo que ocurría. No se trataba solamente de un problema carcelario, sino de la suerte de una gobernación, rica, hermosa, y de posición geográfica excepcional. Para el presidio hubo dinero, aunque aplicado absurdamente; pero no lo hubo para las carreteras, la colonización y el fomento industrial que esta comarca necesita y que la Nación debió darle por su honor y su propia seguridad.

28.—EL PRESIDIO NACIONAL

El Penal de Ushuaia, que antes se llamó Presidio Nacional, ocupa una área de 400 metros de frente sobre el Beagle, y 200 de fondo, hacia la cordillera Le Martial. La imponente mole de piedra señorea entre el humilde caserío de tablas que la circunda. Quien así lo ve no puede dudar de que ese edificio es el Capitolio de Ushuaia.

Las construcciones de piedra y portland presentan aspecto militar en la fachada, que es de altos. Sobre la calle costanera florece el cuidado jardín, entre bien pintadas verjas; a la entrada están los locales para la guardia. Las habitaciones del director, en los altos, hállanse amuebladas, con cuadros, gobelinos, cortinados, estufas, alfombras. Entre los primores del establecimiento, a pesar de ser destartalada la herrería y deficiente la enfermería, se ha de contar un invernáculo, un piano, un automóvil, una cancha de tennis. Falta, sin embargo, una biblioteca sobre cuestiones penales y un archivo de observaciones científicas sobre los presos.

Dentro de ese recinto, además de las celdas, hay cocinas, almacenes, caballerizas, usinas, talleres, cuarteles, oficinas, depósitos.

Según el inventario general practicado el 31 de diciembre de 1932, el inmueble hállase avaluado en un millón veintisiete mil seiscientos cincuenta pesos moneda legal. A esta suma hay que agregar unos 345.000 pesos que corresponden al valor de muebles, útiles, máquinas, electricidad, rodados y demás objetos de las dependencias. Los almacenes han sido tasados en 39.930 pesos; el armamento en 18.548 pesos; la planta eléctrica en 10.331 pesos, y en 76.882,40 el pequeño ferrocarril que conduce los hachadores al monte Susana para la extracción de leña. El establecimiento posee también una embarcación, la lancha *Godoy*, avaluada en 20.266 pesos; y un lujoso automóvil para el director, completamente innecesario, porque no hay calles adecuadas, ni caminos que lleven a parte alguna afuera del ejido urbano. El gobernador, en cambio, no tiene automóvil.

El presupuesto de la cárcel para 1934 asciende a 1.028.400 pesos moneda legal, que se descompone así: 627.420 pesos asignados al personal administrativo y técnico-profesional (inc. 72, ítem 1); 50.820 pesos, a personal obrero y de maestranza (inc. 72, ítem 2); 15.360 pesos, a personal de servicio (inc. 72, ítem 3); y 334.800 pesos, a gastos generales por todo el año (inc. 72, ítem 4). El director gana 900 pesos mensuales, con casa, víveres y servidumbre gratuitos. El personal de guardias armadas consta de 188 plazas, a 160 pesos cada una, y el de guardianes interiores, que prestan servicio en los pabellones, de 59 puestos, a 180 pesos cada uno. A este gasto se agrega 36.450 pesos para uniformes y equipos. El racionamiento de presos y empleados cuesta

182.250 pesos. En el ítem 4 figura una partida de 2.835 pesos para farmacia y enfermería, servicio que es hoy muy deficiente; otras, de 4, 5, 6, 8 y 9 miles de pesos para útiles, máquinas, composturas, ropa de cama y materiales de construcción; 27.000 pesos con destino a peculio de los penados; y 40.500 pesos de fletes, suma excesiva que a veces suele invertirse en transportes de empresas particulares, cuando podrían contabilizarse a favor de los transportes de la Armada, aunque hoy éstos prefieren no navegar hasta aquí. El establecimiento posee depósitos de carpintería, zapatería, sastrería, electricidad y mecánica en general, provistos sin mayor criterio ni previsión. Hay también en la casa una vieja usina que alumbrá con mala luz al vecindario, y otra nueva, cuyas máquinas funcionan deficientemente.

Los peculios se distribuyen en la siguiente forma: 245 presos perciben \$ 0.20; 73, \$ 0.40; 32, \$ 0.60 por día. La liquidación se hace cada seis meses.

Para resumir los resultados administrativos de tan costoso establecimiento, cuyo presupuesto anual asciende a más de *un millón de pesos* para sueldos y gastos, sin contar lo invertido en las instalaciones, sólo diré lo siguiente: 1°) La extracción de leña en los montes fiscales, única actividad de los penados, resulta más cara que lo sería comprada a proveedores particulares, a quienes se prohíbe esa explotación; 2°) El producto de los talleres es insignificante, pues según el balance de 1932, por ejemplo, llegó ese año apenas a 3220 pesos; 3°) El mantenimiento diario de cada penado oscila alrededor de 10 pesos, aunque yo, en mi carácter de confinado, tan sólo cuesto al Gobierno 3 pesos con 20 centavos por día...

Todo eso es absurdo, sin duda alguna; pero las cosas

están dispuestas de tal modo que si se suprimiera de pronto el Penal, Ushuaia desaparecería. Se irían sus 500 presos y, con ellos, sus guardianes y sus familias, quedando el lugar sin habitantes y sin el presupuesto de sueldos y gastos, único dinero que aquí circula.

Patrióticamente, el Banco de la Nación mantiene aquí una sucursal cuyo mayor servicio concierne al giro de esos fondos para la cárcel, que se consumen con ritmo isócrono, en los gastos ya mencionados y en las expensas familiares, pues aquí no hay comercio exterior, ni industrias, ni pasatiempos. No hay cinematógrafo siquiera, y la vida transcurre sin más distracción que el billar o la baraja, en el encierro monótono a que el clima austral obliga. Por su economía y sus costumbres, toda la aldea es un apéndice del presidio.

29.—JORNADA CARCELARIA

A las 5 de la mañana se despierta la población del Penal; diez minutos después se verifica el reparto del café negro y dos panes de 200 gramos cada uno para todo el día, excepto a los 60 u 80 penados de la sección "leñadores del monte", que no reciben pan hasta mediodía. Desde las 5.40 hasta las 6 horas, las puertas de las celdas permanecen abiertas y los penados realizan su aseo personal y limpieza de la celda, operación que las autoridades llaman "el recreo de la mañana". A las 6, los que tienen taller asignado concurren a los mismos y el resto, o sea una cuarta parte, y a veces la tercera de la población, permanecen encerrados. A las 11 regresan los que salieron a trabajar (excepto los leñadores, que vuelven a las 17 horas), y en seguida se reparte

el rancho. A las 12.20 hs. se abren las celdas y los penados realizan nuevamente su limpieza hasta las 12.50, o sea el "recreo de mediodía". A esa hora empieza, como a la mañana, la salida a los "talleres" y el resto vuelve al encierro. A las 17 regresan los leñadores y a continuación se distribuye el rancho. A las 17.45 los inscriptos en la escuela concurren a clase, que dura una hora; y el resto de la población puede salir de las celdas al pabellón hasta las 18.40 (recreo de la tarde). A esa hora vuelven todos a sus celdas hasta el día siguiente a las 5. El horario en invierno es el mismo que en verano, con la única diferencia de que se atrasa una hora. Los días sábado se da recreo de 14 a 17, excepto a la sección de "leñadores", que trabaja como los demás días hábiles, y a algunos otros que concurren a sus talleres habituales. Los domingos, recreo de 7.30 a 10.30 y de 14 a 17 hs. (siempre dentro del pabellón); este tiempo lo emplean los penados en concurrir a la peluquería y al baño. Desde hace tres años hay alrededor de veinte penados a los que no se les abre nada más que para alcanzarles la comida y barrer la celda. El total de la población actual es de 450 y el de los que trabajan 350: en consecuencia, hay 100 sin taller que permanecen encerrados.

El recinto destinado a alojamiento de presos se compone de cinco pabellones dispuestos en forma radial, todos de idénticas características: dos plantas de 19 celdas a cada lado, que hacen un total de 76 celdas por pabellón y 380 en conjunto. Las paredes y techos de las celdas son de piedra y portland. Las puertas de madera están revestidas por la parte interior con una chapa de hierro de un cuarto de pulgada de espesor. Son de madera los pisos, salvo en el pabellón N° 2, en el que

los han substituído por otros de piedra y portland, y hay el propósito de uniformar así los demás pabellones. Esto convierte las celdas en verdaderas cámaras frigoríficas que trasudan constantemente agua; la temperatura, rara vez superior a cero grado, desciende con frecuencia hasta diez o quince grados bajo cero durante los crudos inviernos propios de esta latitud. Cuarenta celdas en cada pabellón son de dos metros de ancho por dos metros de largo, y de 2,20 de alto, lo que descontando el espacio ocupado por la cama y la mesa, les da una capacidad de aire muy inferior a la cantidad indispensable para el normal desarrollo de la vida humana. Cada celda está dotada de una ventanilla de 40 x 40 centímetros, provista de doble reja de hierro, pero la ventilación es imposible, porque las puertas, aunque tienen en el centro un "ojo de buey", éste es de vidrio fijo y sólo sirve para el examen desde el exterior.

Los reclusos quedan expuestos al contagio directo, pues se encuentran alojados los tuberculosos y toda clase de enfermos contagiosos, no sólo en la enfermería, sino en los pabellones, pues hay crónicos diseminados por las celdas, donde mueren con frecuencia. En los pabellones números 2 y 5, estos mismos locales, de 6 por 6 metros, se han destinado a "cuadras", donde los penados se hacinan hasta en número de 40 y 50. La cantidad total de celdas no es más que de 380 y la población penal, rara vez inferior a 400, excede a veces de 500 hombres. Lo dicho y la extrema latitud del lugar evidencian la imprescindible necesidad de calefacción; pero las celdas carecen de ella. Aunque los pabellones están dotados de dos estufas a leña, para economizar combustible sólo se enciende una, y ésta sólo es útil al empleado de

guardia, pues a través de paredes y puertas, la estufa resulta ilusoria para el penado en su celda.

Se da a los presos, además del uniforme, un par de botines y dos mudas interiores por año; pero la camiseta y el calzoncillo son a veces sin mangas ni piernas, como para climas templados; aquí, donde yo he visto nevar a copos en pleno verano, con temperaturas bajo cero. El abrigo es un capote de los que usan los soldados del "guardia cárcel" y a los presos se los dan ya usados.

El servicio sanitario está a cargo de un médico titular y tres guardianes o guardia cárceles que hacen las veces de enfermeros. Descartada la competencia del facultativo, los enfermeros carecen de idoneidad para tal oficio, lo cual dificulta o frustra los empeños del médico. A causa de esto han ocurrido algunos accidentes lamentables. Agréguese a esto que la farmacia hállese por lo común desprovista de medicamentos y que el lavado de la ropa se realiza en común, sin máquinas desinfectadoras, lo cual es también causa de contagios.

Semejante régimen de vida no puede sino bestializar a quienes lo sufren, sin provecho para la sociedad cuando están reclusos y con peligro para ella cuando salen en libertad.

30.—EL CONVOY DE LOS LEÑADORES

Un trencito de trocha mínima, que es casi un juguete —un trágico juguete—, pasa todos los días por la calle de la ribera, con el equipo de los presos y sus guardianes, que van al Monte Susana a cortar leña. El tren es costoso y la leña también; pero esto empezó hace

medio siglo y el trencito a vapor continúa andando, quizá por rutina. Lo mismo en invierno que en verano, los leñadores van al monte, con su uniforme listado, y con sus armas los cuidadores, todos visibles en las zorras, a la intemperie glacial.

Los penados volvían del monte la otra tarde cuando el convoy se detuvo frente a la iglesia; los presos daban gritos en señal de sublevación; y como si estuvieran previamente concertados, empezaron a clamar:

—Vean bien lo que pasa; esto ocurre porque ya no podemos soportar la vida que se nos da.

Sus guardianes saltaron del tren y los rodearon. En medio del tumulto sonó un tiro. Los rebeldes fueron inmediatamente dominados.

Corrió la noticia de la sublevación y el pueblo se sobresaltó, creyéndola más grave. Al saberlo, salí a averiguar lo que ocurría; doblé por la calle del Presidio, la más transitada a la hora de renovar las guardias; encontré a varios uniformados; les pedí nuevas; pero ninguno contestaba. Es la consigna. Hablar del penal sería para muchos comprometerse. La atmósfera es de intimidación hasta en los vecinos; una atmósfera social de cautela vigilante y de embotada tristeza.

Salen aquellos leñadores todos los días a la madrugada para ser conducidos hasta el monte, distante tres leguas del establecimiento; viaje y trabajo que se realiza pese a la lluvia, el viento y la nieve. Las autoridades únicamente atienden a la transitabilidad de la vía férrea, y por esa razón en invierno, a las 3 de la madrugada, en plena noche, dos horas antes de que salga la sección "leñadores", suele enviarse otra sección provista de palas y picos para despejar la vía. Los "leñadores" parten del presidio después de haber tomado

un jarro de café negro sin pan; y sin más alimento, deben cortar leña en el monte hasta mediodía. Al volver de la tarea matinal se les suministra el rancho y otra ración se les entrega en el presidio a las 18, al regresar de sus trabajos por la tarde.

Muchas veces hubo, en tantos años, intentos de sulevación o de fuga, frustrados siempre. A la superioridad de fuerzas que los reprimieron, por cierto que sin ninguna compasión, agrégase aquí la configuración geográfica del lugar, donde el océano y la montaña cierran el paso. El evadido que se dirija al Beagle necesita de un barco para huir, cosa difícil o imposible de obtener, y si se dirige al interior de la isla sucumbirá de hambre, de fatiga o de frío, en el bosque desierto y nevado. Por eso las tentativas de rebelión o de fuga fracasaron siempre, y sólo fueron producto de la desesperación.

Cuando Eduardo Holmberg (hijo) vino hasta aquí en 1896, aun no se había levantado el actual edificio de la cárcel; las instalaciones carecían de seguridad, y como le sorprendiese la relativa soltura con que andaban los penados se lo manifestó al director. Éste le respondió calmamente:

—No hay peligro de fugas. ¿A dónde irían? Tendrían que volverse por cansancio y por hambre.

La imagen del encierro, absoluto para los penados, proyecta su sombra sobre todo el pueblo, que tampoco es libre. La gente sabe que vive del sueldo de los guardianes, de los pequeños comercios atendidos por sus familias, de las provisiones de carne para el presidio. De él salen, además, el pan y la luz para el vecindario. Ushuaia vive resignada, quieta, con un regusto amargo de lo que come, y con una melancolía que apenas se oculta en su silencio.

Todos los domingos sale la banda de los presos a recorrer el caserío al son de su música. Nada hay tan doloroso como oírla, viendo a quienes la tocan sin placer, vestidos con sus uniformes listados de amarillo y negro, como piel de cebra, su número a la espalda, seguidos por otros tantos guardianes armados de máuser. Y yo no sé qué es más ingrato, si el convoy de los leñadores, que veo pasar todos los días, o esa música que oigo los domingos, recorriendo las calles. Todo Ushuaia se impregna, así, con los hálitos del presidio.

El hábito de estas cosas ha concluído por inculcar en la gente la idea de que el penal de Ushuaia forma parte de la naturaleza; que existe, no en virtud de equivocadas leyes políticas, sino de inmutables leyes naturales. Si el penal se reformara o suprimiera, creen que sobrevendría un cataclismo; y los vecinos tienen razón, porque toda su vida se ha organizado en torno del penal. Pero esa elemental aprensión no puede ser un ideal de gobierno.

31.—INTERIOR DEL PRESIDIO

Por aversión teórica a su sistema, y por su mala fama, yo no habría visitado por mi gusto el Penal; pero no era propio escribir sobre Ushuaia sin conocer por dentro su más importante institución. Habíase ausentado el director a Buenos Aires y quedó el gobernador Siches a cargo del establecimiento, cuando se me autorizó a conocer las dependencias. El gobernador me acompañó en esta visita.

Franqueado el jardín entre canteros ornados de flores y guardianes armados de máuser, llegué a la monumental puerta de piedra y hierro; pasé por un largo

corredor cuyas paredes ostentan, en simétrica decoración, la galería fotográfica de los delincuentes; entré en las oficinas, bien amuebladas, y allá mantuve un coloquio preliminar sobre el régimen de la cárcel, ilustrado por algunos prontuarios.

Acaso por ser yo un hombre de letras, se me llevó primero a la biblioteca y a la imprenta, dependencias afines a mi profesión. El Penal de Ushuaia es como una ciudad en la que no faltan, junto a los talleres para oficios manuales, esos otros instrumentos de la vida civilizada. Entre los presos suele haber algunos muy ladinos, y la reclusión les aguza el ingenio.

La biblioteca se reduce a un modesto anaquel de pocos libros, atendido por un preso de cierta cultura. Este "bibliotecario" es español; vino al país cuando era muy mozo; cometió dos delitos de sangre, y ahora los purga en Ushuaia, como reincidente, aunque se ha acreditado ante sus superiores por su buena conducta.

—Tenemos libros de usted, me avisó.

Me mostró un *Elelín*, bien encuadernado; y opinó sobre la obra. Le pregunté sobre las lecturas de los presos. Los hay que no leen nunca nada, y otros que son muy aficionados, curiosos y discurredores. Pero la biblioteca no posee dotación adecuada a un plan, ni personal técnico para guiar a esos lectores.

Entramos luego en la imprenta, sin linotipo ni prensas grandes, pues sólo imprime algunas planillas o carteles. Un tipógrafo, de amorenado tipo criollo, con el componedor en la mano, frente al burro de las cajas, paraba tipos a la antigua usanza. Me acerqué a él para mirar su trabajo.

—¿Cómo está, amigo? le dije.

Sorprendióse al oír el saludo, porque suelen tratar-

los de tú y por el número; miró de soslayo, para ver si estaba ahí el gobernador, porque les prohíben hablar. El gobernador habíase retirado a la pieza vecina... El tipógrafo contestó a mi saludo, con tonada provinciana.

—¿Es usted provinciano? — le pregunté.

—Sí, doctor, de Tucumán.

—¿Por qué me dice “doctor”? ¿Acaso usted sabe quién soy?

—Sí, doctor; y ya he sabido, también, que ahora estamos aquí los dos medio paresos...

A pesar del encierro los presos se enteran de todo y tienen para ello métodos telegráficos de información.

Salimos de la exigua imprenta para seguir recorriendo el establecimiento. Algunos presos estaban trabajando en los talleres; otros, encerrados en sus celdas; y no pocos, fuera de la casa, en la faena del monte, que aunque es dura, da a aquellos desgraciados una ilusión de libertad, a pesar de las guardias armadas que los custodian.

Visité la herrería, un galpón viejo y sucio; la enfermería, de escasa dotación, con el médico ausente; los depósitos, que producen la impresión de haber sido provistos al azar en telas, cueros e implementos eléctricos; la carpintería, donde un penado artista tallaba un cofre de madera con que me obsequió y que conservo; la panadería, con buenas máquinas y gran capacidad de producción, como que de ella sale el pan que diariamente comemos.

Al pasar por el galpón de la carnicería, se me invitó a entrar: un amplio recinto, y ganchos atornillados al techo, de los cuales pendían reses sanguinolentas. En medio de ellas estaba de pie, como un ángel diabólico, un hombre gordo, rubio, de tez sonrosada, de ojos ce-

lestes, de blanco delantal, y con un gran cuchillo ensangrentado en la mano. Al vernos, aquel hombre, sonriendo infantilmente con su cara afeitada y redonda, se inclinó en una dura reverencia germánica. Al salir, mi acompañante me dijo:

Éste es Ernst —alias Serruchito—, el que descuartizó a Schneider.

—¿El del Lago de Palermo?

—El mismo. El famoso descuartizador. Lo han encargado de la carnicería.

—El hombre para el puesto. Algunas veces ocurre...

En el panóptico vi algunas celdas cuyos huéspedes hallábanse cortando leña en el monte, y era cosa triste de ver aquellos habitáculos: en casi todos había sobre el velador, adornado como un altarcillo, retratos de seres queridos —madres, esposas, hijos— condenados a una separación peor que la muerte, porque a la reclusión uníase la ausencia, no pudiendo ellos venir a visitarlos.

Todas las cárceles se parecen por su ambiente, como por el suyo los cuarteles, las fábricas, los conventos, las escuelas. Órdenes para abrir o cerrar, se cumplían automáticamente, para dar una idea de perfecta disciplina. Yo escuchaba la historia de algunos penados, pero habría preferido hablar libremente con ellos. Se dejaba ver lo que se quería mostrar, y sospechaba que algo más habría allá adentro, de cosas que a media voz se comentaban en el pueblo.

Fonda en una calle semioscura, a dos cuadras del Penal. Es ya la medianoche. El patrón, que cabeceaba atrás del mostrador, recoge las copas y barajas de los últimos parroquianos que acaban de marcharse. Echa el cerrojo a la puerta que da a la calle y se retira a dormir. Sólo quedan, junto a una mesa, dos guardianes del presidio, huéspedes de la fonda, platicando en tono confidencial.

—Usted se queja porque es nuevo, pero ya irá acostumbrándose.

—Puede ser, pero si yo hubiera sabido lo que esto es, no habría venido, aunque necesitaba del empleo.

—Ahora tiene que embromarse, amigo, porque no hay cómo volverse.

—Ya sé que vine de guardián, y que como todos en Ushuaia, yo también soy ahora un preso.

—Aguántese, y déjese de macanas, porque si lo manyan los penados se le van a reír en el escracho y en cuanto se descuide se le irán a las barbas. No sabe usted qué clase de bichos son.

—Sé que ellos son unos desgraciados, y nosotros también.

—No se ande en murmuraciones, compañero, porque hay batidores del superior que lo han de meter en líos.

—Cómo quiere que me calle, si anoche, con este frío, he visto que lo echaron desnudo a ese infeliz en el chorrillo y lo sacaron medio muerto, y esta tarde estaba en la enfermería.

—Eso no es nada. Otros han muerto de verdad,

por baños o por palizas. Con decir que se suicidaron o que murieron del corazón, aquí paz y allá gloria.

—Es inicuo.

—Será; pero nosotros estamos para cumplir las órdenes y no para criticar a los superiores.

—Linda cosa.

—Y entonces, ¿por qué vino?

—Le he dicho que por necesidad y porque no sabía lo que era el Penal, y lo que yo debía hacer o ver hacer y callar.

—Parece muy delicado, usted.

—No soy delicado pero no tengo callos en el alma.

—Ya le saldrán.

—Tal vez, si duro hasta entonces.

—Por lo visto usted creía que el Penal era un internado para señoritas y el puesto de guardián una cátedra de buenas costumbres.

—No creía eso, pero tampoco que fuera un infierno.

—¡Déjese de pamplinas; no sea tonto, hombre!

—Y luego este pueblo, donde por no tener en qué divertirse, tiene uno a la fuerza que hacerse vicioso.

—No se queje, che, que ahora hay biblioteca pública.

→ Pero no va nadie.

—Vaya usted a leer, que tienen libros.

—Claro que voy a ir.

—Y ahora también hay casa de mujeres; diversiones no le van a faltar.

—Sí; la baraja, la bebida, las perversiones.

—¡Caramba que es pichoncito! Aprenda de mí. Llevo ya veinte años en mi empleo, y como si tal cosa.

—Le admiro la virtud.

—El hombre tiene que hacerse a todo en esta perra

vida; si no, se muere de tristeza o de rabia. Siga mi consejo. No se meta en líos; a los penados, cuando llega el caso, no hay sino darles leña. Eso es así desde que existe el Penal, y usted no lo va a hacer de nuevo.

Los dos hombres cesaron de hablar. En el silencio del despacho oíase el rumor del viento que silbaba afuera, en la obscuridad infinita de la noche. Bebieron el último sorbo de sus vasos; apagaron la luz y entraron en su habitación. En un rincón del negocio iban extinguiéndose ya las últimas brasas de la estufa.

33.—MEMORIAL DE LOS PRESOS

Un mensajero que no debo nombrar me entrega, con aire misterioso, una carta que me envían los presidiarios, escrita en hojas arrancadas a un cuaderno escolar. No trae firmas el documento, pero habla en nombre de todos, y aunque escrita furtivamente con lápiz, está bien redactada. Sin duda es obra de uno de esos presos ladinos que suele haber en las cárceles, y aunque papeles de tal especie deben ser tomados con cautela, descubro en él muchos datos interesantes y verídicos. No faltan los desahogos del despecho y los cargos contra sus jefes; pero cuadra a mi seriedad prescindir de ellos aquí.

Lo que ese memorial denuncia se refiere a castigos, privación de comida o baños en la nieve, que a veces tuvieron para la víctima desenlaces funestos, con protestas del médico. Son lamentables episodios, cuya veracidad no me consta, pero que vienen de antaño y fueron a veces tema de investigación periodística o administrativa. Si un sentimiento caritativo clama para que tales cosas no ocurran, un pensamiento reflexivo indu-

ce a pensar que ellas podrían desaparecer al reformarse el anticuado régimen penal que dió origen al presidio de Ushuaia, simple encierro que exaspera a todos en la rutina diaria y no da al establecimiento funciones científicas o sociales.

En el archivo del Penal existen prontuarios de cada preso, pero no hay observaciones sobre su carácter y conducta. Sólo se sabe, empíricamente, que los ladrones forman clase diferente de los homicidas; aquéllos son embusteros, intrigantes y pícaros; los otros, temerarios, instintivos y audaces. Los ladrones forman algo así como la casta brahmánica del Presidio; los criminales, su casta guerrera. Aquéllos urden las conspiraciones, éstos las ejecutan. Las autoridades no necesitan saber más. Aquí no se realiza ninguna investigación técnica para la reforma del delincuente, ni hay plan alguno para su aprovechamiento como sería posible en obras de colonización regional.

Los condenados vienen de Buenos Aires por selección de la Penitenciaría, que así se desembaraça de los más inútiles o molestos; a veces tan a ciegas, que manda condenados a penas cortas, o que cumplen su pena a poco de llegar. Uno llegó estos días que al entrar recibió la noticia de que acababa de ser indultado por el presidente; cuando se lo comunicaron, sabiéndose libre pero sin recursos para regresar, cayó muerto de un síncope, en presencia del gobernador.

Fieras humanas como el descuartizador de Palermo, alias "Serruchito"; insensibles morales como el Petiso Orejudó, hay muchos en la cárcel de Ushuaia; pero también hay pasionales, como aquel anciano que todavía llora la muerte de la esposa a quien mató en un rapto de emoción violenta; o verdaderos casos de injusticia

como la de ese otro anciano que, siendo reincidente, fué condenado a tan duro encierro por el hurto de un impermeable! Se comenta aquí el caso de un pobre hombre que, después de varios años, sigue diciéndose inocente, sin que en él se adviertan signos de simulación.

La designación del personal se firma en Buenos Aires con rutina burocrática o de simple favor personal. No vienen a dirigir esta cárcel ni médicos, ni abogados, ni educadores, ni economistas, o sea profesionales especializados para esa función. Tampoco se los necesita, porque la tradición ha consagrado que para el sistema vigente bastan guardianes resueltos y fornidos. Sin embargo, a veces ocurren nombramientos que trastornan aquella rutina.

Llegó estos días un transporte con el nuevo subdirector, y no se habló de otra cosa en Ushuaia que del flamante funcionario, porque nada es aquí más importante que los jefes del presidio. Mas he ahí que alguien golpea a la puerta de mi habitación y me pasa la tarjeta de una persona que quiere saludarme. Tratábase nada menos que del subdirector, director probable. ¿Quién era? Pues un joven ingeniero a quien yo, cuando fuí rector de la Universidad de Buenos Aires, di una beca para que fuese al Instituto de Estrasburgo a especializarse en petróleo. Había vuelto, después de realizar sus estudios en tan acreditada escuela, y tras largo andar llegaba ahora, por apremios de la vida, ¡a dirigir la cárcel de Ushuaia! ¿No es esto signo de un país de demones? Y agréguese a ello lo sainetesco de la situación: el inverosímil encuentro del ex rector que otorgó la beca y del ex becado, ingeniero especialista en petróleo, ambos en el presidio. . .

Urge revisar a fondo el problema carcelario de Us-

huaia, con intervención de diversos especialistas y de conocedores del lugar, cuyo aislamiento desolado deberá ser tenido en cuenta para las soluciones. Con su régimen actual y bárbaro, el presidio de Ushuaia sólo es un encierro costoso y un establecimiento absurdo. No acuso a nadie, ni hablo por trivial sentimentalismo; pero ese régimen no puede ser justificado ni por la ciencia jurídica, ni por la ciencia política. Producto de conceptos erróneos del pasado, plantea la necesidad de fundamentales reformas. Este presidio ha sido estéril para los presos y para la sociedad. Ni por su economía, ni por su régimen disciplinario, ni por sus resultados regionales, puede hoy justificarse aquel error de medio siglo.

En su totalidad, el problema ushuaiano implica, además, dos cuestiones distintas: una es la de un presidio en el desierto, y otra es la de ese presidio convertido en capital de una gobernación. De ahí que éste no sea sólo problema para penalistas, sino para hombres de Estado.

34.—CENSO DE USHUAIA

Frente al muelle de Ushuaia álzase el monumento que rememora la ocupación argentina: sobre la base trapezoidal, un indio ona, vestido con su piel de guanaco empuña nuestra bandera, de cara al mar.

Tan enfático monumento es doble sarcasmo: al arte, porque fué obra de un pobre aficionado, preso en el Penal, y a la historia, porque el ona que se glorifica ha sido exterminado. Ya dije cómo desapareció el hombre autóctono; ahora diré con qué población se lo reemplazó.

Al cabo de cincuenta años de soberanía argentina, el censo de Ushuaia, levantado en 1932 por orden mi-

nisterial, contó 1027 habitantes, fuera de los presos, cuyo número oscila alrededor de 500 hombres. Dicho censo, referente a la población "libre", clasificó 654 varones y 373 mujeres, pero sin consignar la edad de los mismos. Calculada la población infantil por los niños que concurren a la única escuela, y según datos que he recogido del juez de paz, puede asegurarse que apenas llegan a 170 las mujeres adultas y a 400 los varones en igual condición. Más habitantes contaba esta región del Beagle ha medio siglo, cuando llegaron los blancos a "poblarla", como dicen, aunque realmente a despojarla.

El censo consigna la nacionalidad, con los siguientes resultados: uruguayos, 1; peruanos, 1; árabes, 1; libaneses, 1; brasileños, 2; portugueses, 2; alemanes, 2; suecos, 2; franceses, 6; italianos, 38; yugoeslavos, 68; chilenos, 127; españoles, 269; argentinos, 507. De acuerdo con estas cifras, la mayoría de la población ushuaiana está formada por extranjeros; y si se tiene en cuenta que dichas cifras incluyen a los niños y que entre los mayores de esos 507 argentinos, algunos adquirieron nuestra ciudadanía para facilitarse la obtención de un empleo, me aventuro a afirmar que no viven en la capital de esta gobernación más de 150 varones adultos nacidos en nuestro país.

Casi todos los mencionados nativos, generalmente solteros, son empleados públicos, de ínfimo salario; y no pocos de entre ellos, provincianos que llegaron a esta frontera hostigados por las necesidades de la vida. Los agentes de policía y los maestros de escuela son, por lo común, provincianos. Vinieron a verme dos santiagueños, Gómez y Castaño, oriundos de Choya, vástagos de dignas familias que conocí en mi infancia. Traté a un

salteño, a un santafesino, a un mendocino; tuve noticias de un entrerriano, y encontré a dos catamarqueños: aprendiz de fotógrafo el uno, agente de policía el otro. La provincia de mayor representación en Ushuaia es Corrientes, con 29 hombres, que forman una fuerte "colonia" unida por el idioma guaraní y por las nostalgias de su cálido térruño.

En cuanto a los extranjeros, llama la atención que en el censo no figuren ingleses, habiendo sido ingleses los primeros exploradores del Beagle y los primeros evangelistas de Tierra del Fuego, entre éstos los pastores Bridges y Lawrence, cuyos hijos nacieron aquí. Alemanes, como se ha visto, no hay sino dos. Los españoles, en cambio, siguen a los nativos en número, y, salvo algunos comerciantes, generalmente desempeñan puestos de guardianes en la cárcel, donde son mirados por los presos con un cierto rencor racial. Los yugoeslavos, que siguen a los españoles en importancia, vinieron principalmente por Punta Arenas, donde es numerosa esa colectividad, y aquí se dedican al comercio o a oficios manuales. Los chilenos, en fin, popularmente llamados *chilotes*, son gente pobre: los más habitan una mísera ranchería del "alto", conocida con el nombre de Chile Chico; llegaron unos por el Canal, otros por la frontera de Lapataia, después de haber buscado trabajo en las ganaderías de la pampa fueguina.

Fuera de Ushuaia, en el resto del territorio, la población se reduce a pocos núcleos: 30 indios en La Candelaria; 150 vecinos en Río Grande; algunos peones en las estancias y algunos obreros en el frigorífico. Durante la época de la esquila entran del lado chileno de la Isla más de 500 esquiladores, que a los tres meses regresan a su país. Es irrisorio el salario que se paga en las esqui-

las; infame la explotación de las proveedurías; cruel la persecución al que, por necesidad de comer, mata una oveja.

El Poder Ejecutivo nacional dispuso últimamente que las poblaciones con más de 1000 habitantes en los territorios podrán elegir su comisión municipal, pero al saber que Ushuaia hallábase en ese caso —único en Tierra del Fuego—, revocóse dicha medida para esta población, por considerarse que, descartados niños y mujeres, los adultos en condiciones de votar eran todos empleados del Presidio o de la Gobernación. Los comicios municipales habrían puesto frente a frente dos partidos de empleados, con enorme mayoría para los de la cárcel. El Ministerio resolvió este excepcional problema postergando la Municipalidad. No hay municipio siquiera, y esto ocurre en la capital de una gobernación...

Algunos textos de geografía nacional para uso de las escuelas, aparte de que no dicen nada útil sobre la realidad fueguina, abultan las cifras de la población: atribuyen al territorio 4000 habitantes, lo que no es exacto. Según se ha visto, Ushuaia, la capital, sólo tiene 1000, si se excluye a los hombres reclusos en el Presidio. Fuera de la capital, apenas pasan de 1000 los del territorio entero, si se excluye la inmigración "golondrina", de esquiladores chilenos.

¡Dos mil habitantes, nada más, en 21.000 kilómetros cuadrados! Un desierto, pues. Y esos números son más ingratos cuando se los discrimina en su composición, como acabo de hacerlo.

Aquel esquema demográfico tiene su más alta expresión edilicia en el caserío de Ushuaia, capital de una gobernación, no lo olvidemos. La modesta edificación,

de madera toda ella, se ha formado al azar, como la población que la habita; y extiéndese de Este a Oeste sobre una lonja de tierra, estrechada entre la montaña y el mar. La calle costanera, visible desde la bahía, se alarga simbólicamente desde el Presidio hasta el cementerio. Paralela a ella corre la calle Godoy, única edificada sobre ambas aceras, aunque hay baches y baldíos. Desde, "el alto" hasta el Beagle descienden cortas callejas transversales, de peligroso tránsito cuando ha nevado. Durante el día no hay tráfico en esta capital y, de noche, los vecinos se recluyen por la mala luz y por las desniveladas veredas, aparte de otros motivos imputables al clima. La policía bosteza en un ocio que comprueba la virtud de este vecindario. La casa del gobernador está casi siempre cerrada; la iglesia parroquial, habitualmente, sin fieles; el muelle y la bahía, sin naves. No hay industria, no hay caminos, no hay centros de recreo o de cultura. Jamás se ha visto aquí un piquete del ejército nacional, y marinos de nuestra armada, sólo de tarde en tarde. Tal es la metrópoli fueguina, cabeza de una provincia futura, según el designio de la ley que rige a esta gobernación.

Lo que ha hecho y dejado de hacer la Argentina en cincuenta años sobre Tierra del Fuego se reduce, pues, a lo siguiente: el exterminio de una raza fuerte; el escándalo de la tierra que se le quitó al nativo; el Presidio, la rutina, el aislamiento, la despoblación, la falta de toda previsión civilizadora. Y ahora Ushuaia ha aumentado su escasa población al convertirse en lugar de confinamiento por causas políticas, novedad que agrega a su historia un baldón antes desconocido.

Ya que la emulación de los buenos ejemplos puede ser saludable, quiero poner aquí algunos datos de lo que Chile ha hecho en la región magallánica, para que se mida por contraste lo que la Argentina ha dejado de hacer en su hijuela de esta misma región.

El índice más elocuente de los progresos chilenos en el Sur es, desde luego, la ciudad de Punta Arenas (hoy Magallanes, sobre el estrecho del mismo nombre), a no larga distancia de Ushuaia, nuestra "capital" del Sur, que sólo es un presidio.

Punta Arenas también fué un presidio en sus orígenes, pero hoy es gran ciudad que ocupa una superficie urbana de 325 hectáreas, con 251 manzanas edificadas, 52 kilómetros longitudinales de calles de 20 metros de ancho y avenidas de 50 metros, casi todas pavimentadas con piedra o macadamizadas. La importancia edilicia osténtase en bellas plazas, jardines para adultos y niños, monumentos como el dedicado a Hernando de Magallanes, edificios notables para oficinas, templos, teatros, museos, clubs, hospitales, cuarteles, bancos, y residencias particulares como las de Menéndez, Brown, Montes, Blanchard, que son verdaderos palacios. Habitan esta ciudad —según datos de 1934— cerca de 30.000 almas, sin contar otras 10.000 que corresponden a su jurisdicción territorial. En más de dos tercios, la población está formada por nativos chilenos, con alto porcentaje de personas que saben leer y escribir.

Puerto de tráfico activísimo —con siete muelles y astilleros propios—, numerosos barcos de matrícula chilena mantienen la actividad económica de la región,

rica en pesca, maderas y ganados. Allí residen una gobernación marítima, un apostadero naval con su maestranza, y servicios de sanidad, radiotelefonía, faros y alumbrado de las costas y canales. Hay, además, allí un regimiento de infantería y un escuadrón de carabineros; hay magistrados de un foro numeroso, autoridades administrativas, vicariato apostólico, varios periódicos, junta departamental de beneficencia, Consejo de Habitaciones Obreras, un liceo para señoritas y otro para hombres, biblioteca pública, varias escuelas municipales y particulares, clubs de colectividades extranjeras, instituciones poderosas de la banca, el comercio y la industria, laboratorios técnicos, talleres, almacenes, núcleos de todas las actividades intelectuales y profesionales propias de una importante ciudad moderna.

Tan admirable desarrollo de la ciudad chilena debe-se, naturalmente, al frecuentado paso del Estrecho de Magallanes y a numerosas empresas que en esa región explotan la ganadería, los bosques, la pesca, las minas, la navegación; pero nada de eso ha sido el producto de la improvisación o del azar, sino de la previsión patriótica y de un plan político, en que toda la nación chilena ha colaborado.

Cuarenta años antes que la Argentina, Chile había tomado posesión del Sur, con propósitos estratégicos y de colonización. Cuando nosotros fundamos Ushuaia, Punta Arenas contaba con población apenas superior a la de Ushuaia en la actualidad; pero su crecimiento ha sido rápido durante el último medio siglo. Esto se debe a que la soberanía argentina procedió aquí con ignorancia, con rutina, con iniquidad, mientras Chile declaró puerto libre a Punta Arenas y fomentó la explotación local de todas sus riquezas, en inteligente movilización

de sus recursos navales, militares e intelectuales. Basta consultar su copiosa bibliografía sobre la región magallánica, su labor legislativa, sus estadísticas, para admirar la ciencia y el patriotismo chilenos, y censurar la incuria argentina en la misma zona austral.

La apertura del Canal de Panamá debilitó la actividad del Estrecho de Magallanes; pero el progreso no se ha detenido porque hay ya una potencia económica y cultural acumulada en Punta Arenas, que asegura su porvenir. Las quejas que allí se formulan ahora contra la administración centralizada en Santiago y contra leyes como la de cabotaje que se consideran perjudiciales, no son sino expresiones de la conciencia regional del sur chileno. Algunos han querido ver en esas quejas síntomas de separatismo, explicables por la configuración geográfica y por la crisis general de Chile. Lo cierto es que la prensa de Punta Arenas, sus escuelas, sus bancos, sus empresas industriales, la ciudad toda y su comarca, son un ejemplo que la Argentina está muy lejos de haber emulado. Le corresponde a la marina chilena gran parte en el mérito de los impulsos iniciales, y también al hombre del pueblo que vino del Norte a poblar esta comarca.

Sería absurdo, ante los hechos consumados, sembrar cizaña entre ambas soberanías, después del tratado que delimitó las dos hijuelas. El progreso de una y otra nación en sus islas del Sur les dará ventajas recíprocas. Si hay un peligro aquí, ya no es el del antiguo pleito, sino el de algún tercero que podría acechar entre ambos pueblos hermanos. De ahí que sea deber patriótico decir la verdad a los argentinos, sobre todo tratándose de una región insular, aislada del continente, y de una parte de nuestra soberanía que no fué colonizada por España,

que fué explorada y estudiada por extranjeros, que estuvo hasta época reciente sometida a la expansión británica desde las Malvinas, como hoy está sometida la expansión chilena que desde Magallanes se irradia a todo el Sur. Reconozcamos, sin embargo, que eso ocurre en el vacío que deja la inacción argentina, y que cosas más graves podrán ocurrir en lo futuro.

Punta Arenas data de 1843, cuando esta ribera ya estaba absolutamente abandonada por nosotros. Chile, en cambio, con agudo sentido geográfico sobre el Archipiélago, tendió desde entonces a ocupar el Estrecho. Ya desde mucho antes, su flota navegaba en la vecindad de Chiloé, traficada por cazadores de ballenas. En la zona de Reloncaví, los gobernantes Montt y Varas, cuyos nombres se perpetúan en sendos puertos, colonizaron esa tierra austral. Al producirse en tiempos del presidente Bulnes la ocupación del Estrecho, la Argentina protestó, generándose entonces un pleito que duró treinta años (desde Rosas hasta Roca); pero aunque podíamos probar jurisdicción legal, no pudimos oponer actos de dominio por ocupación efectiva. Todos los papeles del *uti possidetis* virreinal nos favorecían; pero Chile venció porque se hizo fuerte en sus fundaciones. Punta Arenas, según sus estadistas, era una colonia industrial y además un centro de auxilio a la peligrosa navegación del Estrecho, en servicio de toda la humanidad. Debemos recordar también que la goleta *Ancoud*, en la ocupación chilena de 1843, sirvió para desbaratar el intento del *Phaeton*, que llegó a las costas del Estrecho, creyéndolas *res nullius*, con el proyecto de fundar allí una colonia francesa. Un siglo ha pasado desde entonces, y la Argentina sigue sin comprender que no basta el

derecho escrito cuando la nacionalidad impone deberes de acción.

No necesito referirme a las incidencias relativas a la Patagonia en el viejo litigio de límites; mi propósito se reduce a llamar la atención sobre el Archipiélago, y a recordar que, después de fundada Punta Arenas, la empresa no se detuvo. En 1874 se realizó la expedición de Simpson, en 1877 la de Latorre, en 1878 la de Serrano-Montaner; actos de la marina chilena sobre el sur fueguino. Así fué extendiéndose la soberanía de Chile, y afirmándose el progreso de Punta Arenas, la ciudad austral que creció a favor de la libertad aduanera y otras medidas de fomento económico.

Cabe preguntar si no pudimos nosotros hacer tanto como Chile porque a la Argentina le faltaron gobernantes patriotas y hombres de acción. No nos faltaron ni los unos ni los otros. Todos los gobiernos defendieron nuestro derecho, pero sólo con papeles de legistas o de historiadores; y cuando después de 1880 supimos a qué parte del Archipiélago extendiase la soberanía nacional, los gobiernos continuaron sin comprender que era empresa de acción el problema del Sur. Hombres capaces de afrontarla no nos faltaron; pero a ellos les faltó la solidaridad de Buenos Aires, el apoyo de sus gobiernos.

Los más eminentes se llamaron Piedra Buena, Lista y Godoy. Diré más adelante lo que ellos significan en la historia fueguina y qué lección de patria podemos aprender en sus vidas.

36.—EL CAPITAN PIEDRA BUENA

En la historia de la Argentina Austral, D. Luis Piedra Buena es el compatriota nuestro de personali-

dad más descollante. Por su temple genial y su aventura individualista, recuerda a los más intrépidos navegantes españoles. Formóse por sí solo; venció terribles vicisitudes; cumplió un singular destino. La fama póstuma lo contempla hoy como a una figura legendaria. Halló en este mar su patria, y fué como un gaucho del océano.

Criollo, hijo de padres criollos, nació en Carmen de Patagones, junto a la desembocadura del Río Negro, el año 1833, cuando Fitz-Roy y Darwin pasaron por allí, rumbo al Sur. Aquello era entonces el confín de la Argentina histórica, a cuyo sur extendiase otra Argentina teórica, que por agua y por tierra debíamos conquistar. Veíanse a veces, en el río y en el golfo, naves inglesas o norteamericanas que practicaban la pesca de ballenas y lobos en los mares australes. En ese ambiente creció nuestro compatriota, recibiendo las sugerencias de su propia cuna. Cuenta su biógrafo, el capitán Eyroa, que aquel niño hacía piraguas con tronco de árboles, a las que ponía por vela un poncho, para navegar en el río nativo. Su voluntad iba hacia el mar, soñando con ser útil.

Navegó, desde 1847, por todo este mar. Residió en Punta Arenas, en Santa Cruz, en la Isla de los Estados, en Cabo de Hornos. Visitó las Malvinas y las Islas del Archipiélago magallánico; recorrió los estrechos y canales del Sur, reconociendo caletas aun no inscriptas en los mapas; trató a los indios patagones y fueguinos, llevando algunos a bordo para hacerlos marinos; inició empresas industriales que desgraciadamente fracasaron, acaso por el desorden de su generosidad romántica. Regalaba a los indios banderitas argentinas para inculcarles su nacionalidad, e izaba el pabellón nacional en estas

riberas lejanas para afirmar nuestra soberanía. Socorrió a los náufragos con tal arrojo que se atrajo la gratitud de grandes potencias extranjeras. Naufragó él mismo una vez, en la Isla de los Estados, y se construyó un improvisado barquichuelo —el *Luisito*— para volver a Punta Arenas con su gente. Llegó en sus andanzas polares hasta las tierras de Graham, donde quedó por meses preso en un témpano, alimentándose de lobo y ballena hasta que logró salvar su pequeña embarcación. Fué el más completo de nuestros marinos; aunque no marino de escuela, sus memoriales y diarios de a bordo descubren su inteligencia, y se lo lee con vivo interés. Lobo de mar, sin duda fué, pues anduvo con el arpón de herir ballenas o con el cuchillo de descarnar cueros de lobo. Marinero fué, que lo mismo trepaba al mástil para columbrar un bote de náufragos en el horizonte, o tomaba personalmente los rizos de la vela durante la tempestad, o daba ejemplo de caudillo a sus hombres cantando una canción mientras ayudaba en la bomba con sus propias manos de capitán, para desaguar su velero en peligro. Pero, además de todo eso, Piedra Buena fué un navegante que conoció técnicamente las artes mecánicas de su profesión, tan azarosa en aquellos tiempos de la vela, y un filántropo que a mucha gente salvó de innumerables siniestros, y un patriota que tuvo la plena conciencia territorial del sur argentino.

En 1933, centenario de Piedra Buena, la "Biblioteca del oficial de marina" (vol. XVIII) ha editado un libro de homenaje póstumo, con documentos y colaboraciones de Braun Menéndez, Ratto, Caillet-Bois y otros, todas interesantes. Completan el volumen varias ilustraciones, un hermoso busto por el escultor Luis Perloti y una placa que el Centro Naval colocó en la tumba

de Piedra Buena, a quien dedica estos dictados lapidarios: "Marino valeroso — Providencia de náufragos — Custodio de la soberanía argentina". Con el libro citado se comprueba la justicia de tales conceptos.

Los salvamentos realizados por Piedra Buena bastarían para llamar la atención sobre él. Cuando sólo tenía 18 años, en 1851, buscó en el *Beagle* a Gardiner y los misioneros ingleses, aunque sólo se halló los cadáveres de esos hombres que habían muerto de hambre. En 1857 salvó a 42 náufragos de la *Dolphin*, ballenera norteamericana encallada en Bahía Nueva. El año 73 salvó a seis náufragos del *Eagle*, pailebote inglés, en la Isla de los Estados. El año 74 salvó a 21 náufragos de la *Pactolus*, goleta alemana, en False Bay, Tierra del Fuego. El año 77 recogió a 21 hombres y una mujer, sobrevivientes del *Anna Richmond*, barca inglesa cargada de carbón, que se incendió en alta mar. El año 78 salvó a 20 tripulantes de la *Cuba*, barca noruega, al sur de Santa Cruz. Piedra Buena ha salvado más de 150 vidas, bajo la bandera argentina que siempre llevó en sus naves. Jamás aceptó pago alguno en retribución de estos servicios, porque los consideraba un deber sagrado. Era, por eso mismo, un completo hombre de mar. Puso en la Isla de los Estados, a sus expensas, un puesto con marineros y víveres para auxiliar en los siniestros allí frecuentes. Hay algo del misionero religioso en su empresa marina. Su anecdotario de salvamentos es la parte más noble de su leyenda. Vivió como un pirata, pero en misión de caridad.

Además de ese valor humano, tiene otro: su patriotismo extraordinario. Pintaba banderas argentinas en trozos de sus velas rotas y las izaba en señal de ocupación nacional, cuando nada hacían en el Sur nuestros

gobiernos. Así las puso en la Isla Pavón, en el Cabo de Hornos, en Bahía San Gregorio, sobre el Estrecho de Magallanes, para contestar a las ocupaciones que Chile ya realizaba por allí. Cuando en 1864 llegó al Cabo de Hornos, clavó en las rocas altas nuestra bandera pintada en una lámina de bronce, con este letrero: "*Aquí termina el dominio de la República Argentina*", seguido de este otro: "*En la Isla de los Estados (Puerto Cook) se socorre a los náufragos*", asociando así la expresión de su filantropía a la de su patriotismo, porque ambos eran los dos sentimientos motores de su vida. El gobierno inglés quiso comprarle tierras que poseía en la Isla de los Estados, y él se negó. El gobierno de Chile quiso atraerlo al servicio de su causa, y él rechazó airado la sugestión. Piedra Buena quiso salvar para nosotros el Estrecho de Magallanes, y por su cuenta ocupó en 1869 la Bahía San Gregorio, de la que fué desalojado por fuerzas chilenas. El gobierno argentino ni lo respaldó ni le dió medios de defensa. Entonces dijo con amargura: "Si yo tuviese del Gobierno instrucciones escritas en vez de verbales, y si por este motivo no temiera incidentes que pudieran sobrevenir, que tal vez me costaran reproches, no sería yo, ni mis patagones (los indios que lo acompañaban) los que abandonaríamos la Bahía San Gregorio sin lograr nuestro intento". "Como argentino me es muy bochornoso tener que observar impasiblemente los avances de los chilenos en este pedazo del suelo de mi patria". Así hablaba sobre la insensibilidad de Buenos Aires aquel solitario hijo del mar.

Durante la presidencia de Avellaneda, cuando el litigio de límites se agravó, nuestro ministro, don Félix Frías, requirió sus consejos, y lo incorporaron a la ma-

rina nacional; pero ya era tarde: estaba enfermo, viejo y, lo que es peor, decepcionado. Falleció el 10 de agosto de 1883, acaso minado por la amargura de ver todo lo que habíamos dejado de hacer en el Sur y que él habría podido hacer, desde los tiempos de Rosas, pues ya entonces navegaba por este mar.

Al día siguiente de su muerte, *La Nación* publicó un artículo necrológico —quizá de Mitre—; en que se lee: “Es un hecho histórico que a los trabajos del comandante Piedra Buena y a su patriótico anhelo se debe en gran parte la reivindicación de los territorios australes de la República Argentina, sobre los cuales fué el primero en llamar la atención, pudiendo decirse que por mucho tiempo los defendió solo, con un pequeño buque de su propiedad, con el cual navegaba los canales magallánicos, velando por aquéllos y estorbando su ocupación por otros. Ha muerto sin poder completar su obra en la región austral; pero las olas agitadas murmurarán para siempre su nombre, tantas veces repetido por ellas”. Y éstas son apreciaciones de estricta justicia, porque sin la acción de Piedra Buena habríase terminado el pleito en peores condiciones para nosotros. Él hizo mirar hacia el Sur a nuestra armada y a nuestros gobiernos.

Don Luis Piedra Buena poseyó el temple de los antiguos Adelantados y llegó a ser nuestro Adelantado en el Océano Austral, por propio albedrío; y si no dejó fundaciones duraderas, es porque le faltó el apoyo de su patria, que no supo aprovechar a tiempo tan genial vocación y tan prodigiosa energía.

Explorador en varias zonas del país y aficionado a las ciencias naturales, Ramón Lista vino a Tierra del Fuego patrocinado por Carlos Pellegrini, ministro de Guerra y Marina de Roca y luego vicepresidente de la administración Juárez Celman. Durante estas dos presidencias realizó Lista sus viajes y publicó sus estudios fueguinos.

He leído el "diario" de su expedición y he podido seguirlo en su itinerario. Desembarcó en San Sebastián, zona norte de la costa atlántica, y descendió hacia el Sur, por el interior de la Isla, hasta salir al Beagle. Las bahías del Atlántico, en las que tantos naufragos habían perecido, eran ya conocidas por los trabajos de innumerables navegantes; no así el interior, salvo en la parte hacia el Pacífico, de jurisdicción chilena. Acompañaban a Lista el cirujano Segers, el capitán José Marzano con 25 soldados de caballería y el Padre Fagnano como capellán. Traían víveres y cabalgaduras. Así provistos, llevaron a feliz término la empresa, que se realizó durante el verano.

Lista había creído antes en todas las afirmaciones de Darwin sobre la tierra, el clima y los indios; las había repetido en varias publicaciones o documentos, pero la experiencia lo convenció del error. "Nada me revelan los grandes fríos que deben hacer la isla inhabitable", escribe en el mes de diciembre, durante la marcha. "La tierra me parece más fecunda que en latitudes más bajas del continente", agrega luego. Otros pasajes del diario insisten sobre la superioridad del suelo fueguino comparado con el de Patagonia, que conocía por haber hecho

en ésta análogos viajes de explorador. "La temperatura —dice— es muy agradable; hasta ahora no he tenido necesidad de usar la ropa de abrigo". Algunos días subió a 20 grados la columna mercurial. Con esto y los grandes bosques y los frecuentes ríos, terminó por reconocer que Tierra del Fuego es distinta de la Patagonia: menos fría, más abrigada de los vientos en ciertas partes, más fértil, con abundancia de aguas potables, y de más seguro porvenir económico por sus extensas praderas cercanas al mar. El explorador acertó en este vaticinio.

No tardó Lista en encontrarse con los onas. El primer encuentro fué lamentable, por desconfianza de ambas partes. Recelaron los indios al ver el pelotón armado de los invasores blancos, y éstos de aquéllos, al verlos agazapados en un matorral con el arco en las manos. Rompióse el fuego. 28 onas muertos quedaron en el campo. Esta sangre, que habría podido evitarse, manchó a la expedición. El jefe lo lamentó intensamente. Por eso, cuando en otro paraje avistó a la distancia un nuevo grupo indígena, díjole al capellán Fagnano:

—Vaya usted, Padre, con el cirujano y traten de hacer comprender a los indios que somos sus amigos, que nada deben temer de nosotros.

Así se hizo, y la entrevista de los parlamentarios resultó muy cordial. Acercáronse los nativos en son de paz al campamento; hubo obsequios y algazara amistosa. Cuando conoció de cerca a los onas, Lista escribió: "No puedo menos que protestar contra el calificativo de raza degradada que se les aplica por extensión y erróneamente". Esto era ya la leyenda de Darwin destruída por la experiencia, así sobre el suelo y el clima como sobre la raza autóctona.

Admiró, ante todo, la estatura prócer y el gesto

marcial de los onas. En aquel combate del primer encuentro, entre los muertos quedó el jefe, "un ona atlético", dice. Otro combate se produjo después en un bosque del Cabo Peñas; los indios, que estaban en sus toldos entre los fagus, se alarmaron cuando vieron a los forasteros a caballo; huyeron las mujeres al monte con sus hijos auestas, pero los hombres dispararon sus flechas. Quedaron dos indios muertos en el campo; Lista los vió, y vuelve a decir: "dos verdaderos atletas". Cuando pudo conocerles el ánimo, en posteriores ocasiones de trato pacífico, su opinión fué la siguiente: "El desarrollo intelectual de estos salvajes es superior a lo que podría suponerse, pero carecen de campo donde ejercitar sus facultades". Antes los había creído de escasa inteligencia, juzgando por las exterioridades. Cuando conoció la verdad, deseó que se incorporasen a la civilización.

Las chozas eran sucias; el ajuar de las mujeres casi nulo; desconfiada la actitud de los hombres en el primer momento. Al verlos semidesnudos, con los rostros pintados a rayas o embadurnados de rojo, predisponían en contra. Paulatinamente fué comprendiendo todo aquello. Consiguió que el indio Nohshe le sirviera de baquiano. Cautivó tres indias jóvenes, de 12, 16 y 18 años, a las que bautizaron con los nombres de Rosa, Célica y Eloisa. Formó un breve vocabulario para entenderse con ellas, y creyó encontrar semejanzas entre el idioma ona y el de los tehuelches, lo que tal vez fuera un error.

De todo lo que Lista refiere en la crónica de su expedición, deduzco que esos onas en estado natural eran bondadosos y fuertes. Su actitud agresiva provenía del hambre, cuando escaseaban alimentos, aunque eran cazadores de guanacos y tenían perros adiestrados para

la caza. Provenía también su belicosidad, del instinto vital ante lo desconocido, o ante el peligro de la familia que los hombres debían defender. Apenas se desvanecían los temores, mostrábanse hospitalarios. Dos palabras usó Lista para seducirlos: *Yeper*, que significa "carne", y *yegogua*, que significa "amigo". Cuando en los tratos de paz los obsequiaba con charqui y galleta, saltaban de contento, bailando con extravagantes contorsiones. En cierta ocasión, vió un indio a Lista con el cigarro en la boca, y creyéndolo comestible se lo pidió; al recibirlo, el indio embocó del lado del fuego y arrojó el cigarro a tierra, dando gritos. Nunca habían fumado. En estas y otras cosas eran como niños. La civilización les trajo el tabaco, el alcohol y algunas enfermedades.

Al recorrer Tierra del Fuego, el explorador Lista comprobó la exuberancia de sus bosques y la fertilidad de sus pampas. Descubrió varios ríos; a uno le puso el nombre de Pellegrini y a otro su propio nombre. Aunque había mucho suelo minado por roedores, presintió la futura utilidad de esas praderas, ricas en pastos y en aguas. Cuando salió al Beagle, en el Sur, su entusiasmo por la Isla era completo.

Desde Bahía Tetis, en febrero de 1884, el explorador escribió a *Tribuna Nacional* una correspondencia incluída en un libro, y en esa carta leemos: "Y si la grande isla argentina no encerrase el sublime paisaje, casi tropical, de su selva siempre verde y retoñante, bastaría para rehabilitarla ante sus calumniadores de todas las épocas y de todos los pueblos, la suavidad de su clima y la riqueza herbácea de sus campiñas vírgenes". Y más adelante, en nota al ministro de Guerra y Marina, agrega: "Pero saquemos al oná de su choza, iniciémoslo en nuestra manera de vivir y en nuestra

industria a los aventureros que hasta aquí llegaban; pero no lo dejaban desmontar una parte de la gran selva local para dar sitio a nuevas viviendas; ni fomentar la pesca, la peletería y las industrias de la madera. En vano fué que él hubiera hecho construir barcos y muebles como demostración de que en ese rubro Ushuaia podía bastarse a sí misma. El régimen administrativo impuesto desde Buenos Aires era de estrangulamiento. Godoy tenía razón de quejarse. Un solo ejemplo va a demostrarlo.

Costaba dos pesos moneda nacional —nada más— cada lote urbano para los que quisieran edificar aquí su morada; ¡pero el interesado debía tramitar la compra en Buenos Aires, ya fuera dando a procuradores un poder costoso o realizando un viaje más costoso aún!

—¿Hay confianza o no la hay en los gobernadores que nombra el Ejecutivo Nacional? —preguntaba nerviosamente el dinámico gobernador. Si la tiene, ¿por qué no se los deja obrar, bajo su directa, su inmediata responsabilidad? Si no la tiene, ¿por qué los nombra, por qué no los cambia? El papel de los gobernadores es bien triste en la actualidad, pues no se atiende a lo que dicen y aconsejan, no se los deja hacer, y muchas veces, a pesar de su dictamen, a pesar de los fundamentos en que se basa éste, se dan concesiones o se dictan leyes que significan un enorme paso atrás, una verdadera desgracia para el pueblo que están aparentemente llamados a proteger.

A pesar de esos obstáculos, nacidos de la ignorancia o la malicia centralista, mucho hizo el gobernador Godoy, y por eso se lo recuerda con gratitud, como se lo he oído a la señora Figue y al señor Romero, dos ancianos que se avicindaron en Ushuaia durante aquel gobierno, y

que aun viven aquí. Pero la obra progresista estuvo limitada por la legislación absurda, por la burocracia rutinaria, por la imprevisión oficial, y al cabo de los años prevaleció en Tierra del Fuego esta cosa monstruosa que hoy vemos: un presidio por capital de una gobernación y un desierto por jurisdicción de la misma, ambos segregados de la patria en estéril aislamiento.

El territorio, ya despoblado de indios, ha sido entregado a la explotación extranjera. Río Grande y sus pampas sobre el Atlántico, son apenas una factoría anglo-chilena, poblada solamente de ovejas Lincoln. La fábula de Quijotania, habitada por carneros, según *Luz del Día*, de Alberdi, se realiza en esta Isla donde no hay justicia, ni ciudadanía, ni libertad industrial. Hemos matado al viejo Onaisín, sin crear el nuevo. Hemos ahogado sus posibilidades económicas y morales; lo hemos confinado políticamente, como separándolo de la nacionalidad en un aislamiento peligroso.

Tantas gestiones del gobernador Godoy cayeron en el vacío, como cayeron los avisos del marino Piedra Buena y los del explorador Lista, años antes, cuando informaban al Gobierno y al país sobre las condiciones reales de esta parte del suelo argentino. Tampoco se escucharon en Buenos Aires las útiles observaciones que sobre todo ello divulgara Payró desde *La Nación* primero, y luego en un libro con prólogo de Mitre, hace hoy más de treinta años. Prevalecieron ideas e intereses menos patrióticos, y quién sabe hasta cuándo durará esto que no sé si deba llamarse iniquidad, o simplemente estupidez.

Verdad es que cuando el marino Piedra Buena obraba por su cuenta en el Sur, no poseíamos escuadra y la Nación hallábase comprometida en la guerra del Para-

guay o en luchas civiles; pero el desvío ha continuado hasta el siglo presente, como si Buenos Aires orientara su sentido marítimo hacia el Atlántico Norte, camino de Europa, olvidando que en el Atlántico Sur la llaman deberes más premiosos, impuestos por la seguridad de su propio territorio. Hoy poseemos escuadra, marina mercante, aviación, conocimientos, y mayores recursos económicos para rectificar antiguas omisiones o errores.

39.—LOS BUSCADORES DEL ORO

Librada Tierra del Fuego al abandono oficial, sólo vinieron aquí presos y empleados, y cuando prevaleció, como en California, la ilusión de la fortuna fácil en los yacimientos de oro, aparecieron algunos vagabundos del mar. Quedan hoy pocos ejemplares de esa época novelesca y yo me he complacido en conversar con ellos.

Llegaron los primeros hombres blancos a estas islas y supieron, por el yagán de las costas o por el ona de las selvas, que había polvo de oro en las arenas de sus playas. Entonces comenzó la maldición, como en todas las leyendas del oro. Por el oro fué sacrificado Atahualpa, rey de la América primitiva. El mito griego de los argonautas en busca del vellocino, renovóse en estas Hespérides de nieve.

El indio no estimaba aquel tesoro; no lo usaba ni como moneda ni como ornamento; pero el europeo sí lo estimaba. El yagán prefería el árbol de la canoa y la flecha con que pescaba; el ona, su arco cinagético y la piel del guanaco para su manto; ambos, la grasa de lobo marino para sus fogones. El indio, así, era feliz. El europeo —civilizado y civilizador, cristiano también, se-

gún él mismo— dióse a cautivar al indio para quitarle la libertad y la tierra; empezó preguntándole por esas arenas auríferas y concluyó exterminándolo.

Célebre es Bahía Slogget por los yacimientos que en 1885 descubrió allá el rumano Julio Popper, un gran aventurero. Allá y en la isla Lennox y en los cabos del Espíritu Santo y de Vírgenes tuvo famosas explotaciones. Cuenta Agostini que una escuadra de 14 austríacos sacó de la Lennox 115 kilogramos de oro en 27 días de trabajo; 14 kilogramos el primer día. A nueve metros de profundidad encontraron después otro depósito. Tales hallazgos desequilibraron a Popper, que llegó a acuñar monedas, adoptando por escudo la figura de un indio y un guanaco. Su ánimo se exaltó hasta creerse un jerarca fueguino, y en el ejercicio de su tiranía excedióse cruelmente contra sus obreros y contra los onas, a quienes cazaba a tiros, hasta que su desvariado poderío levantó protestas: hubo un mitín en la plaza de Punta Arenas; adoptáronse medidas para contener al tirano, y Popper desapareció de estas regiones. Tal es, al menos, lo que refiere la leyenda tradicional; pero el libro de José Manuel Eizaguirre, *Tierra del Fuego*, publicado en 1897, contiene documentos y juicios favorables a este discutido personaje, hombre complejo, no desprovisto de fantasía y de cultura.

La leyenda de los yacimientos auríferos encendió en aquel tiempo la imaginación de muchos buscadores y explotadores. El oro existía, sin embargo; en los lugares citados y en otros de Tierra del Fuego, tal ese Río del Oro, bautizado así en la expedición del chileno Serrano Montaner, por el metal que hallaron en 1879. Una estadística publicada en Magallanes afirma que de 1903 a 1905, Tierra del Fuego (incluyendo la zona chilena)

produjo 600.000 kilogramos de oro. Ante el resplandeciente miraje, vendiéronse a precios fabulosos tierras de yacimientos imaginarios, y formáronse compañías de explotación que fracasaron por excesivo costo de los trabajos. Una leyenda análoga, con sus mismas alternativas de fracasos y éxitos formidables, produjo el oro de California, que fascinó y corrompió a mucha gente, pero que dejó allí una sociedad constituida.

En Ushuaia se habla de estas cosas, porque ellas dan, juntas, la emoción de la fortuna posible y la del relato extraordinario. El jefe de la oficina radiotelegráfica, Sr. Pitré, contábame la otra noche que cuando él prestaba su servicio profesional en Cabo Virgenes, cerca del faro, a la entrada del Estrecho, llegó a reunir una buena cantidad de oro en polvo, extraído de las arenas, pero que la perdió en un incendio de su oficina. El juez de paz de Ushuaia fué el otro día en una goleta a Puerto Haberton, cerca de aquí, por diligencias profesionales, y al volver trajo un tubo de cristal con polvo de oro allá recogido por un vecino paciente. Ayer, en fin, ha llegado a Ushuaia el yugoeslavo Ostoich, un hombre que viene de Bahía Slogget, cerca de la entrada oriental del Beagle, donde estuvo unos meses buscando oro, hasta que lo halló, y este hombre candoroso me mostraba en la mano tosca un puñado de pepitas del codiciado metal. Es evidente que hay oro en Tierra del Fuego; pero la antigua ilusión ha desaparecido. El vellocino está hoy en las pampas de Río Grande, donde pacen un millón de ovejas, de fina lana y carne gorda; pero a ésas las faena un frigorífico local, con exclusivo provecho de sus accionistas extranjeros y de unos cuantos latifundistas felices, también ausentes. Los demás que aquí viven se

resignan a ser peones, empleados del presidio o vagabundos soñadores.

He conversado con antiguos vecinos de Ushuaia, oyéndoles contar su vida azarosa, las circunstancias que los trajeron a este confín del mundo. Es increíble lo que han trabajado y han sufrido, hombres enérgicos y quiméricos. Navegantes, imaginaron algunos hallar la fortuna como mineros; pero, en realidad, los movía la fruición de la aventura. Así se explica que se aquerenciaran en el archipiélago para hacerse loberos, vendiendo a vil precio las pieles penosamente conseguidas, y aun raqueadores, asaltando el botín de los buques náufragos. Algunos sienten la emoción furtiva del contrabando y en otro tiempo habrían sido piratas o conquistadores.

Hay una epopeya del mar, como hay una picaresca del mar. Yo he conocido aquí ejemplares ya desvirtuados o decaídos de esa clase de hombres. Bien mirados, no los ha retenido aquí la ilusión del oro, aunque alguna vez lo buscaron. Vinieron de lejos y los retuvo aquí la belleza, la libertad, el riesgo del océano.

40.—UN GAUCHO SUECO

La hospitalaria familia de Lombardich habíame invitado a comer un cordero al asador en la península que hoy llaman de la Misión, y que antes los indios llamaban Usín. Es buena la carne de esos lanares que se crían en la pampa fueguina, de donde los traen para proveer al presidio. Cierto es que el aire frío estimulaba el apetito; pero aquel cordero al asador estaba sabrosísimo por la maestría con que fué preparado: la fibra, tierna; la grasa, chorreante; la pella, abizcochada. No lo habría pre-

parado mejor el más hábil de nuestros gauchos, y pregunto si es criollo ese marmitón que junto al fuego corta con su cuchillo las raciones.

—Es sueco— me contestan.

Un hombre de mediana estatura, de pálida tez y oscuros cabellos, que más bien parece un meridional. En mangas de camisa, calzado de botas, con el chambergo requintado, el cuchillo en la mano, se lo habría tomado por un criollo auténtico. Es sueco, sin embargo; se llama Carlos Lunkinsten, pero en Ushuaia lo conocen con el nombre de Charly. Ha pasado cuarenta años en el sur argentino.

Concluído el almuerzo y dispersados los comensales, quedo junto al fogón con Charly, para que me cuente su vida. Estimulado por mis preguntas y por una botella de tinto chileno, que empina de rato en rato, va refiriéndome sus aventuras. Personaje raro, que algunos toman por loco; pero sólo es un soñador ingenuo, uno de esos vagabundos del mar que, misteriosamente, después de mucho andar se aquerencian en estas islas hasta envejecer en ellas.

Sus padres, en Suecia, quisieron hacerlo pastor luterano. Estudió teología, y esos truncados estudios de su juventud le dejaron reminiscencias de la Biblia. Cuando advierte que yo también conozco algo las Escrituras, y a Susana y a la Sulamita, sobre quienes discurre alegremente, me dispensa más confianza. Estamos los dos solos ante el Beagle. La plática se torna confidencial.

—Con usted, doctor, se puede hablar. Aquí no se puede hablar con nadie. Aquí nadie entiende estas cosas.

Cortó su carrera clerical para hacerse navegante, desde muy joven. Estuvo en el Afganistán; fué después sargento de la policía británica en Bombay; durante su

residencia en la India intentó penetrar en el Tibet para visitar al Gran Lama.

—¿Usted sabe quién es el Gran Lama?— dice bajando la voz y acercándoseme, con el gesto de quien va a comunicar un secreto.

—Es como un dios viviente— le respondo—. Pero usted no habrá podido llegar adonde está ese maestro del mundo.

A semejante entrada en materia sigue una larga plática sobre el Gran Lama, relato de maravillas probablemente oídas en las veladas de Bombay. A las fábulas de Charly contesto yo con otras mayores, aprendidas en tantos libros de ocultismo y de viajes. En verdad, parecemos dos locos, reunidos en Ushuaia por un destino análogo.

—Da gusto hablar con usted, doctor. Ya me habían dicho que usted sabe muchas cosas. Pero si yo cuento algo del Gran Lama, aquí se ríen y creen que son mentiras.

—¡Que han de ser mentiras! Son muy extraordinarias verdades.

De la India vino Charly a América y entró a recorrer la Patagonia. Sabía darse a entender no sólo en sueco, sino en alemán, inglés, francés, portugués, español, y en la Patagonia aprendió la lengua de los indios tehuelches. Se hizo gaucho; se hizo pastor de ovejas; aprendió a domar potros, a enlazar, a usar el cuchillo y el asador. Pero el mar del Sur lo atraía, y llegó, por fin, al archipiélago. Aquí, donde ha envejecido, ha de morir. Soltero y pobre, ama la Isla del Fuego. Tenía un barco propio y navegó por todos los canales.

—Si usted quiere hacer una excursión— me dice—, consígase la goleta de Lawrence y lléveme de práctico.

—Yo no puedo, Charly. ¿No sabe que estoy preso?

—¡Lástima! Yo lo llevaría por el canal Murray, entre los peñascos y las costas nevadas. Es muy hermoso aquello. Lo conozco como a mis manos. Yo he sido lobero y buscador de oro.

—¿Y usted sabe dónde hay oro?

—Sí, señor; lo sé.

—Yo también lo sé: en Punta Vírgenes, en Bahía Slogget, en la isla Picton.

Charly me mira con asombro.

—Veo que lo sabe... En todas estas islas hay oro. Mire: aquí en donde estamos, si usted cava, halla arenas de oro. A usted se lo puedo decir; pero yo no aviso dónde está el oro, porque si lo aviso viene una compañía extranjera, se lo lleva y uno sigue en la miseria.

Se hace un momento de silencio, y aquel hombre extraño, de ojos acerados, queda mirando el agua del Beagle, que tiene el color de sus ojos.

—Ahora no soy nada; ya no tengo mi barco.

—Y si lo tuviera ¿volvería a navegar?

—Sí, señor. Viejo y pobre, volvería con gusto al mar. Si volviera a ser joven, volvería a vivir mi vida como fué.

—¿Y si encontrara otra vez a aquella muchacha de cabellos de oro que dejó en Suecia, cuando partió para la India?

—¿Cómo lo sabe?— me pregunta con brusca ingenuidad.

—¡Oh, Charly! Esas cosas se saben...

Torna a quedar meditabundo, como si se acordara de él y se asombrara de mí. Su pasado, borroso ya, revive súbitamente. Después, para cambiar de tema, habla de los onas, con quienes un tiempo habitó, y del mar

austral, que recorrió tantas veces. Entretanto, yo contemplo en la bahía el viejo barco que intervino en la guerra de Crimea y que hoy es un pontón desde el cual se vigila a los confinados, para evitar tentativas de fuga...

41.—EL PIRATA IMAGINARIO

Me lo presentaron con la prevención de que era el hombre más pintoresco entre cuantos aventureros van por este mar. Todos lo llaman Pascualín, pero su nombre es Pascual Rispoli; un italiano cincuentón y afeitado; la estatura, mediana; los hombros, anchos; la mandíbula, recia; la boca, de dientes pequeños, bien apretada; el abundante cabello, casi rubio, desgredado en un lacio mechón sobre la frente, no muy espaciosa, pero enérgica. Todo su cuerpo está cargado de fuerza clétrica, y su alma, de vanidosa fantasía meridional.

—¿Y dónde ha nacido usted, Pascualín?

—A Napoli, a Torre del Greco. ¡Raza greca! ¡Raza fina!

Y muerde la z y la c con fuerte acento regional. y enseña su brazo blanquísimo, dibujado de venillas azules.

—¿Qué hacía usted allá?

—Navegaba. Tenía un bote en el golfo.

—¿Y por qué dejó su país, que es tan hermoso? Yo conozco su país: el agua siempre azul, el cielo siempre azul; no como aquí.

—¡Napoli!... Allá vive ancora la mia mama. Me ha escrito... Ma io voleva vedere il mondo, navigare...

Sigue así hablando en una especie de dialecto medieval, mitad napolitano, mitad romance español, con

gestos exuberantes y voz cantada, como un gringo de nuestros sainetes. Parece un tigre con malicias de zorro. Me cuenta cómo se embarcó para la América del Norte; pero allá, recién llegado a Nueva York, tuvo dificultades con la policía, por no estar sus papeles en forma, y se metió como obrero en un barco mercante que salía para Buenos Aires.

—Sbarcai a la Boca. ¡Oh, Babilonia! Io credevo andare lontano d'Italia, e me ritrovai nuovamente in Italia...

Y se ríe con una estrepitosa carcajada.

—Pochi giorni restai a la Boca. Voleva vedere nuovi paesi, nuova gente. Navegare.

Vino entonces a la ciudad de Magallanes, en el estrecho, en donde están sus hijos, y que ahora es el centro de sus actividades, aunque se lo tiene por un antiguo vecino de Ushuaia, porque el Beagle es como una avenida central en la cosmópolis del Archipiélago. Aparece de tiempo en tiempo en Ushuaia con su barquito y algunas mercaderías. Conversábamos ante el mar. Acababa de llegar con un pequeño cargamento de fruta. Suele enredarse en cuestiones con la Subprefectura, pero hay quien lo ampara con una simpatía muy humana.

—Dicen que usted es contrabandista.

—¡Oh, Babilonia! Contrabandista, ¿io? ¡Ma no, dottore! ¡Io sono pirata!...

Luego se explica: si él introdujera clandestinamente whisky o vino chileno, sería contrabandista; pero él, cuando viene de Magallanes, trae leche o manzanas, cosas buenas para la salud de los niños, según dice. Sus cuestiones con la Subprefectura y esas murmuraciones, las explica porque la gente de tierra no deja trabajar a los hombres de mar. Por eso Pascualín llama "Babilo-

nia" a todos los puertos y *chupalápices* a los burócratas de tierra.

—¡Oh, il mare! La vita'stá nel mare; nella terra, la morte. Il mare è fatto per l'uomo; la terra per lo chupalápice. . .

Lo dice con una gesticulación de convencido, con el puño teatralmente en alto, los ojos sombríos de rencor recóndito; luego el ceño se le despliega y la mirada plácida parece recrearse en alguna evocación marina. . .

—¿Y ha navegado mucho, Pascualín?

—Moltísimo.

Conoce todas las islas, todos los canales, los fiordos, los escollos. Ha cazado lobos y negocia en pieles. Según él, las señoras elegantes que en Londres llevan ricas pieles se visten con las que él cazó para venderlas a los agentes de los peleteros ingleses.

—He oído que usted, Pascualín, es quien hizo escapar del presidio a Radowsky, el matador de Falcón.

Pero él dice que no es cierto eso. Pascualín lo llevó en su "cuter" hasta Magallanes. Eso fué todo. No sabe quién lo hizo escapar. Él contrató el viaje simplemente, sin saber para quién. De ahí que no pudieran castigarlo.

La facha vigorosa de Pascualín, sus aventuras, sus exageraciones, su vanidad de pirata, me sugirieron esta broma:

—¿Y por qué no se vuelve a Italia, Pascualín? Dicen que aquello está muy lindo. Usted tendría allá un gran porvenir. Me han avisado que ahora usted es fascista.

Sonríe. Luego me explica: vino un propagandista del fascio a Magallanes; repartía camisas negras de lana; él pidióle dos para sus hijos y una para sí, porque las necesitaba a bordo; nada más.

—¿Pero usted admira a Mussolini?

—¿Mussolini? Sí. Un uomo di vendetta...

Me han referido anécdotas de Pascualín en su vida de lobero.

En Cabo de Hornos, bajó volando a la costa un albatros gigantesco y le arrebató su bolsa de provisiones.

Una vez, su compañero mató al tercer hombre de a bordo y arrojaron el cadáver al mar.

A pesar de estas anécdotas, Pascualín vive con el candor de un niño.

42.—EL CURA PARROCO

La iglesia de Ushuaia es un humilde edificio sobre el canal, con una torrecilla cuadrada, que emerge del caserío y se la ve desde las barrancas del pueblo. Las montañas que rodean el lugar con su arquitectura ciclópica tornan más triste aquel edículo de madera y cinc. Junto a la iglesia está la casa en que vive el padre Giacomuzzi, párroco del lugar.

He visitado al padre Giacomuzzi en su vivienda para hablar de los salesianos, la orden a que pertenece. Me recibe con afabilidad; viste hábito negro, muy lustrado por el uso; es flaco, bajito, de voz melancólica. Nació, según creo, en una de las regiones incorporadas a Italia después de la guerra mundial; habla el castellano con acento extranjero. No parece estar contento aquí; su ambiente es de soledad y de pobreza.

Empecé confesándole mi simpatía por los salesianos, porque es una de las pocas órdenes misioneras, y recordé de otras que en la época colonial evangelizaron en las campañas argentinas, pero que ahora prefieren la vida

de las grandes ciudades. Quizá las congregaciones, en su origen, han respondido siempre al espíritu de la época en que nacieron. Así ocurrió con la Compañía de Jesús en el siglo XVI y con los salesianos en el siglo XIX, cuando hasta el liberal ministro Cavour ayudó a Don Bosco en sus fundaciones.

—Estas cosas— agrega él— obedecen a los designios de la Providencia. Nuestra orden hoy se extiende a la India, China, Australia, Congo Belga y a esta región austral de América. Aumenta día a día el número de sus obreros— dice—, porque responde a una necesidad de nuestra época.

Al saber que yo estoy escribiendo sobre cosas locales me obsequia dos folletos salesianos para informaciones que puedan interesarme. Recordamos, de paso, la obra del padre Fagnano, el precursor; el libro del padre Agostini sobre Tierra del Fuego; el museo regional fundado en Punta Arenas por el padre Borgatello; el diccionario oná del padre Beauvoir; los estudios y trabajos de otros cofrades. Pero toda esa labor ha tenido su centro en Chile. Aquí, en la Tierra del Fuego argentina, casi nada se ha hecho. En la Candelaria de Río Grande sólo quedan unos dos o tres padres con pocos indios y unas abnegadas Hijas de María Auxiliadora con unas pocas indias ancianas. Aquí, en Ushuaia, no hay indios ya. La misión del padre Giacomuzzi querría realizarse entre los blancos, pero su capilla está casi siempre desierta. La capilla de Ushuaia es un galpón de madera, cuyo altar con imágenes nuevas y molduras policromas decora la única nave, entre paredes desnudas, en un ambiente sin calefacción y sin fieles.

Al proseguir la conversación sobre la labor misionera entre los indios, sobre su doctrina en la cárcel, so-

bre el sentimiento religioso de sus feligreses, noto que el señor cura habla con desencanto, sólo compensado por su fe y por una virtud que todos los vecinos de Ushuaia le reconocen.

Dícenme que en Punta Arenas acaban de hacer una importante donación para el asilo y el templo de María Auxiliadora; el señor cura recibe la noticia con alegría, pero es de notar el contraste de eso con su miseria. En Chile los salesianos viven con holgura; él, en cambio, no tiene sino la módica entrada de unos cuartujos de propiedad de la parroquia, que alquila a inquilinos más pobres que él. En Ushuaia nadie da nada para la iglesia.

En efecto, la población ushuaiana es indiferente al culto. En el penal reciben al cura con frialdad, y muy pocos presos asisten a su doctrina. Las autoridades y empleados nunca van a misa. En una de sus pláticas dominicales el párroco ha dicho, con ingenuidad conmovedora y en un castellano dialectal, que si ahora se ve gente en la iglesia es porque han venido forasteros al pueblo (los forasteros son los confinados políticos); pero que de los vecinos, algunos viven como bestias, sin preocuparse de las cosas divinas...

Tal vez haya exageración en estos juicios; pero si fuesen exactos, debemos pensar que más virtuosamente vivían los indios del Onaisín hace cien años. Vinieron después los misioneros protestantes y los católicos en pos de ellos para adoctrinar a onas y yaganes, y los indios han desaparecido. Ushuaia poblóse luego de presos, guardianes y vagabundos, y ésta es la nueva sociedad, toda de raza europea, que al señor cura desazona.

¿Pero es verdad que la población ushuaiana sea tan vituperable como el señor cura lo ha dicho públicamente en una de sus pláticas dominicales? Creo que no. Devota

no es, desde luego; pero no es mala. Yo he conocido aquí familias ejemplares, a cuya hospitalidad y virtudes estoy agradecido. Viejos vecinos refieren las vicisitudes de antaño; pero los hombres de garra se han serenado en éxitos humildes o se han resignado en el fracaso final. Disciplinada por el presidio y por los sueldos burocráticos, la población de Ushuaia es una de las más tranquilas de la República. Me han informado en la policía que rara vez ocurren contravenciones o delitos. Algún liberado del penal vive y trabaja honradamente. Así se da la paradoja de que Ushuaia parece poblada por la mejor gente del país; y esto lo digo con cierta vanidad, ya que ahora yo también soy vecino de ella. . .

En esta sociedad heterogénea, cosmopolita, desconcertante, el mismo padre Giacomuzzi es un ejemplo de sencilla virtud.

43.—UN PATRIARCA ANDALUZ

Don José Romero me recibe en pantuflas, vestido con un saco de solapas de seda; don José es andaluz, con medio siglo de residencia en Ushuaia; hombre corpulento, de cabeza cana y frente vigorosa; los ojos azules, la boca afeitada, pródiga en donaires, según la ley de su raza. Ha conservado el acento del Guadalquivir, lo que hace más pintorescos sus decires. Misterios de Eurindia, enigma de las migraciones humanas, andanza fatal del hombre sobre su planeta, que trae a arraigar en este confín de nieves a un hijo de tierras solares.

La conversación empezó, naturalmente, por un recuerdo que yo dediqué a la tierra de María Santísima. Le hablé de Sevilla, donde él naciera y donde yo estuve

ha muchos años; de la Torre del Oro, del Alcázar, de la Giralda, de todas las tradiciones criollas que remontan la historia hasta la Triana de los marineros coloniales. El tema sirvió como de ensalmo para desatar la lengua del viejo andaluz. De estas nostalgias sevillanas pasamos fácilmente a las memorias de su propia vida personal, que es lo que me interesaba.

—¿Cómo se le ocurrió a usted, nacido en aquella ribera de gentes alegres y de tan lindo sol venir a esta isla desierta y nebulosa?

—Le diré a usted. Mi padre había servido en la guarnición de Filipinas; al volver de relevo a España, naufragó en el Cabo de Hornos y fué asilado en Tekénica por los indios. Cuando yo era pequeño oíale referir aquel naufragio y encarecer la hospitalidad con que los indios lo trataron. El nombre de Tierra del Fuego, para mí, quedó asociado a esa leyenda de mi infancia. Ello puede haber influido en mi destino, aunque más bien creo que llegué hasta aquí por casualidad.

—Cuénteme usted cómo vino a América.

—Mi oficio es la mecánica. Para servir de mecánico entré en la armada española; pero me mareaba, no en cubierta, sino adentro, por el olor de las máquinas. Abandoné por eso la marina y pasé a Buenos Aires a buscar trabajo. Llegué el año 1888. Era yo joven entonces. El pedido de un mecánico, publicado en un aviso de periódico, me encaminó a ofrecer mi trabajo. “¿Para qué puede usted servir?”, me preguntó sentado en su escritorio un señor italiano que parecía el gerente de la casa. “He visto en la casa trilladoras y otras máquinas, le respondí. Yo podría armarlas o repararlas”. “¿De qué nacionalidad es usted?”, preguntó luego. “Español”,

contesté. Y al punto, sin averiguar otra cosa, me dijo: "Aquí no hay trabajo para españoles...".

—¿Eso dijo?

—Se lo aseguro a usted, señor. Salí de esa casa, ciego de bochorno y de ira. ¿Es posible que en una Nación de origen español y habla española se nos tratara con tal menosprecio? Me dirigí al puerto, verdaderamente aturdido. Era un sábado. Si en aquel momento hubiera visto partir un barco para España me habría metido en él para volver a mi tierra. Así anduve varios días, sin encontrar empleo, hasta que una persona me dirigió a un conocido suyo que debía venir a Tierra del Fuego y necesitaba un mecánico para establecer un aserradero en Lapataia. Hablé con él; me pidió certificados de mi competencia; como yo no los tenía, convinimos en que me trajera a Lapataia, y si yo respondía a sus deseos me pagara el viaje y mi trabajo, y si no, nada me debía. Costó cerrar el trato, porque si yo fracasaba él se perjudicaría y le sería difícil reemplazarme, dada la escasez de barcos que viajaran al Sur en aquellos años y de gente que quisiera venir. Así llegué a Tierra del Fuego.

—¿Y una vez aquí?

—Cumplí con ese hombre a satisfacción. Me instó a que me quedara a sueldo en el aserradero. Yo no acepté la propuesta. Quería conocer este país. Pasé a Ushuaia, donde el gobernador Godoy, que era un caballero y estaba fomentando los progresos de esta población naciente, me comprometió a montar aquí un aserradero local, con máquinas que él traería de Buenos Aires en un próximo viaje. El establecimiento sería una fuente de recursos y una industria indispensable a la edificación que comenzaba. Me asignó sueldo para obligarme, hasta que él volviera de Buenos Aires con las

máquinas; y, entretanto, yo partí a Punta Arenas. Allí me casé con la mujer que ha sido la madre de mis 19 hijos.

Don José me enseña entonces una fotografía en la que el patriarca andaluz, ya blanco de canas, aparece entre innumerables hijos y nietos, fueguinos todos. Después de felicitarlo por la progenie, yo lo induzco a proseguir su historia.

—En Punta Arenas me propusieron habilitarme en un negocio de bosques, pero yo no acepté porque le había dado mi palabra al señor Godoy. Para cumplirla regresé a Ushuaia. Monté el aserradero; trabajé mucho, y aquí estoy para servirlo a usted. Desde entonces no he salido de este lugar. Estoy contento rodeado de mi prole, y aquí habrán de enterrar mis huesos.

—¿Y qué tal era Ushuaia cuando usted llegó?

—Pues no había más calle que la costanera, y muy pocas casas, de madera, como ahora. En la península estaba todavía la misión inglesa. Los indios, algunos vestidos de pieles, llegaban hasta aquí, pero eran mansos. Uno de los chorrillos más grandes pasaba cerca de donde hoy está la iglesia, y había sobre él un puente, que llamábamos el Puente de los Suspiros.

—¿El Puente de los Suspiros? ¿Y por qué?

—Porque de noche, en la oscuridad, si alguien pasaba por el puente, oía los quejidos de alguna india echada en la hierba del campo... ¡Gentilezas de los primeros pobladores!...

Don José epiloga su anécdota con una gran risa, y sigue contándome, con su hablar seseado, otras cosas de la Ushuaia primitiva. Las cuenta con calma, un poco socarrón, aunque lleno de bonhomía. La salud del cuer-

po le luce en las sonrosadas mejillas; la paz del alma, en los ojos serenos.

44.—VIEJA PATRICIA

—No deje usted de visitar a la señora Fique —me decían. Es muy viejita y está enferma en cama, pero podrá servirle para sus notas fueguinas. Es la primera compatriota que se radicó en Ushuaia.

La señora Fique es dueña de la casa llamada "El primer argentino", por haber sido su esposo, el finado Fique, el primer argentino que edificó aquí su morada.

La señora habita en la calle Gobernador Godoy, hacia el Oeste, allá donde la población concluye al pie de unas colinas. Esa tarde de mayo, bajo la llovizna fría, voy con otros amigos a visitarla. Entramos en la vivienda de la señora, que nos esperaba en su lecho de enferma. Pasamos por un vestíbulo adornado de "nudos", trozos de un árbol local deformado por ciertas excrescencias que les dan raras formas decorativas; los más pequeños sirven para floreros, los más grandes para macetas. Este ingenio doméstico que hoy se ofrece a los viajeros como una curiosidad de la flora fueguina data probablemente de la época en que la señora Fique llegó a fundar aquí el primer hogar argentino.

Fuimos recibidos en el comedor por los nietecitos de la fundadora. En torno de la mesa preparaban sus deberes escolares. Conversé un instante con ellos, hasta que el padre de esos niños, el joven Fique, nos hizo entrar en el dormitorio.

Los visillos velaban la luz de la alcoba. En la penumbra de un rincón estaba la cama de la enferma. Sobre la almohada yacía una cabeza de desgredada ca-

bellera blanca: la faz pálida y descarnada, de enérgico trazos virilizados por la edad; la frente fugitiva, ensanchada por la calvicie; los ojos castaños, encendidos de energía en las órbitas hondas por los años; la nariz aguileña, la boca sumida, el mentón saliente. La anciana tendióme la larga mano con dulzura y volvió a posarla con abandono sobre las colchas que cubrían su cuerpo.

—Aquí me tiene usted, doctor, inutilizada por tantos achaques, a pesar de lo guapa que he sido. Siento fuertes dolores, que no me dejan dormir. Tengo la pierna derecha paralizada y con una gran hinchazón. ¿Quiere verme?

Hizo un ademán para descubrirse.

—Perdone usted, señora. Yo no soy médico. Pero sé que está en muy buenas manos. Su médico, el doctor Güemes, me ha dicho que todo eso pasará muy pronto.

—¡Quién sabe! Ya soy muy vieja. Le habrán contado que soy la primera argentina que vino a Ushuaia.

—Sí, señora, y me interesa oírle sus memorias.

—¡No sé por dónde empezar... ¡Tantos recuerdos!

Se hizo un silencio en el aposento sombrío. Después empezó su historia con voz cansina. Hablaba con un limpio acento castizo de porteña del siglo pasado; mujer de temple y de no escasa inteligencia natural.

—Fique, mi marido, se formó en Buenos Aires, al lado de los Mulhall, que tenían imprenta. Con ellos aprendió el inglés y la tipografía. Nos conocimos entonces y me dió palabra de casamiento. Después el capitán Laserre lo trajo al Sur, cuando vinieron a ocupar los argentinos esta isla. Mi mamá creyó que él ya no volvería; pero yo no perdí la fe. Lo nombraron para la subprefectura de San Sebastián. Pasó el tiempo; y, según yo lo esperaba, un día llegó una carta de él. ¡Po-

re! No había olvidado su promesa y quería cumplirla. Me proponía que viniera en el primer barco para casarme aquí, o, de no, me aconsejaba que lo esperase hasta que él pudiera ir a Buenos Aires. Yo estaba dispuesta a todo; pero mi mamá no quiso que una muchacha joven se embarcara sola para un lugar tan distante y desconocido. Así le contesté. Más tarde Figue se presentó en Buenos Aires y nos casamos. Yo le dije a mi mamá que sentía dejarla; ella me contestó que era deber de una mujer acompañar a su marido donde, por su trabajo, tuviera necesidad de vivir. Nos embarcamos en el *Villarino* y me llevó a su casita de San Sebastián. Hace medio siglo. Desde entonces no he vuelto a Buenos Aires.

—Aquello ha cambiado mucho.

—Esto también ha cambiado mucho.

En San Sebastián, sobre el Atlántico, Figue salió un día en su lancha para ir a bordo de una nave que navegó lejos de la costa. Al volver a tierra lo tomó una tempestad y naufragó. La señora cuenta sus inquietudes de aquel día, cuando llegó la noche sin que él hubiera regresado. Nada sabía de lo ocurrido. Por fin, a altas horas, resultó que habían encontrado el cuerpo arrojado por el mar a la playa. Lo trajeron a su casa medio hogado. Lo hicieron tomar alcohol y le dieron fricciones hasta que volvió a la vida. Espantoso drama que la señora refiere con emoción.

Acababa de fundarse Ushuaia; Figue pasó a esta subprefectura. Abrió una casa de comercio —“El primer argentino”— y desde entonces vivieron aquí. La señora describe cómo era el pueblo naciente:

—Los bosques llegaban hasta la ribera y se empezaba a desmontar, para hacer lugar al pueblo y aserrar

la madera. Muy pocas casas, todas de madera. Muy poca gente, y los más eran indios. Todavía estaba la misión inglesa en la península. Todavía andaban los yaganes en sus canoas de corteza de árbol. Todavía andaban los onas con sus mantos de piel de guanaco. El pueblo fué progresando después. Hubo muchos gobernadores: el capitán Félix Paz, don Mario Cornero, Félix Carrié, Esteban de Loqui, Fernández Valdez, el coronel Molina, José María Gómez y Jorge Siches, el que ahora está. A todos los he conocido, pero el más progresista fué el gobernador Pedro Godoy, por quien se dió el nombre a esta calle en que vivo.

La anciana se deja llevar de sus recuerdos y colma de datos su conversación. Rememora a los que han ido muriendo y a los pocos que sobreviven. A veces vacila en algún nombre o en alguna fecha. Se queja del abandono en que los gobiernos de Buenos Aires tienen sumida a Tierra del Fuego. Se queja de que no dejen explotar los bosques y de que distribuyan tan mal las tierras fiscales. Su hijo, que asiste a nuestro coloquio, ha pensado en trasladarse a trabajar en la isla chilena de Navarino, porque allá dejan explotar los bosques; pero la madre no quiere eso. Es muy patriota esta vieja porteña, y prefiere que su hijo viva y trabaje en Ushuaia, porque aquí ha nacido. Habla de su patria con un sentimiento casi religioso.

Al retirarnos, traspuesta ya la puerta del dormitorio, oigo que la anciana enferma dice en voz alta, esforzando la voz desde su lecho:

—*No se olviden de este pedazo de tierra argentina.*

Mensaje que parece el clamor de esta Isla y de la antigua raza criolla al borde de su tumba.

Veo pasar alegres por la calle, todos los días, a los niños que van a la escuela, con sus delantales blancos, los rostros sonrosados por el frío. A pesar de ser verano, época de vacaciones en el Norte, están en función las clases; aquí las vacaciones transcurren en invierno, porque la lluvia y la nieve obligan entonces a la reclusión doméstica. Ésta es la única adaptación de la escuela de Ushuaia a su propio ambiente.

El edificio ha sido últimamente construído todo de madera, con techos de cinc. No es un acierto la elección del lugar, ni la distribución de sus dependencias, ni los materiales elegidos para la construcción. El lugar es un plano inclinado desde la calle Godoy hasta la costanera, en la manzana que ocupa también la policía, de modo que para nivelar ha sido menester dejar un hueco en el subsuelo, con lo que la casa resulta un resonador tempestuoso durante los recreos, por ser de tablas, y sobre un sótano, el piso de los corredores. A pesar de todo ello; ésta es una excelente escuela por su iluminación, amplitud y abrigo. En ella observo reunidos a los niños de Ushuaia, todos de buen aspecto.

La población escolar llega a 180 alumnos en dos turnos, matinal y vespertino, y es de origen cosmopolita como sus padres; criollos o españoles la mayoría de los empleados; criollos, españoles, yugoeslavos, chilenos, el resto del vecindario. Los pocos niños que presentan rasgos de atavismo indígena descienden de chilenos del Sur, con algo de chilotes o araucanos. Hijos de onas o yaganes, los viejos habitantes del país, no vi ninguno. Ausencia como de muerte. . .

Hacia la frontera chilena de Neuquén, en San Martín de los Andes, visité en 1915 una escuelita que durante años no había sido visitada por el inspector; la maestra, una educadora abnegada, no podía enseñar geografía argentina porque el mapa estaba ya desconchado de tan viejo, ni podía enseñar el Himno Nacional porque el disco del fonógrafo no menos viejo sonaba ya como unas locas peteneras. Esto es el fruto de lo que la burocracia metropolitana defiende con celo centralista. La salvación estará en un cambio de sistema administrativo y filosófico, dando a los vecindarios lejanos, padres y maestros, el cuidado y la responsabilidad de sus escuelas, sin que esto signifique que la autoridad central haya de renunciar al control disciplinario y pedagógico.

¿Qué inconveniente habría para que el gobernador, por ejemplo, tuviera jurisdicción sobre la única escuelita primaria y presidiera una comisión de padres y dispusiera de recursos inmediatos para proveer a las necesidades de la enseñanza? Pero no: la escuelita depende del Consejo Nacional de Educación, cuerpo autónomo, con sede en Buenos Aires, a dos mil millas de distancia y sin comunicaciones frecuentes. Inspectores, casi no llegan hasta aquí, porque, además, barcos no vienen sino de tarde en tarde. Todo se maneja por expedientes en Buenos Aires, lentos, deshumanizados, rutinarios en sus fórmulas de papel y tinta. Aun así, eso no es lo peor, sino el plan de estudios, igual que para la capital populosa o el Chaco tórrido enclavado entre viejas provincias. Sin horizonte profesional para los que concluyen el ciclo primario, los programas no responden a necesidades locales ni a vocaciones que podrían servirlos.

He visitado la escuelita de Ushuaia en horas de cla-

ses; he oído algunas lecciones, he dirigido preguntas a los alumnos. Mi impresión fué de limpieza en la casa y de orden en las aulas. No es inferior la de aquí a otras escuelas nacionales, de la Patagonia, por ejemplo. Hasta encontré un mapa de Tierra del Fuego, en relieve y colores, bueno aunque tosco, pero hecho en el establecimiento. Los niños me parecieron inteligentes y de buena salud, con aspecto muy superior al de los niños de otras regiones argentinas.

Sin embargo, algunos padres no estaban contentos de la escuela. Examiné en su casa al hijo de un antiguo vecino, y aunque ha cursado hasta quinto grado, comprobé cuán numerosas son las cosas elementales que ignora y su falta de nociones sobre el medio ambiente fueguino, su tradición, sus posibilidades económicas. Una señora que ha educado aquí su familia me manifestó fundadas quejas por la falta de oportunidades para los jóvenes que deseen proseguir estudios, así sea en oficios mecánicos o profesiones modestas. Los esposos González me dijeron que con gran dolor y cuantiosos gastos e inquietudes, habían tenido que mandar sus hijos a Buenos Aires para carreras de artes e industria. La distancia y el aislamiento agravan, así, las rutinas de la burocracia.

Los programas y métodos de la escolita de Ushuaia son los mismos de los demás establecimientos primarios dependientes del Consejo Nacional de Educación; absurdos del centralismo legislativo. En nombre de un mal entendido nacionalismo se pierden de vista las realidades regionales que en su conjunto forman la Nación. Tierra del Fuego necesita moldear su enseñanza sobre su propio ambiente, para servir a sus necesidades, con planes, métodos y material didáctico propios. La selec-

ción de maestros educados para esa función y especialmente preparados, tiene que ser la base humana de esta reforma. Mejoras de sueldos, abreviación del retiro, otorgamiento de tierra en premio, después de años de servicios continuos a la región, deberán ser el lauro de la aptitud y consagración especial que para esa misión se les exija.

Tierra del Fuego, que necesita reformas legislativas para dotarla de un régimen de gobernación adecuado a sus particulares caracteres de isla distante y rica, requiere asimismo una reforma en sus instrumentos de educación.

46.—EL CLIMA Y EL HOMBRE

Interesa a la civilización argentina fijar bien la verdad sobre el clima fueguino, para destruir ciertas leyendas y para atraer población.

La latitud de Tierra del Fuego corresponde en el hemisferio Sur a la de Dinamarca y está con relación al polo austral como Noruega con relación al polo Norte. La temperatura en el estío no es tan intensa como suele decirse: ha descendido a 15° bajo cero en invierno y ha subido en verano a 25°; el termómetro oscila en promedios de —6° y +16° anuales, siendo los meses de febrero y julio los de cifras extremas. Temperaturas más bajas hay en Rusia, aunque más constantes.

Lo que hace del territorio fueguino una comarca inclemente no es tanto el frío, mayor en otras latitudes habitadas por el hombre, ni la nieve, cuya virtud es más bien saludable, sino la inestabilidad atmosférica y la influencia de las corrientes polares. Pero yo he conocido una atmósfera semejante en las costas de Escocia,

sobre el Mar del Norte, donde, sin embargo, la planta humana crece con vigor físico y mental.

El Reverendo Bridges, que vivió aquí cinco lustros como misionero, ha escrito que no vió dos años iguales, ni dos estaciones iguales, ni dos días iguales. En varios meses, yo he experimentado cambios propios de diversas estaciones, y agregaré que no vi dos horas iguales. Tantas mutaciones son molestas pero no mortíferas. La civilización, por otra parte, consiste en dar los medios de atenuarlas, como en otros países ha ocurrido.

Cuando llegué en enero, la sobremesa de la noche se prolongó hasta las 23 con luz del día, que entraba por el ventanal del Norte en nuestra vivienda. Ahora que estamos en los primeros días de mayo, es necesario encender las lámparas a las 5 de la tarde. Los crepúsculos, que fueran largos en abril, se han acortado, y anochece bruscamente, en un nebuloso ambiente invernal o "nórdico", de tragedia ibseniana; pero tal escenario, que recuerda el final de *Espectros*, no empece a la vida; y la muerte de Osvaldo no provino de causas climáticas.

Haya sol o nubes, puede anotarse que desde el punto de vista de la adaptación humana al medio, ésta es una tierra donde la vida puede prosperar. Me anuncian viejos vecinos que junio y julio suelen ser terribles y que, llegada la estación cruel, es necesario pasarse en reclusión completa, bloqueados por la nieve u hostigados por el viento y el frío. Así ocurre también en Rusia, en Suecia, en Islandia, en Canadá, en Escocia, donde, no obstante, prosperan sociedades sanas y laboriosas.

Si las condiciones favorables de un ambiente geográfico han de medirse por sus espontáneas expresiones biológicas, Tierra del Fuego puede ostentar en las costas

su abundante fauna marina; en la montaña, el magnífico desarrollo de sus selvas; en el aire, el estupendo ejemplar de la "diomedea exulans", albatros gigante que mide tres metros de punta a punta de sus alas abiertas y que puede volar doscientas leguas sobre el océano en tempestad. "Por más terrible que parezca el clima —escribió Darwin sobre este país—, los árboles, siempre verdes, crecen admirablemente". El naturalista inglés referíase a unas hayas de hojas perennes y de tronco enorme, de cuya madera se hacen aquí las casas y los muebles. Como esas hayas eran los onas.

El aire puro es aquí saludable, salvo para los enfermos o para los que vivan en condiciones antihigiénicas. La morbilidad y la mortalidad dan aquí cifras normales. La tuberculosis y el alcoholismo causan aquí sus víctimas como en Buenos Aires y otras comarcas del globo, pero no provienen del clima sino de las condiciones sociales. Los indios yaganes, que no se emborrachaban ni fumaban, no conocieron enfermedades pulmonares. De ellos dice Barclay en el prólogo al *Diccionario* de Bridges: "el uso del fuego les permitió mantenerse fuertes en una existencia realmente espartana". Se ha dicho que el hombre no puede vivir dentro del círculo ártico o antártico sin reparo de ropas, y sin embargo los yaganes vivieron aquí casi desnudos en sus frágiles canoas y los onas casi a la intemperie en sus chozas abiertas. Los onas que principalmente habitaron en la pampa fueguina con salida al Beagle, al Magallanes y al Atlántico, asombraron a los viajeros por su estatura prócer, su resistencia corporal, su agudo espíritu.

La experiencia con el hombre blanco está hoy plenamente realizada. En el Onaisín se han aclimatado, de un modo admirable, mujeres y hombres procedentes de

Europa. Como en sus patrias de origen, el blanco podrá mañana crear en Tierra del Fuego una sociedad laboriosa, ayudado por los recursos de la civilización. Los hijos de los pastores Lawrence y Bridges, nacidos aquí, pasan de los sesenta años y viven sanos, apegados a la isla natal. He conocido aquí a un napolitano contento y a un andaluz septuagenario, abuelo de muchos nietos fueguinos. Hay aquí una colonia de correntinos que hablan guaraní y recuerdan su tibio terruño, pero que viven en perfecta aclimatación. Los niños que aquí he visto en la escuela local son inteligentes, alegres y sanos. De este vivero han salido ya hombres laboriosos y notables ejemplares de belleza femenina, como las señoritas de Lombardich, González y Sáenz, educadas en Buenos Aires y dotadas de gustos artísticos.

Después de tales comprobaciones ya no es posible repetir las patrañas que sobre el clima fueguino se inventaron hace medio siglo para ahuyentar pobladores, crear latifundios y justificar presidios. La experiencia las ha contestado, aunque nuestro gobierno sigue creyendo lo contrario. En las regiones frías se forman las razas más fuertes.

47.—UN NAVEGANTE SOLITARIO

Descendía hoy la calle Dreller para firmar el libro de presencia en la policía cuando me topé con un extranjero recién llegado: un joven lampiño, de tipo sajón. Su acompañante se detuvo para presentármelo. Resultó ser yanqui el forastero, y andaba en exploración por los canales, con los auspicios de una sociedad geográfica de

los Estados Unidos, según me declaró. Toma fotografías y notas, destinadas a aquella sociedad.

La goletilla de este viajero misterioso está fondeada en la bahía y desde la loma donde nos encontramos podíamos verla. Conversamos de su aventura y de la mía; pero a él sólo le interesa el Archipiélago con sus abrigos y caletas. Nuestra situación política no parece despertarle interés: él no se ha especializado en etnografía, y mi situación de confinado concierne al estudio de los pueblos primitivos...

Cuando me separo del joven geógrafo norteamericano, me voy cavilando sobre si realmente irá por aquí en expedición científica o en pesquisa industrial o en curiosidad militar.

El descubrimiento del Canal de Beagle mereció atención de los navegantes, porque abrió un nuevo paso entre los dos grandes océanos, sucedáneo del Estrecho de Magallanes, y porque además sirvió para evitar la ruta del Cabo de Hornos, temida por su desolación, dada la frecuencia de naufragios en el tempestuoso océano austral. Si en la economía mundial estos caminos han perdido importancia con la apertura del Canal de Panamá, podrían recobrarla si el Canal de Panamá fuera cerrado o destruido por aviones en una guerra. Ello podría explicar una previsora curiosidad yanqui por estos lejanos canales, aparentemente ajenos al sistema territorial de los Estados Unidos y de su defensa.

Contrasta con esa curiosidad de los extraños nuestra indiferencia argentina, aunque el tráfico del Sur tiene en sí mismo gran importancia para nosotros los habitantes de esta parte del mundo. Nunca repetiremos suficientemente esta verdad, y debemos repetirla para inculcarla en la conciencia del pueblo argentino y de sus gober-

nantes, que han vivido hasta hoy sin comprender la magnitud de los problemas de seguridad y de riqueza vinculados a Tierra del Fuego y a toda la zona de los mares australes.

Los ingleses que, desde hace trescientos años, saben geografía y que han edificado su imperio sobre ese anticipado conocimiento de los mares y pasos de continentes, ocuparon ya más de un siglo las Malvinas y allá se realizó en la Guerra Mundial el mayor combate de la escuadra británica con la de sus rivales germánicos. Estos últimos, una vez derrotados y perseguidos, vinieron a esconderse en el Canal de Beagle, cuyos recovecos ribereños conocían bien. En Ushuaia hubo un vecino germánico que les sirvió de baquiano para el escondite y hasta para llevarles provisiones, según él mismo lo ha contado. Sólo nosotros no sabíamos que eso era posible en las Malvinas y en Ushuaia, al llegar una hora crítica para el mundo. La mentalidad ganadera y pampeana de Buenos Aires carece del sentido ecuménico del mar, en cuyo ámbito se ha desenvuelto la civilización moderna. Si reocupáramos las Malvinas, quizá no se nos ocurriría otra cosa que poner allí un presidio, análogo al de Ushuaia, donde ahora estoy.

Al ver desde la escalinata de la policía, que está frente al muelle, el barquito del yanqui, me vuelvo recordando a tantos otros viajeros solitarios y misteriosos —Byron, Cook, Fitz-Roy— que llegaron al Archipiélago en tiempo de los onas; desafiaron tempestades, sin temor a naufragios, levantando cartas geográficas, recogiendo informaciones marinas.

Por este Archipiélago pasó en 1708 el navegante inglés Woodes Rogers, que llegó en el Pacífico a la Isla Juan Fernández, donde encontró al solitario Alejan-

dro Selkirk, cuya existencia inspiró a De Foë la creación de Robinson Crusoe, que es hoy un mito universal. El mito de Robinson no ha perecido: vive aún en la política sudamericana.

Si el joven geógrafo norteamericano hubiera demostrado más fantasía y humorismo, yo habría inventado para él la fábula de que yo soy un náufrago de "la nave del Estado" y que, arrojado hasta aquí por las tempestades, procuro reconstituir imaginariamente mi civilización de origen, con los restos que salvé de ella: el Himno, la Constitución y unos versos de Martín Fierro, a quien malas autoridades arrojaron también a la frontera. Pero nada le dije de esto, porque sentí rubor y porque el yanqui no me hubiera comprendido.

48.—LA AUSENCIA ARGENTINA

En la historia de las navegaciones australes, dos cosas hieren el sentimiento patriótico: la profusión de nombres extranjeros y la ausencia casi total de nombres argentinos.

Cuando vinieron nuestros marinos, navegaron con cartas inglesas y llegaron a costas bautizadas en lenguas exóticas, según se puede ver en los mapas. La Isla de los Estados, por ejemplo, hállase bordeada de estos nombres en sus numerosas bahías: Grossley, Flinders, Hoppner, Cook, Parry, Basil Hall, Back, Blossom, Vancouver, Grant, York, Franklyn, Black, Mary, Brent. . . Y como esto ocurre en una isla desierta y los argentinos han olvidado que esa tierra nuestra se llama Isla de los Estados por los Estados de Holanda, cuando yo la vi al pasar la rebauticé en mi "diario de a bordo" nombrán-

dola "Isla de los Estados... de sitio", para darle a su antigua denominación un sentido más actual y nacional.

Admirable fué la intrepidez de los españoles cuando en el siglo XVI vinieron hasta el Estrecho de Magallanes a fundar la Colonia Sarmiento, que Cavendish destruyó, y admirable la virtud de los mismos cuando después circunvalaron por primera vez toda la Isla del Fuego e hicieron la cartografía de la costa patagónica hasta sus límites australes. La Argentina, que invocó títulos de España para sucederla en sus dominios del Sur, no supo continuarla en sus empresas. No la emuló ni en la acción ni en el estudio.

Barcos de otras banderas llegaron movidos por ambición imperialista o sordidez comercial; pero los viajes realizáronse aún a despecho de naufragios, y así fué quedando un acervo de experiencias útiles para nosotros y para toda la humanidad.

Después de los descubridores geográficos —Pigafetta y su libro, Cook y el suyo— vinieron varias expediciones científicas, para conocer los mares, las costas, los pasos, las islas, los vientos, los recursos y condiciones de la vida fueguina. Sobre todo después del viaje de Fitz-Roy las expediciones de diversas banderas se multiplicaron.

Una expedición alemana, la del capitán Phiddeman en el acorazado *Albatros*, navega los canales (1883); una expedición francesa, la ya recordada de Le Martial, encargada por la Academia de Ciencias de París, observa fenómenos físicos (1882); expediciones italianas, la del Dr. Giglioli (1866) y la de José Palumbo (1882), estudian el Estrecho. Una expedición sueca, la del doctor Nordenkjöld, se interna en la Ensenada del Almirantazgo (1895); otras de la misma nación, posterior-

mente, con los profesores Zuensel, Haller, Scottsberg, exploran el Valle Betbeder y el Río Rojas en el interior de la Isla Grande. Corresponde también a nuestros días la expedición del sacerdote italiano Alberto M. de Agostini, que realizó marchas de estudio y proezas de alpinismo en la primera ascensión al Monte Olivia. Asimismo es reciente la aventura aérea del capitán alemán Gunther Plüschow, el primero que voló sobre la Tierra del Fuego. Casi todos los exploradores citados escribieron sobre sus empresas.

Pocas regiones del globo ofrecen, como el Onaisín, visión tan cosmopolita en su historia. Todas las naciones diéronse cita aquí, pero hasta 1880 la nuestra estuvo ausente; verdad amarga que es necesario divulgar en nuestro propio interés. Si ocultamos nuestras faltas, no podremos corregirnos de ellas ni preservarnos de sus consecuencias.

En 1881 llegó la primera expedición con los auspicios de nuestro gobierno; pero partió de Montevideo, dirigida por Giacomo Bove, italiano, como lo eran también sus colaboradores: el geólogo Domingo Lovisato, el zoólogo Decio Vinciguerra, el botánico Carlos Spengazzini, el dibujante Roncagli. Serviales de práctico el comandante argentino Luis Piedra Buena, patriota intrépido, desinteresado, conocedor de estos mares, a quien poca justicia le hicieron en vida.

Tiempo después realizóse otra expedición a la costa argentina de Tierra del Fuego, desde la bahía San Sebastián hasta la de Tetys; la dirigía nuestro compatriota Ramón Lista, pero traía colaboradores extranjeros, entre ellos el doctor Segers, médico belga.

Cincuenta años habían pasado desde entonces, cuando a bordo del *Chaco*, en mi viaje del Plata al *Beagle*,

me asombró ver en ese transporte de la Armada Nacional que el mapa colocado en la cámara para informar de la navegación, era una carta británica de tiempos de Fitz-Roy, con la toponimia en inglés: la Confederación Argentina ("Argentine Confederation") está señalada como país diferente de "Patagonia", *res nullius*. Este caso es elocuente de por sí: oficiales de nuestra armada, al conducirme preso a bordo, navegaban con cartas extranjeras, en nuestras propias aguas territoriales, medio siglo después de que el Sur fué jurídicamente incorporado a la soberanía nacional.

49.—BIBLIOGRAFIA FUEGUINA

La literatura argentina cuenta con algunos libros destinados a la divulgación de lo que es Tierra del Fuego; pero ninguno de ellos apareció con auspicio oficial. Recuerdo esas obras: *Tierra del Fuego*, de José Manuel Eizaguirre, formada por crónicas de viaje publicadas en el periódico "Sud América" (1897); la *Australia Argentina*, de Roberto J. Payró, artículos publicados por "La Nación" (1898); *En los mares australes*, de José S. Alvarez (Fray Mocho), descripciones escritas sin que el autor hubiera visitado los mares del Sur (1898); *Los Onas*, de Carlos Gallardo, volumen bien ilustrado que apareció en edición particular (1910); y *Viaje al interior de la Tierra del Fuego* (1906), de Eduardo Holmberg (hijo), cuyo autor se firma "Naturalista viajero del Ministerio de Agricultura", pero él mismo dice en el prólogo que su manuscrito quedó varios años en el cajón burocrático a la espera de un ministro amigo que ordenara su edición, . . . Todos estos libros contienen

útiles noticias sobre la vida fueguina; pero los gobiernos se desentendieron de ellos, dejándolos envejecer.

Después de dichas obras, durante un lapso de muchos años, el tema fueguino quedó un tanto olvidado, hasta que empezaron a aparecer estudios históricos de Ratto y Caillet-Bois sobre antiguas navegaciones australes, de especial interés para nuestros marinos, y vivaces crónicas de Braun Menéndez que principalmente se refieren a la región de Punta Arenas, y *La tierra maldita*, de Lobodón Garra, libro de cuentos llenos de color local, cuyas anécdotas ocurren en Chile, en Patagonia, en Malvinas, bien que hay en él episodios referentes a la vida en esta Isla. Cito dichas obras al azar del recuerdo y sin medios para dar una bibliografía completa.

La literatura mundial documenta el carácter cosmopolita de las empresas que sacaron al Onaisín de su misterio insular, hasta que el mundo llegó a conocerlo. El Onaisín era argentino, sin embargo; pero los argentinos no se arriesgaron hasta él, sino cuando los extranjeros habían completado el descubrimiento, exploración y estudio de estas regiones. Ello es verdad sobre todo para la producción científica. Si algunos casos excepcionales pudieran mencionarse en contra, no invalidarían el amargo aserto.

The Museum of the American Indian, de Nueva York, ha publicado en 1928 una monografía intitulada *The indians of Tierra del Fuego* (244 páginas), trabajo recomendable por la precisión de su método, dirigido por Samuel Kirland Lothrop, que residió en el territorio estudiado. Su bibliografía, de la mayor seriedad y de estricta localización, agregada a la obra, es pobrísima en autores argentinos, a menos que contemos como ta-

les a Lahille o Lehmann-Nitsche, especialistas europeos que han trabajado en nuestro país. Casi todo lo citado en español es producción chilena, salvo tal cual memoria etnográfica o lingüística; por ejemplo, una del argentino Vignati. Si algo omite Lothrop es porque no ha tenido difusión o porque sale del terreno científico.

Los trabajos nacionales sobre Tierra del Fuego débense a extranjeros o a excepcionales autodidactos argentinos. El antiguo Instituto Geográfico, la Sociedad Científica Argentina, el Museo de La Plata, el Museo de Historia Natural "Bernardino Rivadavia", y algunas oficinas técnicas del Estado o de la Universidad de Buenos Aires, han realizado trabajos todavía inéditos o impresos en monografías para especialistas, y de escasa difusión; pero ha faltado un plan sistemático para el conocimiento completo de este territorio, con miras a una inteligente acción de gobierno.

Su posición estratégica sobre una vía interoceánica en el Archipiélago, su línea interior de frontera internacional con Chile, su tradición cosmopolita, su despoblación afligente, sus riquezas y bellezas, enuncian los motivos que reclaman aquí una acción nacional enérgica y premiosa, condicionada por las peculiaridades fueguinas. Hay que rectificar la obra anterior, planeando otra nueva.

Cuando fuí rector de la Universidad de Buenos Aires, se convino con el Ministerio de Marina que dos buques hidrógrafos —el *San Luis* y el *San Juan*— harían sitio a comisiones de la Universidad y de los Museos para estudios hidrobiológicos; éste fué uno de los argumentos civiles que se invocó en el Congreso para obtener los fondos destinados a la adquisición de esos barcos. Uno de los mismos hállase actualmente de

estación en la Isla de los Estados; ha venido por provisiones a este puerto, pero no trae ninguna comisión científica. Sólo viene el botánico Castellanos, del Museo de Historia Natural, que ha obtenido por propia iniciativa un puesto a bordo, para estudiar un ensayo de siembra triguera que ha tiempo aconsejó y cuyos resultados podrán ser de consecuencias económicas.

Será necesario en lo futuro editar una *Biblioteca fueguina* con todo lo que se ha escrito sobre Tierra del Fuego, desde los primeros navegantes hasta hoy, y ella deberá ser indispensable punto de partida para proseguir los estudios científicos, actualizar las noticias y fundar en ellas el plan de gobierno que espera de la Nación esta parte olvidada del suelo argentino.

Debemos, pues, a la curiosidad de naciones remotas o a la ciencia de sabios extraños el conocimiento actual de esta región, argentina sólo de nombre, pero extranjera hasta por la procedencia de sus actuales propietarios y peones. El propio gobierno nacional así la considera, al convertirla en tierra de extrañamiento para ciudadanos argentinos. Estar confinado aquí es como estar fuera de la patria, y mi actual estudio de la Isla en fuentes exóticas completa esa impresión de destierro.

50.—ELABORACIÓN DE ESTE LIBRO

Tiene Ushuaia una escuelita primaria, la única, y una flamante biblioteca popular con el acostumbrado nombre de Sarmiento; la escuelita carece de programa regional y la biblioteca carece de libros especiales para el estudio de la Isla desamparada. Imagino que con el tiempo todo esto se remediará, dando a la escuela un

programa regional y a la biblioteca un fondo adecuado a propósitos locales, y será menester agregarles un museo análogo al de Punta Arenas, para refundir los tres establecimientos en un Instituto Fueguino, de necesaria fundación.

Pido en la Biblioteca Sarmiento el libro de Cojazzi sobre los indios fueguinos, y no lo tienen; pido el de Lothrop sobre el mismo asunto, y tampoco lo tienen; pido el de Fitz Roy, descubridor del Beagle, y tampoco lo tienen.

Como en Ushuaia lo que se hace o conversa de día se sabe por todos a la noche, a la mañana siguiente se presenta en mi cuarto el propio gobernador y me dice:

—He sabido que usted anda buscando el libro de Fitz-Roy, y aquí le traigo mi ejemplar, porque a usted, Sr. Rojas, debemos aprovecharlo, ya que está escribiendo sobre Tierra del Fuego. Yo también quiero que en Buenos Aires conozcan este territorio, porque allá no lo conocen.

Agradézco, en la forma debida, tan ingenua cortesía, sobre todo porque ella estimula iguales ofrecimientos de otros vecinos antes retraídos por temor. Así me dan diversas obras por las que me oyen preguntar. Gracias a estos auxilios, consigo reunir un pequeño caudal de fuentes para mis notas fueguinas. Mapas, fotografías, estadísticas, informes verbales, van llegando sin esfuerzo.

Con esos mismos materiales y mis propias observaciones podría haber compuesto una novela; pero no he querido hacerlo, porque en tal caso habría debido adentrarme en el alma de mis personajes, desvaneciendo el panorama externo con su belleza y el problema humano con su dolor, tan punzante en la realidad. La vena vir-

gen está esperando acá las creaciones del arte, pero antes de tallar la joya han de abrirse los socavones de la mina.

El tema de estas notas ha venido pasando desde la belleza del paisaje y el mito hasta la verdad desnuda de la tradición documental y de la observación directa, gama extensa de un argumento que exigía una vez el tono de la emoción y otra vez el laconismo del hecho real, frecuentemente angustioso.

Hay un punzante dolor en esta parte lejana pero vital del territorio argentino; un dolor inexplicado y resignado. Yo he oído a la nueva gente que hoy puebla esta Isla, y nadie está contento. La belleza del paisaje contrasta con la obra negativa de los gobiernos, y esto aquí se sabe. Nadie ignora las causas del dolor fueguino, que no proviene de la geografía física, sino de la humana. Los remedios también son conocidos y están en boca de todos; sólo en Buenos Aires se los ignora. Pocos argentinos habitan aquí, y acaso ninguno de ellos es propietario. Cuantos aquí viven, quieren que Tierra del Fuego se liberte de su aislamiento, de su despotismo industrial, de su peligrosa sujeción al capitalismo extranjero, de sus malas leyes, de su leyenda negra.

Algún lector pensará que éstas son lucubraciones pesimistas de un poeta en cautiverio; pero no es así. Creo haber demostrado ya la verdad con nombres y números. En Tierra del Fuego la injusticia reina doquier, fruto de egoísmo o de ignorancia. Sin embargo, su mal puede remediarse. Por eso, después de haber contado la triste historia y descripto el presente del Onaisín, he meditado un plan para su regeneración futura, como después se verá.

La novedad de esta obra mía consiste en que abarca

toda la vida local, actualiza la información y plantea el problema fueguino, interpretando los hechos con simpatía humana.

En Tierra del Fuego la vida clama como un lamento en las sombras, y su eco resuena mejor en la historia que en la novela. Por otra parte, hay una esencia novelesca implícita en esta obra, y es la sedentaria aventura del autor, condenado a encierro, pero vagabundo en el Archipiélago y los siglos, por una magia cuyo secreto ignoran sus encerradores.

Tanta es la iniquidad que aquí se ha acumulado durante un siglo de penetración "civilizadora", que el Onaisín está sombreado por el maleficio. Enorme como todos los crímenes que se purgan dentro del Presidio, es el crimen que ha reinado impune fuera de él. Más que labor de buen gobierno sería deber de caridad venir a reglar aquí las cosas según la razón y la justicia.

51.—LA ISLA DEL FUEGO

Tierra del Fuego y el Archipiélago circundante que en aquélla tiene su isla mayor, no son sino fragmentos del continente roto por un cataclismo. Todo el sistema patagónico —tres zonas: su llanura más o menos pastosa, sus valles con ríos y bosques, sus montañas con nieves perpetuas— persiste en esta región, pero entreverado por la catástrofe originaria y cortado por estrechos canales. En el laberinto insular, millares de peñascos e innumerables caletas, acantilados, senos, roquerías y glaciares que llegan hasta el mar, son, pues, los Andes retorcidos en ángulo hacia el Este y que, despedazados, surgen en el Océano o dejan honduras,

cuenca de lagos, ríos, canales. Sin embargo, en la Isla Grande, la configuración patagónica subsiste: hacia el Norte y Oriente, sobre el Atlántico, la pampa, como la denominan; y hacia el Sur y Occidente, sobre el Pacífico, las cordilleras nevadas, en cadenas de dirección caprichosa, porque no se extienden de Norte a Sur como en el macizo continental.

Singular es el Archipiélago fueguino, por su latitud, su clima y la dispersión de sus dos mil islas, islotes y peñascos, en medio de un mar tempestuoso donde se juntan corrientes cálidas del Norte y corrientes frías del Antártico, a la vez que el aire se agita en la pugna de encontrados vientos. Si en algunas islas desoladas y costas abruptas la tierra asusta al navegante con su espectáculo siniestro, en cambio, la isla mayor, de configuración tan variada y de tan abundantes aguas, impresiona por su exuberancia y su belleza. Magallanes sólo conoció de ella la costa norte, cuando a principios del siglo XVI la llamó Tierra del Fuego, por las fogatas que los indios encendían en sus chozas para defenderse del frío. Cuando se supo que esa tierra era una gran isla, algunos marinos la denominaron Isla del Fuego, y así la nombran papeles del siglo XVIII, al concluir la época colonial. Tal nombre le conviene aún, porque el roble arde en los hogares de hogafío como en los de antaño, y porque acaso ese nombre tiene hoy un valor simbólico.

Darwin, que sólo vió de esta isla su costa sur, la llamó "tierra maldita", a principios del siglo XIX, originando con ello la adversa fama que creo haber rectificado en este libro. Tal vez le sugirieron tan errado juicio la ruta azarosa, la navegación a vela, la tempestad continua, la ligereza juvenil y el no haber conocido

el interior con sus ríos, lagos y bosques. Nuestra rutina ha mantenido ese error; pero hoy debemos desvanecer la leyenda negra, enseñando que la Isla del Fuego es rica, y una de las más hermosas del mundo, bien que contrasta con ella la obra de iniquidad que los hombres han realizado aquí desde que empezaron a gobernarla. Maldita es para los indios a quienes despojó y exterminó el invasor. Maldita es para los presidiarios que agonizan bajo un régimen anticuado y estéril. Maldita es para los peones sometidos a explotadores sin entrañas. Maldita es para empleados sin recursos, sin distracciones, sin porvenir. Maldita es para los ciudadanos dignos a quienes innecesariamente se confina con propósitos de mortificación y vejamen. Pero dejará de ser maldita para todos cuando, vencidos el frío y el aislamiento, dentro de nuevas condiciones económicas y morales, la vida encuentre aquí sus cauces propios para correr alegre, limpia y bulliciosa, como el agua que baja de sus montañas.

También han llamado a esta isla el Onaisín. "país de los onas", por los indios que antiguamente la habitaron, y que hoy ya no existen como pueblo. La mitología de los indios me ha dado una luz para iluminar su paisaje, y su ausencia de muerte una clave para entender todo el dolor fueguino. Sin ello y sin la propia circunstancia personal que hasta aquí me condujo, estas páginas no tendrían tan hondo sentido patriótico y humano.

El patrioterismo progresista que tanto declamó contra las crueldades de la conquista española y tanto se ufana de su constitución democrática, olvidó que nuestra Constitución manda salvar al aborigen y que España dejó millones de ellos, vivientes, sobre todo en México y el Perú. ¡Si al menos hubiéramos comprendido lo que disponían las Leyes de Indias a favor de los naturales de América, con lo que se cumplía un mandato evangélico al propio tiempo que se creaba la economía hispanoamericana! Tantos años después, ni eso hicimos. Ejemplo digno de imitarse habríamos hallado también en los Estados Unidos, donde el problema indígena se ha afrontado y resuelto con plausibles métodos. Con una completa ignorancia del valor biológico del hombre fueguino y de su mundo mental, sólo fuimos capaces de exterminarlo, sin plan alguno para la nueva sociedad que aquí fundábamos.

Ocurrióme en 1915, viajando por el Neuquén, descubrir en la escuela de San Martín de los Andes un indiecito idéntico a Sarmiento, y de asombrosa inteligencia. Era hijo del cacique Curruhuinca, cuyo nombre dinástico y tradicional llevaba aquel niño lo mismo que el Monte Curruhuinca en la orilla del Lago Lacar, donde subsisten restos de su gente. Aquel príncipe mapuche, que el Estado argentino debió recoger y educar, para hacer de él un maestro de su raza, tendrá hoy 30 años, si es que vive, y probablemente se habrá malogrado su inteligencia natural. Me he recordado de él pensando en el destino que aguarda al nieto de Darskapalans, niño yagán de un año, y al ona Silcha, her-

moso espécimen de una raza fuerte que agoniza bajo la garra del Koliot, el forastero usurpador y bárbaro.

Y, sin embargo, cuán fácil hubiera sido salvar en el Onaisín al ona epónimo; raza fuerte, bondadosa, inteligente, según el testimonio de misioneros y exploradores. Para ellos habríase creado *el nuevo Jaínd*, al pie del Monte Olivia o a la orilla del Lago Cahme. Ese instituto que imagino, habría sido hogar, escuela, taller, asilo y colonia, fundado sobre la familia, como la vieja estirpe, reglada por sus nobles preceptos autóctonos, bajo la vigilancia de médicos y maestros especialmente preparados para ello. Les habríamos dado techo, alimento, abrigo, educación, oficio, tierra y útiles de labranza, preparándolos para labores agrícolas, forestales o ganaderas, que son las de su ambiente. Hoy tendríamos diez mil onas, formados en disciplina de salud y buenas costumbres; cazadores, navegadores, pescadores, artesanos de minas y pieles, hombres fuertes, útiles para la Nación, ciudadanos argentinos preparados para defender esta parte del territorio patrio. En ellos habríase salvado la raza autóctona, sin perder los hijos que le arrebató la barbarie blanca y sin manchar la nieve fueguina con la indeleble marca roja de la sangre inicuamente derramada.

Ya que tal cosa no se hizo a su tiempo, hagámoslo para el ona rubio de mañana, con los hijos de la nueva gente que deberá poblar el Onaisín mediante un régimen de justicia y de progreso.

Acaso esta visión del nuevo Jaínd no es sino una quimera soñada aquí, en mi encierro, mientras veo, a través de los vidrios de mi ventana, que la bruma invernal oscurece los montes; pero el exterminio de los indios me obsede porque con ello empezó la iniquidad. La her-

mosa tierra del ona se entregó, azarosamente, a la crueldad y a la codicia. Manadas de presos, traídos por el Gobierno, y rebaños de ovejas, traídos por extranjeros; eso fué todo.

Y, sin duda, para dar testimonio de todo eso, yo estoy ahora aquí.

53.—TIERRAS FISCALES

Hablaba el otro día con el yugoeslavo Njiric, un hombre inteligente y trabajador que tuvo fonda en Punta Arenas y que actualmente es quien prepara la comida en nuestra vivienda ushuaiana. Entré en la cocina a conversar con él; me contó sus andanzas, así como las de otros compatriotas suyos; y al hilo de esos temas, concluyó por decirme con muy buen sentido:

—Yo creo que todo se arreglaría aquí con que nos facilitaran tierra para levantar una casa y trabajar independientemente. Verdad que yo soy extranjero, pero mis hijos serían argentinos, y a ellos pasará la tierra que uno pudiera trabajar. La dan a sociedades anónimas y a “palos blancos”, no a los que realmente podríamos ser pobladores, puesto que aquí vivimos y tenemos familia.

He revisado el plano catastral, y me he sentido presa de asombro. Casi toda la llanura aprovechable ha sido entregada por precios irrisorios a unas pocas personas o sociedades anónimas cuyos adjudicatarios no residen en esas tierras. De los restantes lotes, muchos se atribuyen a personeros (llamados *palos blancos* en la jerga local), puestos por aquellos capitalistas. La “compañía” de tal o cual denominación, que aparece en el plano,

encubre también a los mismos poderosos señores. La tierra aun retenida por el Estado argentino es de insignificante extensión o se la considera inhabitable, según informes técnicos cuya veracidad científica será menester comprobar mediante nuevos estudios. Es inimaginable a qué sutilezas ha llegado la falsía en leyes, administraciones y peritajes, para el favoritismo de las tierras.

Como la pastosa pampa del Atlántico, la ribera montañosa del Beagle permanece igualmente desierta, a pesar de sus abrigos ribereños y grandes bosques. Han sido otorgados aquí, cerca de Ushuaia, por el gobierno nacional, lotes de extenso frente sobre la costa, sin advertir que, aun tratándose de buenos vecinos, no debe ser para unos pocos toda la ribera. En estos casos, España hacía mercedes de breve frente sobre ríos o caminos forzosos, compensándolos con la profundidad del lote otorgado. En Tierra del Fuego, nuestro gobierno ha hecho lo contrario, a pesar de poseer hacia adentro valles y montes susceptibles de provechosa explotación.

He ahí, en el manejo vicioso de la tierra, explicada la causa principal de la despoblación fueguina. En cincuenta años de soberanía nacional, la Argentina no ha alcanzado a fundar aquí sino una aldea que sólo es un presidio con 1000 habitantes, dejado el resto del territorio en su desolación primitiva, mientras en la región contigua, Chile —como insisto en decirlo— ha creado la gran ciudad de Punta Arenas, con un puerto activísimo y un presupuesto municipal de 2.000.000 de pesos; ha fundado pingües industrias en la explotación de análogas fuentes naturales; ha acumulado una población de 40.000 habitantes, de los que más de 30.000 son chilenos nativos. Tan magnífico esfuerzo ha sido realizado

por Chile en el mismo lapso que duró nuestra incuria: y, lo que es más elocuente, de Punta Arenas han venido los hombres y las empresas que explotan la ganadería en nuestro territorio, con ovejas, barcos, frigoríficos, bancos y obreros que llegan hasta aquí, por expansión de la energía chilena. Así, Tierra del Fuego seguirá siendo un miserable desierto, aunque es un país que, como dice el yugoeslavo Njiric, podría ser linda patria para mucha gente.

La parte argentina de Tierra del Fuego abarca en su extensión 21.000 km.², con llanuras aptas para la ganadería en el interior de la isla; lagos, ríos y montañas de extraordinaria belleza, costas ricas en pesca y maderas; y, además, probables yacimientos petrolíferos, turbales combustibles, piedras preciosas, mármoles, carbón, oro, platino. A pesar de estas oportunidades económicas, la población del territorio apenas llega a un habitante por cada veinte kilómetros. Exterminados los onas, hay ahora menos gente que hace cincuenta años. Al iniciarse entonces la autoridad argentina, toda la tierra era fiscal, de suerte que se habrían podido ensayar diversos sistemas agrarios. Sin ningún plan colonizador, el Estado nacional sólo envió presos, y empleados para cuidarlos. Además, como ya lo he mostrado con las cifras del censo, casi todos los habitantes, empleados o no, son extranjeros y llegaron hasta aquí por casualidad.

Tan bochornosa situación demográfica se debe, no al clima local, remediable con los recursos de la vida moderna, sino a incuria o a error de nuestros gobiernos y a la leyenda de la tierra maldita, cuyo origen he examinado en su contradictoria formación. Las causas evidentes de la despoblación de Tierra del Fuego son el

exterminio del indio y el despilfarro de las tierras fiscales, más la falta de comunicaciones y el abandono de sus ingentes riquezas.

54.—AISLAMIENTO INSULAR

Una mañana, cerca del Penal, encuentro a varios hombres montados a lo gaucho, con abrigos y provisiones, en marcha hacia el Monte Olivia:

—¿Para dónde van ustedes?

—Para la pampa, señor.

—¿Por qué camino?

—Por la Cordillera.

—¿Hay camino seguro?

—Hay una senda.

—¿Y a qué van?

—A traer ovejas.

Eran españoles jóvenes; al verlos tan hechos a los rigores de la tierra, me figuré en presencia de conquistadores, como los que colonizaron América en el siglo XVI, aunque hoy vivimos en el siglo de las carreteras y la tracción mecánica. Las hemos hecho para el turismo a Mar del Plata, al Lago Nahuel Huapí o la pampa de Olain, pero no para la economía en Tierra del Fuego, porque esta gobernación no cuenta con la solidaridad nacional.

Ushuaia, la capital, está separada del interior de la isla por montañas boscosas y nevadas, sin carretera ni reparos. El viaje a caballo por tan terrible comarca requiere cuatro días de cordillera y trasnochadas entre la nieve. Funcionarios policiales o empresarios de ganado practican tal viaje, y algunos de ellos, como los

señores Villa Urraeta, Bridges y Lombardich, me han referido cuán penosa es la travesía. Preocupa al gobernador Siches la necesidad de carreteras, y su secretario, el señor Rico, me ha enseñado mapas y fotografías del trayecto hasta el Lago Cahme o Fagnano. Si los presos hubieran trabajado en esa obra durante los treinta años que el Penal cuenta de existencia, ya tendría Tierra del Fuego excelentes caminos en todo el interior, y poco dinero habría costado. Carreteras, más que ferrocarriles, necesitan aquí.

Nuestro territorio fueguino divídese en dos regiones: la montañosa en la costa del Beagle, cuyo puerto es Ushuaia, y la pampeana, con salida al Atlántico, cuyo puerto es Río Grande. Ambas regiones hállanse aisladas entre sí. La capital del territorio carece de una carretera que vaya al interior y tampoco dispone de barcos para comunicar su periferia marítima.

A pocas leguas de Ushuaia, en dirección al Oeste, hállase el lindo puertecito de Lapataia, donde está el último hito de la línea recta que de Norte a Sur corta la Isla en dos soberanías. La falta de límites naturales entre la pampa chilena y la argentina, separadas por una simple línea cartográfica en un vasto desierto, abre por el interior de la Isla las puertas a Chile, mientras por el litoral atlántico el tráfico marítimo de Río Grande se practica directamente con Inglaterra o con Chile, por empresas navieras de esos países. Demográficamente y económicamente, nuestra Tierra del Fuego está más penetrada de influencia extranjera que de acción argentina. Ni siquiera hay justicia letrada en la capital del territorio; la hay en Río Gallegos (Patagonia), y el trámite en Río Gallegos es imposible por muy costoso; una carta de ciudadanía —por ejemplo—

cuesta 300 pesos, agregándose a ello que el viaje exige el paso por el peligroso Le Maire, y que tampoco hay barcos de servicio periódico.

Faltan, pues, servicios regulares que ligen a Ushuaia con su periferia marítima, con la costa patagónica y con los centros vitales de la Nación. La costa fueguina mantiénese desierta y sin conexiones. Muy de tarde en tarde navega algún barco entre Ushuaia y Río Grande o Gallegos. A nuestros marinos les desagrada venir al Sur, a pesar de ser ésta una región de importancia estratégica. Recibir destino para el Sur, se considera un castigo. La tradición de Piedra Buena, de Laserre, de Lista, de Godoy, los capitanes precursores, no despierta emulación. No les gusta Río Grande, porque no es puerto de aguas hondas; ni Ushuaia, porque es pueblo muy aburrido; ni la ruta del Le Maire, porque es muy tempestuosa. Gastamos cincuenta millones anuales en la escuadra, pero el mar del Sur está desierto y sus costas mantienen su desolación virginal. Muy distinta es la actitud de la marina chilena en sus costas australes. En uno de sus viajes mundiales pasó por aquí el otro día la fragata *Sarmiento*; creí que la recibirían con agasajos, y grande fué mi sorpresa cuando observé la absoluta indiferencia del vecindario por esa visita. Algunos vecinos explicaron esa indiferencia por el abandono en que se tiene a esta Isla. En cambio, un día que llegó el *Micalvi*, buque chileno, lo recibieron con simpatía. Digo estas cosas con amargura, porque es patriótico decirlo para servir a nuestra armada y para informarla de la cruda verdad.

En los cien primeros días de mi confinamiento, el correo fué traído una vez por el *Monte Pascoal* (empresa alemana); otra por el *San Julián* (empresa pri-

vada) y creo que sólo dos veces por barcos de nuestra Armada, cuando vino el *Chaco* trayendo presos y confinados. Cartas de Buenos Aires para Ushuaia demoran más que del mismo puerto para el Japón, como he podido comprobarlo. Correspondencia de mi familia, fechada el 17 de enero, fué recogida por el *Patagonia* en Gallegos y la recibí el 26 de febrero. ¡Cuarenta días de viaje! Los diarios llegan con tal retardo y tantos juntos que casi nadie tiene la paciencia de leerlos. Sabido es que un diario se marchita al día siguiente, pero ese despego agrava el aislamiento con la ignorancia de lo que en el país ocurre.

Es necesario mejorar las comunicaciones por tierra y agua, interiores y exteriores; pero ello no es suficiente: una comarca como ésta reclama complementarios servicios de aviación. El correo aéreo viene hasta Gallegos, deja allí la correspondencia para Tierra del Fuego, a la espera de un barco que pase hasta aquí; pero casi todas las líneas australes doblan por el Estrecho de Magallanes hacia Chile, sin tocar en Río Grande ni en Ushuaia. Tierra del Fuego es isla dos veces, porque la rodea el mar y porque la mantenemos aislada de los hombres.

A la marina y a la aviación corresponderá sacar de su aislamiento al Onaisín, la isla confinada.

55.—LA FORTUNA INMÓVIL

Los hechos que enuncio sobre la tierra, fácilmente comprobables, y lo que digo de sus comunicaciones, son el fruto de una mala legislación y de una política imprevisionada, y explican por qué el puerto de Río Grande

sólo cuenta con 150 habitantes y con 1000 toda la pampa departamental.

La gobernación se divide en cuatro departamentos: Ushuaia, San Sebastián, Bahía Tetys y la Isla de los Estados, separada de la Isla Grande por el Estrecho Le-Maire. Cada uno de estos departamentos vive su propia soledad. El sistema administrativo sólo existe en el mapa. Bahía Tetys y la Isla de los Estados son simples expresiones geográficas, sin habitantes. Ushuaia es algo más, aunque peor, según se ha visto. Veamos lo que es San Sebastián, extenso departamento cuyo puerto es Río Grande.

Río Grande tiene Subprefectura, Receptoría, Correo, Telégrafo, Policía, Juzgado de paz y Oficina de Tierras, servidos por 60 empleados; pero se halla prácticamente incomunicado de Buenos Aires, y también de Ushuaia, su capital inmediata. La vida social y económica de la región depende de Chile —por vía del Estrecho de Magallanes— hasta el extremo de que prevalece la moneda chilena, y los cheques de firmas chilenas circulan como moneda corriente. Hay allí una Compañía Frigorífica Argentina (chilena, con 2.400.000 pesos m/n. de capital) que faena anualmente hasta medio millón de lanares. En la época de la esquila vienen de Chile unos 500 peones y, concluída la faena, vuelven a su país.

Durante el año 1927 entraron 54 barcos en el puerto de Río Grande, que está sobre el Atlántico; de esos 54 barcos, sólo ocho eran argentinos, y todos los demás chilenos; con excepción de uno, de bandera inglesa. Examinado el movimiento de sus pasajeros, veo que entraron 583 y salieron 665, es decir que sólo hay una inmigración "golondrina" (la de los esquiladores chi-

lenos) y que, además, el territorio se despuebla. La exportación, exclusivamente ganadera, fué de 35.000 animales en pie, y 6.343.000 kilogramos de productos faenados: carne, lana, cueros; contra una importación de 3.649.000 kilogramos de mercaderías generales, procedentes casi todas de Chile. Tomo estos datos de un informe del Sr. Truffat, ex gerente de una sucursal del Banco de la Nación, y leo en ese mismo documento: "Río Grande es una factoría de Punta Arenas (Chile)". Y a fe que el informante tiene razón. Siete años después, la proporción de las cifras no ha cambiado.

La zona de Ushuaia se nos presenta en peores condiciones, porque no vive del comercio nacional ni del extranjero. La economía de este pueblo, que no tiene Municipalidad, se reduce al presupuesto del Penal y la Gobernación, casi ilusorio este último por falta de trabajo administrativo, a pesar de ser capital de territorio. No hay aquí industria, aunque estas costas podrían ser un emporio de la madera, la peletería y la pesca; ni hay intercambio, por falta de población, de comunicaciones y de leyes adecuadas. Se ha prohibido la explotación de sus magníficos bosques y nada se ha hecho para fomentar la industria de la pesca y las pieles. La aduana local recaudó el año 1927 (época de prosperidad general) la ínfima suma de 13.000 pesos, más o menos lo que cuesta al fisco la Aduana; argumento poderoso para declarar puerto franco a Ushuaia. Cuando era puerto libre la antigua Punta Arenas de Chile, creció hasta convertirse en la actual ciudad de Magallanes, y así crecería este puerto argentino si fuera libre, siquiera para artículos destinados al consumo interno de la Isla.

Hay aquí una sucursal del Banco de la Nación, pero arroja una pérdida anual de 30.000 pesos, mantenién-

dosela por deber patriótico; su principal función consiste en recibir el cheque de los sueldos y pagarlos. En Río Grande, donde no la hay y donde no llega el giro de esta sucursal por falta de caminos, operan bancos chilenos. El gobierno nacional mantiene de estación un transporte de la Armada; pero viaja a Gallegos con escala en Río Grande cuando le place, sin periodicidad ni obligación.

Múltiples son los aspectos del problema fueguino, y si a la Armada corresponden los del aislamiento geográfico, a otras dependencias del Estado incumben los de la economía local.

Además de la reforma agraria y un sistema de comunicaciones, la nueva era fueguina requerirá estudios especiales: sobre explotación del carbón, el petróleo y el oro; sobre las cascadas del Olivia para el aprovechamiento de su fuerza hidráulica; sobre Río Grande y la adaptación de barcos a la hondura de ese puerto; sobre el Lago Cahme y la colonización de sus riberas; y sobre una posible salida por el seno del Almirantazgo hacia Punta Arenas y el Pacífico; todos problemas del suelo en relación con la economía.

El gobierno argentino vive despreocupado de tales cosas, o ignorante de ellas. Sensible solamente a la influencia metropolitana de grandes capitalistas, se han creado intereses que será difícil remover, pero que será necesario remover cuando el Estado deje de ser instrumento de privilegios para convertirse en órgano activo de la conciencia nacional.

Hállase muy generalizada en Buenos Aires la creencia de que Tierra del Fuego, por su latitud extrema y por sus nieves constantes, deba ser una comarca estéril. Nada más equivocado, sin embargo. De roca desnuda son algunas costas, como lo he visto en la Isla de los Estados, y de bajos arbustos o desolados turbales algunos trozos del interior fueguino; pero son admirables aquí la magnitud, extensión y variedad de su flora, porque la nieve, que es agua al fin, no daña a los vegetales, y porque a pesar del frío medran aquí buenos pastos en la pampa ganadera, así como en la montaña las más útiles especies de árboles gigantes y de plantas menores, todas susceptibles de importante explotación industrial.

No quiero hablar de especies por ahora meramente decorativas, como el pumilio, un roble enano; ni de flores raras como la violeta amarilla, o la blanca margarita de los bañados, o la *Philesia buxifolia*, una liliácea de color rosado; pero sí debo recordar el calafate, arbusto que da una fruta pequeña semejante al piquillín, de la cual dicen los nativos que quien la come queda hechizado por la Tierra del Fuego. Con esa frutilla indígena se cocinan sabrosas mermeladas.

Pertenecen también a la flora una especie de algas comestibles, llamada *kelp* por los indios (el cachiyuyo de los navegantes), cuya larga cabellera rojiza señala en los mares la presencia de aviesos escollos bajo el nivel del agua; y la matamora, arbustillo leñoso empleado como combustible por los viajeros de la desnuda pampa interior; y la *astella pumila*, un hongo cuya

putrefacción produce el fango carbonífero de los turbales.

Mayor importancia que las características especies menores antes citadas tienen las especies arbóreas, principalmente las hayas, agrupadas en dos variedades: la *nothofagus antártica*, llamada vulgarmente roble, y la *nothofagus betuloides*, llamada coibo, con nombre chileno; ambas alcanzan gran desarrollo y sirven para leña o construcciones. Con ellas se alimentan las fogatas que dieron nombre a la Isla Grande, y de su madera se construyen edificios y muebles. Otros árboles, como la magnolia, el ciprés y una especie de laurel americano conocido con el nombre de leñadura o maitén, abundan asimismo en los bosques locales y crecen ventajosamente. La industria papelera podría hallar materia prima en tales bosques.

Esa riqueza forestal permanece inexplorada aquí. Algunos aserraderos particulares han debido cerrarse porque se ha prohibido la explotación de los montes. El señor Vera, un vasco, que antes se dedicó a este negocio, me daba sus quejas un día por aquella prohibición. Otro día vi llegar una barca con madera aserrada; pregunté de dónde provenía, y me contestaron que de la isla chilena de Navarino; averigüé con qué objeto la traían, y me respondieron que para una obra fiscal. A tanto llegan los absurdos de la administración argentina, mientras en el sur de Chile, como antes lo dije, se han levantado fortunas y acrecentado la población de Magallanes mediante la industria forestal, que cuenta con numerosos aserraderos y talleres de carpintería y aun astilleros de los que han salido algunos barcos para la navegación de cabotaje.

En región tan fértil para la flora natural, se ha ini-

ciado la aclimatación artificial de otras especies, entre ellas la avena, de la que vi un plantío en la península de Usín, y el trigo, del que se ha hecho con felicidad una siembra en las afueras de Ushuaia. Anteriores ensayos de trigo fracasaron porque se sembró semilla procedente de la Europa meridional, según me avisan; pero el técnico Dr. Castellanos me asegura que el grano traído de la Europa nórdica prosperará aquí como en Rusia. Dícame el Sr. Lawrence, nativo del territorio, que asimismo se ha ensayado el cultivo de frutales, y si se fracasó por los fuertes vientos, se cree que también los frutales prosperarán un día en Tierra del Fuego con el auxilio de la ciencia, como se han aclimatado las plantas florales en los jardines domésticos, y las hortalizas, especialmente papas y repollos, que han dado frutos admirables.

Como se ve, Tierra del Fuego, en tiempos no lejanos, podrá bastarse a sí misma y ser, a pesar de su triste fama, un centro industrial por la explotación de sus bosques y por sus cultivos artificiales, tanto como por sus pastos naturales, que han permitido la crianza de ovejas excelentes.

57.—FAUNA INDUSTRIAL

Dos son los animales más famosos de Tierra del Fuego: el guanaco en sus montañas, y en sus costas el lobo marino.

El guanaco (*lama huanacus*) vive en todo el continente sudamericano; falta en la Isla de los Estados y en la Navarino, pero abunda en la Isla Grande, donde los onas lo cazaban a flecha, utilizando su carne para alimento y su piel para abrigo. Animal de piernas ági-

les, alto cuello y ojo vivaz, su piel es fina y dorada, con manchas blancas en las extremidades y en el vientre; lana cálida y suave, de valor industrial para la manufactura de quillangos. A la entrada del invierno los guanacos bajan de la montaña a la llanura, y su cacería suele ser llena de interesantes peripecias por los accidentes del terreno, por la eléctrica agilidad en las fugas y por el instinto gregario con que se defienden. Estos animales corren peligro de extinguirse si no se adoptan medidas para su conservación.

Los lobos marinos son en realidad focas, divididas en dos familias: la de dos pelos (*arctocephalus australis*) y la de un pelo (*otaria jubata*). Mamíferos y anfibios de cabeza redonda, casi humana a pesar del alargado hocico, y con brazos frustrados en aletas vigorosas que les sirven de apoyo cuando se arrastran sobre las playas. Viven habitualmente en el mar, lustrado el pelo por el agua cuando sacan a luz el cuerpo, y se los ve con frecuencia sobre las roquerías, en muchedumbres familiares. Su cacería, que se hace a garrote, es muy dramática y provechosa. Tomados solos, son débiles, pero en multitud corren o acometen irresistibles cuando son perseguidos y quieren volver al mar. Su carne es hedionda, pero los indios la comían con placer; utilizaban además la grasa para embadurnarse el cuerpo, y la piel para confeccionar sus abrigo. Los machos de un pelo son de mayor estatura que los otros; ostentan una melena cerdosa y lanzan resonantes gritos en las playas, por lo que les dan el nombre de leones marinos.

Otros animales de valor económico cuenta la fauna fueguina: el zorro (*canis magellanicus*), también de piel valiosa; el tucutucu (*crenonys magellanicus*), pe-

queño roedor que los indios comían en época de escasez; y la nutria, cuya piel podría industrializarse en criaderos artificiales. Hay patos y palmípedos de diversas clases, que vuelan en abundantes bandadas; pejerreyes que aparecen en plateados cardúmenes sobre el mar, como ofreciéndose para ser recogidos en amplias redes; sábalos, rayas, sardinas, todos de carne sabrosa; y, finalmente, crustáceos comestibles, entre los que la centolla (*lithodes antártica*) es la más popular y exquisita, cuando, fresca o en conserva, se la aliña con las necesarias salsas.

Toda esa riqueza que la fauna ofrece en Tierra del Fuego yace abandonada a su proliferación natural. Un español llamado Otero, vecino de Ushuaia, ha intentado explotar la conserva de la centolla, pero lo hace entre dificultades, muy rudimentariamente, por falta de recursos, de estímulos y de mercado. Pejerreyes y sardinas comí pocas veces, y eso por accidente, gracias al obsequio de algún aficionado pescador.

En cuanto a las pieles, no hallé sino tres cueros de lobo en el almacén de Lombardich, y en el de Martínez un quillango de guanaco, traído de Río Gallegos. Entretanto, las industrias respectivas de la pesca y las pieles tienen en la región chilena de Magallanes una provechosa actividad. Los guanacos han sido reemplazados como alimento por la oveja, aun entre los indios, que la llaman "guanaco blanco", pero aunque no se atendiera a la crianza de aquel animal indígena para consumir su carne, habría que hacerlo para la explotación de su piel.

Las ballenas, que antes abundaban en todo el mar del Sur, se han retirado, no se sabe si por el petróleo de los barcos o corridas por los balleneros, que tantas han matado para beneficiarse del aceite y otros productos de aquel cetáceo. También las focas parecen dismi-

nuir perseguidas por sus cazadores, y en Chile se ha pedido que se reglamente la caza. Por lo abrupto y desierto de los lugares en que viven, no es fácil la vigilancia, y se piensa que podrían realizarla pequeños barcos que recorran asiduamente los canales y las islas para el control. Asimismo se ha aconsejado una veda de varios años, a la espera de la procreación que reponga las unidades perdidas.

Los lobos de un pelo son los de más grande rendimiento comercial por el color bronceado y la tersura de su pelo fino. Los loberos, como se llama a los que se dedican a cazarlos, son personajes típicos de los mares del Sur; pero las pieles por ellos recogidas, así sea en jurisdicción argentina, tienen su principal mercado en Magallanes, la Punta Arenas de Chile, de donde se las exporta a Inglaterra y a otros mercados europeos. También se aprovecha la piel del tucutucu, un roedor pequeño, y de las nutrias, más valiosas y finas.

Ante la riqueza de la fauna insular, no menos abundante que la flora, debió haber enmudecido la leyenda negra esparcida por el mundo; pero tan poderosa fué la sugestión, que durante años siguieron creyendo que aquí no podrían aclimatarse la vaca ni la gallina. Carecíase de leche y de huevos o se los pagaba muy caros, traídos de Chile. Después se ha comprobado que podían vivir muy bien aquí todos los animales domésticos, según ya ocurría con el caballo y la oveja, de crías y productos excelentes. En la paradójica selva fueguina cantan zorzales, cardenales, boyeros, pájaros de las zonas templadas; y ni siquiera eso indujo a comprender la verdad. Pudieron más el prejuicio, que no deja ver la naturaleza, y la ignorancia, que tanto daña a la economía. En Tierra del Fuego la vida se manifiesta con

esplendor y todos los seres vivos pueden aclimatarse en ella. Según es fama, no hay aquí víboras ni insectos dañinos, lo que es un signo venturoso.

58.—HORROKEN HAYEN

Tomo de la lengua ona el nombre con que los indios designaban al viento que más fuerte sopla en esta isla, cuya atmósfera se transfigura en cambios caprichosos. Ya sabemos que los vientos eran "personas" de la mitología ona, y el Horroken Hayen fué una de ellas. Pero hay también sobre los vientos y el clima insoportable del Sur una mitología política que necesitamos conocer.

En la desventura de Tierra del Fuego han tenido más parte los hombres que la naturaleza. La leyenda negra que comenzó con Darwin subsistió por rutina o por ignorancia. Pero no todo fué ignorancia en esa perduración. Hubo también malicia. Acaso por los intereses creados de los latifundistas y explotadores de ovejas se prefirió que no viniera aquí mucha gente. Para eso convenía mantener la leyenda del clima funesto. El Presidio y el confinamiento podrían explicarse por la ignorancia oficial; pero la despoblación sistemática es ya fenómeno psicológicamente más complejo.

Reconozco que nada hay en Ushuaia tan importante como los cambios atmosféricos. El vecindario vive atento a ese tema fundamental. Alternan así el estado del tiempo y el estado de sitio, como preferidos temas de conversación. La libertad abolida y las molestias del hospedaje deforman aquí la vida tanto como el frío, el viento, la lluvia, la nieve. Pleonasma del confinamiento en Ushuaia es entonces el confinamiento en la vivienda

cerrada, junto al fuego, como los onas, mientras afuera muge el viento y un cielo gris envuelve en su vaga tristeza el mar y las montañas.

De Ushuaia al Cabo de Hornos sólo hay un grado de longitud. Desde los hielos del círculo polar y de las Tierras de Graham extiéndese el Océano Antártico, en dirección a estas islas, y entra por el Canal Murray, directamente, hasta el Beagle. Tales condiciones de clima, unidas al carácter insular y montañoso del suelo, cubierto de bosques y de nieves, explican sus cambios, frecuentes y bruscos. En otras regiones de la Isla, por ejemplo en las costas del estrecho Le Maire, y más frente a la Isla de los Estados, son casi continuas las tempestades y las nieblas. En el Beagle, más abrigado, el clima no es tan siniestro.

Según las anotaciones de don Vicente Margarini, encargado de las observaciones meteorológicas por el Ministerio de Agricultura, cuya libreta de anotaciones diarias correspondiente a febrero tengo delante, sopló viento (por lo común del Sur y del Sudoeste) casi todos los días; la temperatura media fué de 6 grados, bajando de cero la mínima en algunas jornadas; hubo lluvias persistentes o bruscos chubascos los días 2, 4, 5, 6, 7, 8, 10, 11, 12, 14, 15, 20, 22, y 25; escarcha el 14 y el 16; granizo el 4 y el 15; nieve en copos durante tres días consecutivos, el 5, 6 y 7, hasta quedar la tierra cubierta por un espeso manto blanco. Todo esto ha ocurrido ante mi vista en pleno estío, en el mes de febrero, que suele ser el más benigno, y la nieve dió a Ushuaia entonces el aspecto de una aldea siberiana.

Dicen los fueguinos que cuando febrero es malo, marzo es bueno; pero en marzo, si bien los primeros días ostentaron un sol agradable y fugaz, las lluvias, fríos

y vientos dejáronse sentir en la segunda semana, y los días 12, 13 y 14 hubo nuevamente frío, viento, lluvia, escarcha y nieve; todo ello según los datos oficiales del Sr. Margarini, que es ahora en Ushuaia "el doctor del viento", como llamaban los onas a los sabidores de su meteorología.

Lo habitual es que aun los días serenos sean turbados, hasta en verano, por soplos glaciales y por una llovizna siquiera fugaz. Aborráscanse entonces las nubes que brotan sorpresivamente de la montaña; entóndase el cielo gris y se desencadena el chubasco. Llueve otras veces durante horas, o cae la escarchilla. Una lluvia de gotas dispersas en el aire helado y ventoso llora casi muda, sin rayos ni truenos. Los rayos y truenos que dramatizan las tempestades del Norte andino aquí no se conocen. Esto es una compensación. Lo único que turba la atmósfera con su rumor constante y rabioso es aquel viento salvaje de resonancia oceánica.

¿Y por qué se ha de hablar solamente de tempestades, fríos y nieves, sin decir que también aquí suelen lucir un sol apacible y una luna serena? Esto es tan cierto, que ellos también, como los vientos, tienen su leyenda en la mitología ona. Esa leyenda dice que el Sol, Kren, y la Luna, Kerren, también son "personas"; antes fueron marido y esposa, pero después riñeron; de los golpes que recibió la Luna quedándole manchas en la faz, y aunque ahora el Sol la busca, oblicuando su marcha por el Norte, ella, con gracia femenina, se le muestra unas veces de perfil, otras se esconde totalmente y otras se levanta a mirarlo de frente, desde la montaña. Ella aparece cada noche por lugar diferente, y Kren renueva cada día su carrera para encontrarla, aunque ya nunca se encontrarán...

Hay, pues, una poesía en el cielo de Ushuaia, a pesar de la nieve y del viento. Yo no sé si me trajeron aquí para que me muriese o enfermase de frío, según la leyenda funesta que corre sobre el clima fueguino; pero yo resolví gozar de buena salud, como Kuanip lo enseñó, y además recrearme en la mitología de los mehnes antárticos. No sólo estoy con vida, sino que viven también muchas gentes —incluso andaluces y correntinos— que aquí se aclimataron aunque vinieron de las zonas templadas del mundo. A pesar de todo, Tierra del Fuego es lugar ubérrimo y de extraña belleza. No los dioses, sino los gobiernos, crearon su iniquidad.

59.—RECAPITULACIÓN DE LA HISTORIA

Comencé estas páginas, según dije, para distraerme de un estúpido cautiverio cuya duración yo no podía calcular. Las empecé en el mes de enero, y ahora, que entramos en mayo, mi historia fueguina va a concluir, pero el confinamiento continúa. Algunas cosas han cambiado entretanto. El gobernador Siches, mi guardián, tan adusto el primer día, muéstrase, como se ha visto, más campechano y afable. Los bosques ushuaianos también ellos, han cambiado de aspecto, pero al revés del gobernador: al llegar yo, mostrábanse verdes; luego se pusieron rojizos y ahora empiezan a tornarse oscuros. Lo único que persiste inmutable es la vaciedad de este cautiverio que yo debo llenar con mi pensamiento; haciendo el bien a la Isla infeliz que me hospeda. Comprendo que mi confinamiento es también parte de la historia fueguina, un signo más de su destino aciago; pero

no quiero hablar de mí, porque se me ocurre que yo no soy el confinado, que el Onaisín es el confinado.

Al iniciar este trabajo pensé que iba a escribir una historia sin plan ni cronología; pero al releerlo ahora que ya toca a su fin, veo que he descripto el paisaje con sus leyendas prehistóricas y he trazado luego la evolución social de la Isla en tres etapas: primeramente, la edad antigua con sus navegantes y exploradores, extranjeros todos, hasta que el mundo conoció bien la intrincada geografía del Archipiélago; después, la edad media, con sus indios, y los evangelistas, extranjeros también éstos, hasta que la raza autóctona pereció brutalmente exterminada; y por fin la edad moderna, cuando la soberanía argentina llegó al Onaisín en 1881 para fundar un presidio y entregar la tierra pública a unos cuantos latifundistas, asimismo extranjeros.

Actualmente, si un argentino se traslada a vivir en Tierra del Fuego no ejerce ninguna especie de derechos electorales y no tiene esperanzas de obtener un lote de tierra para edificar su morada o dedicarse a una industria. Si el poblador es un extranjero pobre, se halla en caso análogo, y si desea obtener carta de ciudadanía, debe gestionarla en Río Gallegos, en trámite y viaje muy costosos. No hay aquí justicia federal letrada; no hay municipios, ni caminos, ni oportunidades económicas. Sólo hay un presidio con sus guardianes y un frigorífico con sus ovejas. El gobernador nada gobierna, a pesar de su pomposo título, y su jerarquía es más ilusoria que la de Sancho en la Ínsula Barataria.

La primera observación que sobre este punto diré es la que ya escribiera antaño en un libro mío sobre lo anacrónico e ineficaz de la ley que rige uniformemente a todos los territorios nacionales. Por ahí debe comen-

zar la nueva era; no reformando simplemente esa ley, sino substituyéndola por otra. Autonomía para la Pampa, Misiones y el Chaco, al que se agregaría la jurisdicción de Formosa (los tres están ya en condiciones legales para constituirse en provincias); supresión de Los Andes, repartiéndolo entre Salta, Catamarca y Jujuy; finalmente, un régimen especial para la Patagonia, con un Consejo de administración local y una capital en Viedma, Madryn u otro lugar debidamente estudiado.

Convertidas en centros de autonomía política y de conciencia histórica esas gobernaciones capaces, la nueva legislación territorial, aplicable al sur de Río Negro, obedecería a estas normas: descentralización burocrática y adecuación regional. Esto conduce a distinguir, dentro del complejo patagónico, los caracteres propios de Tierra del Fuego, que requiere un régimen de gobierno sui géneris por su carácter insular, que la separa del continente.

Invoco motivos trascendentales para que la conciencia argentina vuelva sus ojos a Tierra del Fuego, se entere de su verdad, se empeñe en una empresa heroica de civilización. La ignorancia y la incuria nos hicieron perder ambas costas del Estrecho de Magallanes y ojalá no perdamos las islas que en el oriente del Beagle controlan la entrada de ese canal. Lo que podría explicarse por nuestra deficiente información del siglo pasado, por nuestros problemas internos que no nos permitieron obrar a tanta distancia, no tendría disculpa hoy, cuando la verdad se conoce y cuando los medios de comunicación marítima, aérea y radiotelefónica permiten afrontar los problemas con una seguridad proporcionada a los actuales recursos del país. Ya es mucho, como lo mostré, que la Argentina haya estado hasta 1880 ausente

del Archipiélago descubierto, explorado y estudiado por navegantes de otras banderas, por sabios de otras naciones. Después de aquella fecha inicial de nuestra soberanía en la isla fueguina, los esfuerzos individuales de funcionarios, escritores y hombres de ciencia no encontraron eco oficial. La obra oficial, ya he dicho cuál fué: peor que la antigua ausencia.

¿Hasta cuándo durará este nuevo error que puede costar mañana a la nacionalidad otras mutilaciones y humillaciones? Tierra del Fuego es el confín austral de la patria; pero aquí está una parte de nuestra heredad, y es deber cuidarla. Pasan por las riberas de esta Isla caminos interoceánicos que unen las dos costas de nuestro continente y comunican mares de importancia mundial. La última guerra de las naciones ha demostrado la función militar de estos caminos; sucesos análogos volverán a realizarse en lo por venir. La República Argentina tiene un destino marítimo que le imponen sus extensas riberas y sus posesiones insulares en esta región; no puede, sin mengua de su honor, de su seguridad, de su poder, resignarse a ser tan sólo un testigo indiferente en comarcas de su propia soberanía. Los militares y marinos de nuestra bandera deben ser las avanzadas en las nuevas empresas que nos impone el patriotismo.

60.—PLAN FUEGUINO

Como este encierro en que estoy estimula la fantasía, yo me he imaginado legislador de la Isla desventurada y diré lo que haría para auxiliarla en su desventura.

Crearía un Consejo autárquico para todos los asun-

tos locales, presidido por el gobernador; pondría en ese consejo un marino, un militar, un maestro, un economista y un hombre especializado en ciencias naturales fueguinas; unificaría la dependencia nacional de la Isla en el Ministerio de Marina, reduciendo a lo mínimo los trámites de consulta o apelación; delegaría en aquel Consejo toda la administración y fomento locales con obligación de dar cuenta de sus gestiones. Los miembros del Consejo serían nombrados por el presidente de la Nación con acuerdo del Senado y podrían ser separados por aquél, fundado en razones de mejor servicio. Este Consejo Fueguino, previo estudio de la realidad local, afrontaría inmediatamente el problema de Ushuaia, que es el de la capital con relación al territorio y el del Presidio con relación a este pobre pueblo que ahora depende de una cárcel.

Sobre este punto, mi opinión es la siguiente: 1º, declarar puerto libre a Ushuaia; 2º, comunicarla por carretera para automotores al interior de la Isla, sin pensar en ferrocarriles; 3º, extender de Buenos Aires a Tierra del Fuego el viaje aéreo; 4º, promover la comunicación marítima rápida, periódica y frecuente con el litoral del Beagle y del Atlántico, haciendo escala forzosa en Río Grande y combinación en Gallegos con barcos de Punta Arenas y de Buenos Aires; 5º, transformar el régimen del Penal, utilizando mejor el trabajo de los presos y preparar a los de condenas breves para la radicación local con sus familias; 6º, fundar un centro de colonización del territorio, aprovechando para ello el Penal; 7º, poner bajo la autoridad ejecutiva del gobernador el Presidio y todas las funciones de interés público local; 8º, crear un juzgado letrado, porque es imposible o costoso tramitar ante el de Gallegos, dadas

la distancia y la falta de comunicaciones actuales; 9º, fundar un Instituto Fueguino sobre la base de la escuela y de la biblioteca, agregándoles un museo de cultura y de industrias regionales; 10º, transformar la escuela primaria en un colegio con internado para los hijos de pobladores que hayan de estudiar oficios manuales e industrias de aplicación local; 11º, establecer una base naval y un astillero en Ushuaia; 12º, fundar, con el nombre de "Jaind", un hogar-escuela para los últimos indígenas; 13º, adoptar para su aplicación fueguina el plan pedagógico y colonizador de la Colonia-Escuela Argentina, trazado por el Dr. Federico W. Gándara; 14º, elevar la vida social de la población mediante conferencias, recreos y exhibiciones cinematográficas gratuitas y bien seleccionadas, con temas que induzcan al trabajo en industrias adecuadas a esta región.

Las reformas apuntadas, aunque tendrían su centro de actividad en Ushuaia, repercutirían sobre todo el territorio; pero desde un punto de vista más general, otras medidas son indispensables.

El ya dicho Consejo Fueguino revisaría el catastro de tierras; donaría lotes urbanos o rurales a todos los vecinos que deseen edificar y trabajar; perfeccionaría los títulos de los verdaderos pobladores; haría revocar los que encubren a "palos blancos"; desmembraría latifundios; combatiría privilegios de "compañías"; gravaría el ausentismo; facilitaría el arraigo de los funcionarios locales; premiaría el matrimonio y la prole; haría expropiar, si fuese menester, la tierra malbaratada o imprevisoramente enajenada por el fisco; fomentaría el cabotaje; la explotación de bosques, con obligación de replantar, la aclimatación de cultivos nuevos, la implantación de industrias de la madera, la pesca y las pieles

con manufacturas locales; planearía pueblos con ejido agropecuario, siguiendo el régimen de los cabildos españoles en América, muy superior al actual; fundaría colonias con pobladores, crédito personal, implementos de trabajo y medios de cultura; descentralizaría la administración y regularía por medios locales de control, sobre todo en lo relativo a la tierra; salvaría la raza de los onas, si aun fuera posible, por un cuidado especial de los últimos sobrevivientes; adecuaría a las necesidades regionales la enseñanza, seleccionando y pagando mejor a los maestros; movilizaría la cooperación de los padres; buscaría petróleo y carbón; organizaría la explotación del oro; poblaría la hoy desierta Isla de los Estados; revisaría la función de las Orcadas; atacaría, en una palabra, el problema fueguino en su raíz y en sus complejas derivaciones. Nuestras universidades, museos y oficinas técnicas del Estado asesorarían al Consejo en el estudio de las riquezas naturales, de acuerdo con un plan sistemático.

Ushuaia, en primer término, necesita un plan de reformas para subsistir con vida propia y mayor dignidad civil, ya continúe siendo capital del territorio, como lo es desde que se organizó esta gobernación, o sea que la capital se traslade a Río Grande, como se lo sugirió hace tiempo sin demostrar la necesidad de tal proyecto. Los traslados de la cabeza territorial han obedecido a veces, en las gobernaciones nacionales, a influjo de capitalistas que deseaban valorizar sus tierras. No digo que éste sea el caso; pero indudablemente el traslado a Río Grande beneficiaría a los latifundistas de la región, y los motivos de la actual esterilidad ushuaiana pueden removerse mediante algunas medidas urgentes y fáciles, como las que dejo enunciadas.

Con tales medidas y el fomento de su cultura, Ushuaia dejará de ser un presidio, centro parasitario de la más triste burocracia o lugar de infamia para el confinamiento político, y Tierra del Fuego adquirirá vida propia, como Punta Arenas y el territorio de Magallanes adquirieronla en condiciones análogas y con origen similar, bajo la previsora acción de los gobiernos chilenos.

61.—LA EMPRESA HEROICA

Meros cambios legales sólo podrían servir para trocar las viejas rutinas por otras nuevas, de carácter igualmente burocrático. No es una simple reforma administrativa lo que aconsejo, sino una renovación esencial, de criterio y de espíritu. Tierra del Fuego la reclama, Buenos Aires puede dársela.

Para ello es menester atenerse a la geografía, que plantea los términos inmutables del problema, y a la historia local, cuya experiencia enseña cuáles son los errores del pasado que necesitamos corregir y cuáles las soluciones posibles.

Hay desde luego un problema patagónico, específicamente condicionado por su territorio continental, sus vastas riberas atlánticas, sus límites andinos; mientras el problema fueguino es diferente de aquél, porque se trata de una isla en un archipiélago, cortada del Continente por el Estrecho de Magallanes y de la Argentina histórica por las costas chilenas de ese mismo estrecho. Tierra del Fuego sólo tiene acceso por mar. De ahí que su problema —extracontinental, extrapatagónico— sea primordialmente marítimo, correspondiéndole a la mari-

na y a la aviación la mayor responsabilidad en la empresa de afrontarlo y de resolverlo.

Tradicionalmente se ha cometido el error político de incluir a Tierra del Fuego en la Patagonia; error que debe rectificarse para lo futuro. La Patagonia ofrece la base de su actual desarrollo económico, por natural expansión terrestre de la vida argentina desde sus centros históricos del Norte. Tierra del Fuego, en cambio, permanece aislada, casi virgen o en estados anómalos que requieren la creación de un régimen nuevo, adaptado a su condición insular y a sus fuentes espléndidas de riqueza. El Archipiélago magallánico, en fin, no fué colonizado por España, ni ha recibido influencias de nuestra emancipación. Descubiertos, explorados y estudiados estos mares por naciones extrañas a nosotros, su tradición es cosmopolita, como lo es su escasa población actual. La argentinidad deberá venir aquí como quien viene a una empresa de colonización, pues la ciudadanía no existe aquí.

Para crear en esta Isla un centro de progreso y de influencia indispensable a la plenitud de la patria, su tierra ofrece incalculables recursos, pero la nueva empresa requiere de Buenos Aires una acción de aliento heroico, como cuando España fundaba en América sus ciudades, aclimatando en el Nuevo Mundo su gente, su cultura, su lengua y los implementos de su vida económica.

La guerra de independencia interrumpió la obra colonizadora de los españoles en América; nuestras guerras internas de medio siglo para constituir el Estado nos impidieron reanudar aquella gesta en la parte de suelo virgen que heredamos de la Metrópoli. Sin embargo, nuestra patria se mostró capaz de una empresa aná-

loga en la generación de 1880, cuando realizó la ocupación de la Patagonia con Roca y la fundación de La Plata con Rocha. Éramos, pues, capaces de nuevas empresas heroicas, puesto que incorporábamos en un año vastas zonas a la nacionalidad y edificábamos en un año una gran ciudad. Todo fué saberlo y quererlo, para poderlo.

El problema del Sur es otra empresa heroica impuesta por el destino a nuestra patria. La nueva generación argentina debe realizarla; y los gobiernos deben hallar el plan, los hombres y la inspiración creadora. Basta ya de burocracia estéril y de egoísmos. Aliento grande necesitamos para la grande empresa nueva.

Tenemos población nativa del Norte que podría venir hacia el Sur; tenemos plétora de desocupados o desorientados que hallarían aquí un destino mejor, con la ventaja de descongestionar a Buenos Aires; tenemos hombres intrépidos, funcionarios capaces, especialistas bien informados, gente nuestra para fundar aquí la argentinidad; tenemos máquinas de navegar y recursos financieros; sólo nos falta la visión clara de aquel ideal y la voluntad de realizarlo. Una colonización científica, bien equipada, con familias y utilaje, con todos los implementos de la civilización para ser trasplantados, podría ser traída al Sur, para fundar una gran ciudad donde no faltarán aguas potables, en el Cahme o sobre la costa atlántica; ciudad con todos los recursos del ingenio moderno y ejidos agropecuarios para bastarse a sí misma. Una empresa de esta magnitud requiere el concurso de la marina, del ejército, de todos los ministerios e instituciones públicas, de las escuelas, la prensa, la juventud. Ello reencendería nuestra fe en nosotros mismos y abriría a la región austral de la República las puertas de un porvenir luminoso.

Releo las páginas anteriores y recapitulo este sarcasmo de la patria que es la historia fueguina: el Beagle descubierto por ingleses, los indios evangelizados por ingleses, la toponimia impuesta por ingleses, las ovejas importadas por ingleses y, en fin, labor de ingleses la cartografía, el estudio del clima, los primeros ensayos económicos de peletería, pesca, frigorífico y navegación comercial.

—¿Qué hacían, entretanto, los argentinos? —preguntará algún distraído lector.

—Aquí, nada, como ya se ha visto; y en Buenos Aires, mandar presos al Penal, malbaratar la tierra pública, y murmurar de que los ingleses se hayan apoderado de Las Malvinas, el otro Archipiélago.

Si Las Malvinas no hubieran salido de nuestro dominio, ¿las tendríamos desiertas como a la Isla de los Estados, o habríamos fundado allá un presidio, como en Tierra del Fuego? Quizá yo estaría escribiendo en Puerto Stanley, no en Ushuaia, pues tendríamos allá un lugar de confinamiento más adecuado a tal destino, por ser menos fértil que Ushuaia, y más remoto; uno de sus asientos en el otro Archipiélago fué llamado *Solledad* por los españoles...

Las Malvinas son dos islas mayores —la Est Falkland y la West Falkland— separadas por un canal, y en torno de ambas agrúpanse islas menores, que suman con aquéllas una área de 16.700 kilómetros cuadrados, sobre el paralelo de Río Gallegos, hacia el oriente del Atlántico. En el espacio de mar que delimitan los meridianos 60 y 65, quedan incluídas la Isla de los

Estados y parte del archipiélago malvinense, asentados sobre la misma plataforma continental o patagónica, a cuyo sistema geográfico pertenecen.

La cuestión de Las Malvinas se enuncia en términos brevísimos, con la sencillez de la verdad: pertenecieron a España hasta nuestra independencia y pasaron entonces a la soberanía argentina, como Buenos Aires y todo el territorio patrio. España ejerció actos de dominio reconocidos por Inglaterra en el siglo XVIII y, al suceder a su metrópoli, nuestro país también los ejerció, hasta el 2 de enero de 1833, cuando Inglaterra desalojó de allí por la fuerza al gobernador Vernet, que ocupaba su puesto nombrado por las Provincias Unidas del Río de la Plata. Desde aquel despojo, nuestro país ha protestado reiteradamente, aduciendo en favor de su derecho razones geográficas, históricas y jurídicas, fundadas en documentación incontestable.

Apenas producida la insólita ocupación, nuestro gobierno reclamó de ella ante el gobierno británico. El alegato presentado por nuestro ministro en Londres, don Manuel Moreno, es la pieza inicial del secular proceso. Inglaterra mostróse al principio un tanto evasiva en sus dilaciones, hasta que la insistencia argentina la forzó a una respuesta, firmada el 5 de mayo de 1842 por Lord Aberdeen, ministro de Relaciones Exteriores. Dicha respuesta dice así:

“El gobierno británico no puede reconocer a las Provincias Unidas el derecho de alterar un acuerdo concluido, cuarenta años antes de la emancipación de éstas, entre Gran Bretaña y España. En lo concerniente a su derecho de soberanía sobre las Islas Malvinas o Falkland, Gran Bretaña considera este arreglo como definitivo; en ejercicio de este derecho acaba de ser

inaugurado en estas islas un sistema permanente de colonización; el gobierno de S. M. B. comunica esta medida al Sr. Moreno al mismo tiempo que su determinación de no permitir ninguna infracción a los derechos incontestables de Gran Bretaña sobre las Islas Falkland”.

Como se ve, invócase un “acuerdo” concluido con España antes de la emancipación, para dar apariencia jurídica al atropello; pero esa chicana se desvanece ante los documentos, porque dicho convenio, que sería engorroso examinar aquí, importó un reconocimiento de la soberanía española en las Malvinas, pues Inglaterra dejó a España cuatro décadas en pacífica posesión de sus islas y así pasaron a nuestra soberanía.

Como lo anunciara en 1842, Inglaterra emprendió la colonización de Las Malvinas; aclimató en ellas flora europea y animales domésticos, edificó casas de piedra en Puerto Stanley, creó una base de carena y abastecimiento para su armada, y desde allí expandió su influencia sobre nuestra abandonada Tierra del Fuego, introduciendo ovejas en la pampa fueguina e iniciando la evangelización de onas y yaganes, a quienes se enseñó la lengua inglesa. Entretanto, nosotros vivíamos en la ignorancia o en la impotencia; sin marina y con nuestras escasas fuerzas comprometidas en guerras internas o internacionales, aunque sin abandonar nuestro derecho.

Tranquilizado el país después de 1880, la vieja cuestión se reanudó durante las presidencias de Roca y de Juárez Celman. En 1887 (*Memoria de Relaciones Exteriores*, pág. 91), el ministro Quirno Costa dice:

“Existe pendiente la cuestión relativa a la soberanía de las Islas Malvinas, que fué reabierto por el Memorandum presentado el 2 de enero de 1885 al ministro

de S. M., Honorable Edmundo Monson, y que éste remitió a su gobierno para su estudio. El ministro de Negocios Extranjeros, Conde de Roseberg, había prometido a nuestro representante, el doctor García, ocuparse de este asunto y transmitir su contestación. Empero, su retirada del Gabinete dejó pendiente la respuesta. Por nota de última fecha, el Ministerio ha reiterado a la Legación en Londres las instrucciones que le fueron enviadas con fecha 15 de diciembre de 1885, a fin de solicitar, en el momento oportuno, la contestación ofrecida”:

En la misma Memoria de 1887 se lee un extenso escrito (páginas 193-278) que don Vicente G. Quesada, nuestro ministro en Washington, presentó al gobierno de los Estados Unidos por actos de violencia que, en 1831, barcas pesqueras norteamericanas habían perpetrado en aquellas mismas islas; y aunque este otro asunto sea ajeno a la cuestión con Inglaterra, esa nota ilustra sobre los títulos de nuestra soberanía.

A pesar de reiteradas gestiones y aun de incidentes producidos por mapas, estampillas o cartas de ciudadanía, podemos decir que la cuestión de Las Malvinas sigue pendiente y que se mantiene en sus términos iniciales. Poco han pesado en el Foreign Office los alegatos jurídicos de nuestra parte durante un siglo, ni los cuantiosos intereses económicos que hoy vinculan a Inglaterra y a nuestro país. Inglaterra parece necesitar de aquellas Islas en la mecánica de su imperio marítimo, como se vió en combates de la pasada guerra mundial; bien que la Argentina mantiene su protesta, como defensa del derecho y del honor.

Si la contienda se desenlazara un día por arbitraje o por tratado amistoso o por reordenamiento del mundo, y Las Malvinas volviesen a nuestro dominio, aque-

llas Islas continuarían siendo un problema para nosotros. Lo serían porque no hay allí argentinos y porque su incorporación real a nuestra soberanía dependerá de la obra que previamente hayamos realizado en Tierra del Fuego, base de nuestra nacionalidad en los mares del Sur. Por eso incluyo al otro archipiélago en estas notas sobre el archipiélago fueguino.

Un siglo han durado nuestras reclamaciones y de nada han valido viejos documentos ni envejecidos discursos. Trátase de una situación de fuerza que es necesario contestar con hechos. No me refiero a hechos militares, sino a hechos políticos. En tal terreno, la cuestión de Las Malvinas está indisolublemente unida al problema de Tierra del Fuego, en donde ineludiblemente debemos acrecentar nuestro poder y afianzar el prestigio del nombre argentino.

Si tan hondo es el problema fueguino por lo que respecta a la historia interna de nuestra soberanía, ese problema tórnase trascendental cuando vemos que Tierra del Fuego está emplazada entre cuatro mares: el del Estrecho de Magallanes al Norte, que la separa del Continente y abre paso mundial entre dos enormes océanos; el del Pacífico al Oeste, sobre cuyas costas señorea desde Punta Arenas la soberanía chilena; el del Atlántico al Este, donde Las Malvinas siguen ocupadas por Inglaterra; y el del Antártico al Sur, donde ya nos ha sido planteada la cuestión relativa a las Tierras de Graham y demás comarcas polares. En la encrucijada de tales divergencias internacionales, Tierra del Fuego es aquí el único baluarte de la argentinidad.

*EPÍLOGO FANTÁSTICO DE UNA
HISTORIA VERDADERA*

A mi madre y a mi mujer.

MI FUGA A LA ISLA DE KONIK-SCIÓN

Una de estas noches de Ushuaia fui a la Oficina de la Radio para entregar un telegrama dirigido a mi familia, con tranquilizadoras noticias sobre mi salud. Mi vivienda era esta casa de la policía, en la misma loma donde se alza, al pie de la Cordillera Le Martial, frente al Beagle, la torre metálica de los mensajes aéreos. Varias veces había hecho ese corto paseo para análogas comunicaciones a Buenos Aires, sin que jamás ocurriese nada extraordinario. Sin embargo, aquella noche pasó algo que quizá pertenece al mundo en que viven los entes de la superstición y del arte. Me abstendría de contarle para un lector probablemente incrédulo; pero me decidí a hacerlo porque acaso este relato esconde un misterio propio del mágico paisaje ushuaiano.

Había ya pagado mi corto despacho al jefe de la oficina, que me atendió con su habitual gentileza, y me demoré conversando con él sobre el sol de que excepcionalmente gozábamos aquel día. Mientras hablábamos, oíase el batir rítmico de los dinamos en el departamento contiguo a la casilla de madera en donde estábamos. El jefe me invitó a ver las máquinas, y pasamos a verlas. De la pequeña planta eléctrica parecida a muchas otras, entramos en el aposento de las transmisiones. Allí, un empleado, puestos los auriculares, trabajaba abstraída-mente.

Era un saloncito estrecho, escasamente alumbrado; tableros de mármol y enchufes de metal indicaban mecanismos para alternar, medir o sintonizar las corrientes. En ese momento recibían un despacho de Bernal, la estación bonaerense. Manifesté mi ingenuo asombro, y el jefe me avisó que ellos solían a veces distraer su aburrimiento captando las ondas más lejanas, y acababan de oír un telegrama de Tokio para El Callao, en signos Morse. El empleado movió el conmutador y, después de una exploración breve, me pasó los auriculares:

—Escuche, una “broadcasting” de Londres...

Durante un rato, en el silencio de la casilla, estuve oyendo a las orillas del Beagle una canción inglesa que venía desde las orillas del Támesis, plañidera y romántica. Rememoré los días de mi juventud en que yo había oído a esas cantoras en los teatros londinenses.

—No sé cómo —pensé casi en voz alta cuando el canto cesó— el mismo hombre que se apodera de las fuerzas naturales para hacer el bien, pueda pertenecer a la misma especie del individuo que se mueve a impulsos de una estupidez bestial o de una maldad reflexiva.

—¡No! —respondió a mi pensamiento una voz de ronquido que pareció haber sonado dentro de los auriculares.

Disimulé mi sorpresa por aquel raro incidente; pero no pude callarlo y se lo comuniqué a los telegrafistas. Ellos tomaron aquello como algo muy natural y ordinario; por el receptor colábanse con frecuencia ruidos intrusos, vibraciones parásitas, descargas de ondas aun mal conocidas.

Esto llevó la conversación a lo esotérico de algunas máquinas modernas tan sutiles como la radiotelefonía

y el cinematógrafo, con las cuales nos hemos familiarizado, pero que encierran profundos misterios, pues sus imágenes y sonidos no se forman sino en nuestra mente.

—Las experiencias de la física en la descomposición del átomo —dije con pedantería— revelan cuán sutil es la materia y hasta dónde puede penetrar en ella la inteligencia del hombre.

En efecto, si el espíritu moderno ha podido captar, mediante ingeniosos aparatos, las más finas vibraciones del cosmos para transmitir pensamientos a desusadas distancias o para proyectar figuras a través de cuerpos opacos, no es imposible que el hombre en estado de naturaleza, cuando la inteligencia es infantil y la sensibilidad casi cósmica, en recóndita comunión con las esencias de la vida, haya podido, sin mediación mecánica, transmitir a distancia su pensamiento, y hasta proyectarlo en formas dinámicas visibles. ¡Quién sabe si los modernos inventos científicos no sean sino reminiscencias de aquella edad de los antiguos magos! Hoy es evidente que la materia sólida no existe. El mundo es una vibración etérea. Aquí en la soledad del Onaisín más de una vez, yo creí percibirlo claramente.

Concluida la ociosa plática, me despedí del jefe, agradecido al servicio que su oficina prestaba, siendo éste el único medio para comunicarme con mi afligida familia cuando necesitaba hacerlo.

Pocas noches antes, mi madre y mi mujer me habían hablado desde Buenos Aires, en una audición conmovedora. Quizá contribuyera esto a aguzarme la sensibilidad y la fantasía.

Al salir de la radio aquella vez de mi relato, iba reflexionando sobre esta familiaridad del hombre con

el misterio, hoy renovada por la ciencia, pero latente siempre en lo profundo del ser humano, cuya naturaleza interna es análoga a la del mundo exterior. Pensé en la magia de los pueblos primitivos, en las leyendas mitológicas griegas y en lo que numerosos viajeros cuentan haber comprobado entre los onas: raza antiquísima, vigorosa y enigmática, hoy casi totalmente extinguida. Los últimos indios de Tierra del Fuego conservan tradiciones de un continente desaparecido, gestas de seres prodigiosos que vivieron con el hombre en esta Isla. El khon o médico, y el chaan o maestro, eran personajes de una extraña sabiduría, heredada de aquellas épocas arcaicas. Transmitían el pensamiento sin palabras; obraban sobre el cuerpo de personas ausentes; podían crear, mediante ondas mentales, formas que desaparecían luego a voluntad.

Embargado yo mismo por la inquietud de lo desconocido, detúveme en la loma de la oficina a contemplar el fantástico panorama de Ushuaia bajo la luna: a pocos pasos de mí, brillaba la ventana de mi vivienda, confinada ella también bajo las sombras, entre la montaña y el mar.

La noche era serena y no muy fría. Había amainado el viento, cosa rara en esta región. La luna llena levantábase tras el Monte Olivia y un trémulo haz azogado cortaba las aguas del canal. En lo alto lucían algunas estrellas y el resplandor nocturno plateaba los nevados de las cumbres en el anfiteatro cordillerano, dando al paisaje la fosforescencia opalina de un mundo espectral.

Fué entonces cuando ocurrió un hecho vulgar en sí mismo, del que arranca una serie de episodios verosímiles, aunque no faltará quien pretenda incluirlos en

la especie de las alucinaciones o los sueños; pero yo anticipo que estaba muy lúcido esa noche. Para este relato me atengo tan sólo a mi propia memoria, y fielmente sigo el hilo de mis recuerdos. Además, esto lo escribo sólo para quienes sean capaces de leer sin prevención ni suspicacia.

Hallábame, como he dicho, en la loma de la Radio, solo, contemplando la belleza de la noche ushuaiana, abstraído en su silencio, cuando un hombre alto, moreno, que apareció ahí no más, junto a la oficina, se acercó y me dijo:

—A usted estaba esperándolo, doctor.

El farol de la casilla alumbraba hacia afuera, y reconocí inmediatamente a aquel hombre: un indio ona, llamado Karniel, que el día antes había estado conmigo.

Los onas civilizados, cuando en castellano aluden a sus khones y chaanes, suelen llamarlos “doctores”, y Karniel me daba ese tratamiento con un visible respeto.

—¿Ha oído lo que le dije cuando estaba adentro?
—me preguntó Karniel.

Aclaró luego que referíase a aquel “no” como de ronquido que sonó en los auriculares, pero no quiso dar más explicaciones, dejándome con ello muy intrigado.

Según es notorio, de la raza ona han sido destruídos sus clanes, pero aun quedan algunos raros ejemplares de ella.

Nacido cerca del Lago Cahme, Karniel contaba más de sesenta años de edad. Era un hombre vigoroso y discreto; había asistido al exterminio de su raza y actualmente vivía más allá de Lapataia, de donde vino en mi busca. Un amigo chileno (cuyo nombre reservaré por muy justificados motivos), fué quien me puso en con-

tacto con aquel hombre, escribiéndome que podía confiarme absolutamente en él.

Nuestro primer encuentro había sido secreto, al atardecer del día anterior, en una hondonada que las colinas forman detrás del Presidio, por donde un arroyo se desliza entre enormes bloques de piedra, junto a los troncos negros de un bosque incendiado.

Cuando vino a verme en Ushuaia, Karniel vestía chambergo, pantalón y botas, como otros indios reducidos que trabajan en las ganaderías de Río Grande; pero aun solía cubrirse con los antiguos quillangos de guanaco, en el interior de una selva a la que periódicamente se retiraba, no sin cierto sigilo. Entre los últimos sobrevivientes de su raza, Karniel era uno de los dos chaanes que aun subsisten en Tierra del Fuego, como ignorados restos de una cultura que fué ciertamente admirable por su moral y su sabiduría. Conocía todas las viejas tradiciones del Onaisín, de las que hablaba con unción, y el poder de su mente era maravilloso. Lo que tantos libros refieren sobre la telepatía y la telekinesis de los onas, en él lo vi realizado. Jamás olvidaré aquellas revelaciones extraordinarias. Recuerdo que yo le hablé en nuestra primera conversación, con ánimo de sorprenderlo, de comunicaciones aéreas y transmisión de imágenes a distancia o en movimiento, y él se sonrió, diciéndome que él las practicaba sin necesidad de aparatos mecánicos, y así acababa de probármelo con aquel "no" como de ronquido que creí haber oído en la radio. Expediase con facilidad, frecuente entre los onas; pero debía su verdadero saber a tradiciones arcaicas que el aislamiento insular conservó a través de incontados milenios. La escuela hermética del jaind y el saber transmitido secretamente a los chaanes de cada generación,

explican la persistencia de esos misterios, más antiguos que el gran diluvio.

Al hablar conmigo la primera vez, Karniel sabía quién era yo; conocía las circunstancias de mi confinamiento en Ushuaia, y otras cosas de mi vida. Ciertamente pudo conocerlas por el amigo que me lo enviara, pero, además, hablaba de todo eso con profundidad aterradora. Mostrábase tan entrañablemente interesado por mí, que después de las confidencias iniciales, Karniel me propuso la fuga.

—Yo puedo llevarlo —me dijo— hasta la frontera de Chile. Al otro lado de la línea lo esperan personas que lo conducirán a Punta Arenas. De allí adelante, usted se arreglará para seguir.

—¿Cuánto tiempo de camino?

—Dos horas hasta Lapataia, a caballo.

—¿Qué cobra usted por este servicio?

—Nada. Cumpló con un deber al hacerlo, y yo sé por qué lo hago.

Le agradecí sus palabras, y como él insistiera, le contesté:

—Yo le agradezco, amigo, el servicio que usted me ofrece; pero no puedo aceptarlo. Debo permanecer aquí. Al hacerlo cumpló con mi deber, y yo también sé por qué lo hago.

No creo que hubiera sido una imprudencia confiar en aquel hombre para la fuga; pero le manifesté cómo habían querido imponerme que declarara mi opción entre un viaje a Europa o ser confinado en el extremo austral de América; y yo me había negado a declarar tal opción, prefiriendo someterme a un confinamiento arbitrario, pero dentro de mi patria. Los jueces habían consentido esa violación de las leyes y las armas de la Nación

habían servido de brazo para ejecutar la iniquidad. Por eso estaba yo en el Onaisín, y le expliqué cuáles eran mis ideales.

—Eso es —arguyó Karniel— lo mismo que Kuanip nos enseñó.

—En verdad —le dije— está pereciendo el espíritu de nuestra raza, víctima de las usurpaciones armadas y de la corrupción extranjera.

—También nosotros hemos visto sucumbir a nuestra gente en su Isla, por el abuso de la fuerza pervertida y por la corrupción del forastero codicioso y bárbaro. Por eso vengo a ofrecerle la evasión. Necesitamos salvarlo.

—Aquí —le respondí— no me detienen esas guardias armadas, que podría burlar, ni ese cerco de mares y montañas, que usted desea franquearme. Detiéndeme aquí un deber que ni siquiera puede hoy ser comprendido. La única evasión digna, hoy, para mí, es la evasión de mi pensamiento en la libertad de sí mismo. Si ello es posible, eso quiero.

—También eso es posible —respondió el chaan de los onas con voz grave, y sus ojos anegáronse en una sombra enigmática.

Con su frase lacónica —“También eso es posible”— Karniel aludía a uno de los más herméticos misterios del Onaisín, como llegué a saberlo más tarde. Lo que yo sentí al oírlo, no provenía de la inteligencia que comprende, sino de la sensibilidad puesta bruscamente en presencia de lo que está más allá. Él, en cambio, sí, había comprendido mi intención. Después él mismo descifró la suya. La evasión que me proponía con tanta naturalidad, no en el espacio sino en el tiempo

o quizá en el espíritu, era la de un viaje a Konik-Sción, la isla blanca que está dentro del cielo.

—Allá moran —afirmó— los más altos mehnes de América, hoy atribulada, como el Onaisín, por la usurpación de Siaskel y por las codicias de Koliot. Usted llegará hasta el umbral misterioso, y tal vez oirá a alguno de los héroes muertos.

Así habló Karniel, y tal fué lo esencial en nuestra primera entrevista.

Al día siguiente, aquella noche de la Radio, mencionada al principio de esta narración, Karniel me dijo después de su saludo:

—Venía a verlo por lo que ayer hemos hablado.

En efecto, esa noche debíamos tratar nuevamente sobre el delicado asunto de mi fuga a Konik-Sción. Poco teníamos que agregar sobre ello. Al encontrarnos por segunda vez, sólo debíamos concertar el viaje prometido.

Konik-Sción es una comarca mística que linda con el mar, como el cielo en el horizonte, donde ambos se juntan para el ojo humano, sin juntarse realmente. El nombre de Isla Blanca, que también suelen darle, proviene de que su suelo es blanco, semejante a la visión de las islas de nieve; pero está formada por el mehn de la nieve, sin su frialdad, y esa rara sustancia afelpa sus riberas. Algunos hombres de ciencia la han mencionado como si sólo fuese una fábula de la mitología ona; pero Karniel hablaba de ella como de una realidad.

No puedo divulgar ciertos pormenores de nuestro coloquio, ni circunstancias absolutamente secretas sobre mi preparación para el viaje. Simplemente diré que al preguntarle si necesitaríamos provisiones o abrigos especiales, me contestó que no; al sugerirle mi temor sobre

algún accidente del camino, me aseguró que nada malo ocurriría y que era bueno ir desarmado, a pesar de los marinos armados que desde un pontón vigilaban la bahía en precaución de fugas. Al inquirir sobre el rumbo que debíamos llevar, me respondió que lo sabría después. Iba a despedirse cuando me dijo:

—Duerma tranquilo esta noche; yo golpearé en su ventana antes de la salida del Sol, y de aquí partiremos al amanecer.

Con estas palabras y la absoluta confianza que tal hombre me inspiraba, nos despedimos hasta luego. Él se perdió en la sombra, detrás de la colina del telégrafo, y yo entré en mi habitación.

He de confesar en este punto, que me dormí profundamente esa noche, y alguien podrá creer que yo soñaba cuando, horas más tarde, sentí unos golpecillos en mi ventana; al levantarme vi al chaan que me esperaba afuera. La luz del amanecer no iluminaba aún el caserío rodeado por su anfiteatro de montañas.

Salí de mi habitación con mucho abrigo: un chaleco de vicuña, un gorro de lana y, además del sobretodo de paño, una larga capa impermeable en previsión de chubascos. Al verme Karniel se sonrió, burlándose de mí:

—Se ha abrigado de más, porque no sentirá frío.

—¿Y si llueve?

—Tampoco lloverá. ¿No vió en el Monte Susana el color que las nubes tenían ayer, y el de las nieves de la Isla Hoste, al ponerse el Sol?

El chaan explicó lo que eso significaba y recordó la previsión que “los doctores del tiempo” tenían sobre los fenómenos atmosféricos; verdades que enseñó Kar-kaai, el gran doctor del viento sur.

Según las leyes de libertad que regían mi confinamiento, yo debía, diariamente, firmar en un libro de la policía, para constancia de mi presencia en el lugar. Karniel habíame asegurado, sin embargo, que nadie notaría mi fuga; y así ocurrió, en efecto.

A todo esto, habíamos empezado a marchar. Por algo que antes le oyera, creí que iríamos hacia el Alto, en dirección al barrio que llaman "Chile Chico", por vivir allí algunos chilotes, o sea que iríamos hacia el Oeste en dirección al Monte Susana, para bajar, más allá del cementerio, a la aplanada península de Usín, sobre la bahía, pues me había anunciado que parte del camino debíamos hacerlo por agua. Tomamos, sin embargo, el rumbo contrario, hacia el Este, en dirección al Olivia, cuyos picos arquitectónicos blanqueaban ya los arreboles del alba. Caminamos a pie por detrás del Presidio y creí sentir ayes como de torturados, tras la muralla. Pasamos luego el puente de un pequeño río y llegamos a la imponente Cascada del Olivia; finalmente, desviamos de la ruta conocida, para internarnos en un bosque de robles. A poco de haber entrado, perdí toda noción del rumbo, bajo la copa de árboles añosos, entre una espesa maraña. Karniel conocía muy bien aquellos lugares, y tomó una senda que parecía ir a la Cordillera Le Martial, pero después comprendí que no íbamos hacia ella.

Mientras caminábamos, Karniel me habló de Kuanip, el héroe de los onas, y de otros mitos sobre la vida del hombre en el Onaisín, y sobre su paisaje poblado de personas vivientes.

Mientras lo oía, sentíame absorto. Sólo recuerdo de esas leyendas los hechos esenciales y la emoción que me producían. Es imposible renovar por medios literarios el encanto de aquellos ingenuos relatos.

Al escucharlo en el camino de la selva, sentíame tocado por la magia del Onaisín, la isla en cuya tierra no reptaba la víbora y en cuyo cielo no truenaba el rayo. Por no sé qué prodigio, yo no sentía frío, ni fatiga, ni hambre, aunque creía haber caminado varias horas. Al principio de la marcha, desde alguna eminencia, por los claros del bosque, pudo verse el agua del mar o la nieve de las cumbres; pero luego anduvimos cercados por una vegetación invasora.

Marchábamos por un bosque tupido de maitenes, hayas y robles gigantes, en cuyos troncos lucían orquídeas blancas y rosadas. En la sombra del sendero, florecían violetas casi doradas, pero sin perfume, y extrañas corolas de otras flores: bomboranes, brezos, clarioneas; unas blancas, otras rojas, otras azules. Magnolias como las del trópico y helechos arborescentes, hacían pensar en la flora de los climas templados. Abundaban calafates, frutillas silvestres, que Karniel recogía del suelo para dármelas. Pero en otras partes del camino, él, que era tan baquiano, esquivaba los turbales, fangosos pudrideros de hongos, y las marañas intrincadas en que algunos troncos al crecer, doblados por la fuerza del viento, asumían formas dantescas, torsos retorcidos en el suplicio o brazos humanos tensionados en la lucha. Vi, finalmente, unos robles enanos, y causóme tristeza el verlos...

Todo esto, que a muchos lectores parecerá un capricho de mi fantasía es, sin embargo, perfectamente real, como ha podido observarlo cualquier persona que haya viajado por la selva fueguina, y así lo atestiguan fotografías y libros de numerosos viajeros.

Según las pragmáticas dictatoriales que me prohibían salir de Ushuaia yo no conocía sino sus alrededores,

no sus bosques lejanos; de modo que en experiencia real yo no había visto antes aquel paisaje.

Empezaba a atardecer cuando llegamos en la roble-da a una abra donde había una choza deshabitada. Allí nos detuvimos y Karniel me dejó solo, no sé cuanto tiempo; se alejó de mí o desapareció de mi vista, sin darme explicaciones. En el silencio del atardecer, cantaban a lo lejos unos zorzales, como los que cantan en mi selva del norte argentino, porque también los hay en la selva del Sur.

Yo conocía, por cierto, las leyendas de los onas en relación con el bosque. La naturaleza toda era el símbolo de su religión. Creían que cada árbol tiene un mehn o espíritu animador: llamaban Quemanta al espíritu del árbol vivo; Ashe, al del árbol muerto, y Joshe al diáfano mehn que nadie ha visto porque flota en el aire de la selva, entre los diferentes árboles: Short es el espíritu de las piedras blancas, Jachai es el de las piedras negras, Omeling es el del cielo inmenso, y Jalpen el de la nube vagabunda. Esto lo sabía yo anteriormente; pero cuando Karniel me dejó solo, empecé a percibir el bosque en sus dobles etéreos, los mehenes de los árboles.

Karniel, o su imagen, volvió de pronto a mi presencia, y sentado en un tronco de los que suele derribar el viento, habló así:

—En este mismo lugar, existió hasta hace pocos años el último Jaind, la escuela de la raza, el recinto de los misterios. Aquí empezaban y terminaban las ceremonias del Klóketen, para iniciar a los hombres nuevos en la virilidad. Tan herméticas eran sus enseñanzas, que el ya iniciado no podía revelarlas ni a su propia madre, y se dió el caso de que un violador del secreto

muriera a manos de su propio padre, aunque la congregación del Jaind fingió ignorar el hecho.

Así el chaan de los onas, en su propio ambiente, describió la práctica del klóketen como llaman en su lengua a las ceremonias del joven que entra en la edad viril y se inicia en ciertos aspectos trágicos de la condición sexual. Tanta importancia dábanle a este misterio, que él era fundamento de su cultura, base de la familia y del gobierno, en aquel pueblo sin caciques. El Onaisín se gobernó por leyes morales, a cargo de los chaanes, o sea de sus maestros.

Luego hízome ver en el aire las figuras del retiro del joven entre las fieras del bosque, escena de una grandeza realmente eleusina.

—Hoy puedo explicarle y mostrarle todo eso —dijo Karniel— porque ya todo eso ha pasado.

—Quien sabe si ha pasado —le contesté, por decir algo.

—Ya nada de eso volverá a ser —exclamó con melancolía.

—Si nosotros lo vemos hoy es porque aun permanece. Lo que una vez ha sido, lo es para siempre. Y usted bien lo sabe.

Concluyó Karniel sus explicaciones, que iban sumiéndome en un mundo ilusorio, y me invitó a continuar la marcha. Era casi de noche cuando reanudamos el camino a través de la selva. A poco andar nos encontramos con una gruta por la que entramos cautelosamente: la puerta hallábase oculta por piedras y árboles. Prolongábase luego una galería hundida largo trecho en absoluta oscuridad hacia el interior de la montaña. Anduvimos por el oscuro subterráneo, tan silencioso que sólo se oía un ruido como de gotas de agua; pero mo-

mentos más tarde comenzó a resonar adentro del cóncavo el rumor del mar. Salimos luego a una playa desierta, donde nos esperaba una canoa. El mar estaba quieto y el cielo azul, con claras estrellas.

—Aquella es la estrella de Kuanip —avisó mi guía.

La navegación fué más bien arte de los yaganes, que habitaban al otro lado del canal, en la isla Navarino; pero Karniel —aunque ona de origen— entró en la canoa y comenzó a remar en el agua serena, con un ritmo casi litúrgico, al que acompañaba su palabra. Continuó hablándome mientras avanzábamos; su voz adquirió acentos de inefable monótona musicalidad. Karniel hablábame ahora de Konik-Sción, la isla blanca que está dentro del cielo, hacia la cual navegábamos lentamente.

Yo no sé en qué ribera nos habíamos embarcado, porque al transponer el subterráneo que atraviesa la montaña me desorienté del todo y hasta empecé a dudar de la realidad de cuanto me ocurría. Además, yo había visto pasar ese día, pero no estoy muy seguro de ello. Todo parecía ocurrir como si el tiempo astronómico no existiera.

Confinado en Ushuaia por no haber querido salir de mi patria, habíame visto llevado, quizá para experiencias necesarias, a las remotas islas del Onaisín, entre las nieves australes. Camino de islas fué mi odisea, unas reales, otras imaginarias. Allá en las regiones subtropicales de mi patria, había salido a buscar la República soñada, y entonces vi las islas vírgenes del Paraná y la de Alto Verde frente a Santa Fe, ciudad de la Constitución. De allí había bajado, preso, a la isla de Martín García, en el Río de la Plata, donde Sarmiento soñó emplazar su Argirópolis, la nueva ciudad de justicia.

Después, confinado al Sur, mientras navegábamos bajando la costa patagónica, entreví la isla de los Césares, con su sinarquía legendaria; y la isla de los Pingüinos, con sus fantoches grotescos; y la Ínsula de Quijotania, con su república de carneros; y la isla de los Estados... de sitio; pero todo eso parecía haber ocurrido ilusoriamente. Por ese camino llegué al Onaisín, como los indios llamaban a Tierra del Fuego, entre las innumerables del Archipiélago austral, región verdaderamente mágica por sus panoramas y sus tradiciones. En este confín, aislado del mundo, el telegrafista de la Radio fué como un mago moderno que, en pocos segundos, comunicábame, a millas de ausencia, con los seres amados; pero el último chaan de los onas, al conducirme a Konik-Sciön, me comunicó, mediante otra magia, con la isla de los mehnes, que está más allá del espacio y del tiempo.

Desde la costa del Usín, si tal hubiera sido el punto de partida, podríamos haber navegado el canal Beagle hacia el Este, en dirección a las islas Ecleraies, o hacia el Oeste, en dirección a Lapataia, o bien hacia el Sur, por la Navarino, hasta el canal Murray, que en ángulo con el Beagle corre hacia el Sur tempestuoso, dirigiéndose al Cabo de Hornos, adonde llegan las más frías corrientes polares. Pero es evidente que ninguno de aquéllos fué nuestro camino. Yo no sentí frío, pero tampoco había viento ni marejada, lo que era algo muy extraño. La canoa parecía navegar por sí misma, aunque el chaan movía los remos. Al hablar, su voz melodiosa transfiguraba el mundo, y yo mismo sentíame como aligerado de mi cuerpo, absorto en lo que oía, con el candor de un niño a quien se narra una leyenda y, al oírla, él mismo la crea en su mente fascinada.

En fin, que no sé por dónde íbamos, ni cuántas horas navegamos. Sólo sé que yo antes estaba físicamente en Tierra del Fuego, la isla grande del Archipiélago Austral, cuando Karniel vino a sacarme del confinamiento para llevarme a la evasión, más allá de los límites materiales del mundo.

Navegábamos bajo un cielo de sueño, sobre una agua de silencio, y en aquel mar sólo se oía levemente el ritmo del remo y la voz del chaan, salmodiando en la sombra.

—No esperes ver en Konik-Sciön —decíame Karniel—, bosques exuberantes, ni rientes riberas como las de la Isla Grande, la tierra del Onaisín. No es que allá no existan, sino que tú no podrás verlos hasta después de la muerte, y tú no has muerto aún. Llegarás a la etérea ribera, y acaso te cegará su resplandor.

Cada vez parecíanme más profundas las palabras del chaan. Su inspiración crecía, y mi emoción a par de ella. Nada acertaba yo a responderle. Sentía en mi corazón la evidencia de un gran misterio.

Hay en la Isla del Cielo bosques de hayas esbeltas y gigantes robles, pero invisibles para los hombres vivos, como el diáfano espíritu de Johse que vaga impalpable por los bosques de la tierra. A su sombra abunda la caza y los más variados hongos; pintan el suelo fresas, violetas y margaritas; cantan los zorzales con una música nunca oída aquí abajo. Allí están los arquetipos de todas las formas, y al crearse éstas hacia la luz del mundo, tórnanse visibles, pero su opacidad material oculta la luz interior de que provienen.

De pronto, advertí que sobre el agua densa, reverberaba un resplandor. Momentos después, la canoa se detuvo. Habíamos llegado a la ribera fabulosa.

Era un paisaje espectral, todo blanco, de vibraciones opalescentes y formas aéreas, que parecían flotar en lejanías irreales. Paisaje, he dicho, porque no puedo decir celaje; pues aquello no se parecía a los panoramas de la tierra, sino a los del cielo. También he dicho blanco, para pintar su color, porque no hay otro que más se le parezca; pero aquello tenía la blancura azulada de algunos glaciares que llegan hasta el mar entre los paredones de los fiordos. Sólo la luna llena, en ciertas noches de estío, con su reflejo nacarado en las mórbidas nubes o en las cimas nevadas, podría compararse a la visión de aquella comarca.

Todo allá parecía hecho de nieve, pero de una nieve sin frío, que no se quebraba bajo el pie cuando se la pisaba al andar. Semejante blancor no era atributo, sino substancia que tapizaba el suelo; y las formas, igualmente blancas, movíanse como sin peso en un aire liviano. Al franquear la frontera, yo mismo sentíme identificado con aquella sustancia, pues mi cuerpo habíase aligerado más que una sombra.

Una especie de pradera tachonada de lirios cándidos, extendíase ante mí. A mi espalda, y a ambos lados, levantábanse enormes montañas blancas. En la lontananza blanca, el panorama no tenía límites.

Desde aquel impreciso horizonte, análogo al del mar en los ortos de luna, comenzaron a venir, con un andar de vuelo, figuras que parecían humanas.

—Son los mehnes de América —dijo Karniel a mi lado.

Todos, en efecto, habían pasado por su propio kló-keten, aunque de maneras diferentes; y como Kuanip, todos fueron maestros bienhechores. Todos cumplieron

en vida su empresa, resignados al sufrimiento, y allá sobrevivían por la gratitud de los que recuerdan.

Noté con sorpresa que ahora Karniel no hablaba materialmente, sino que me comunicaba en silencio su pensamiento, y yo lo entendía como si lo oyera. En tal arrobó, yo nada acertaba a preguntar ni a pedir; pero —cosa singular— el chaan respondía a mis calladas interrogaciones, y mis tácitos anhelos obraban como evocaciones de realización inmediata.

Vi entonces, de pie en la lejanía, la gigantesca silueta de un paladín vestido de luz, que apoyaba la diestra en el puño de su sable.

—Ése es el Santo de la Espada — musitó la voz que ya no hablaba.

El héroe estaba inmóvil, como tallado en mármol estatuario; pero su gesto era meditabundo, y el éter vibraba en torno de su frente como cargado de presagios.

No sé a qué distancia lo vi, porque allá no había espacio físico sino ámbito espiritual. Estaba el héroe como un prisionero detrás del límite, y yo sufría de no poder acercármele. Intenté gritar, pero mis palabras no resonaron en lo que yo creía ser el aire. El chaan me disuadió, aconsejándome no articular las frases sino pensarlas tan sólo, por ser ello suficiente para que los mehnes las percibieran. Lo mismo me ocurriría con lo que ellos pensarán.

“Vemos desde aquí, yo y todos los que fuimos creadores de la patria, la tragedia actual de nuestra América, y este dolor aflige la beatitud de nuestra gloria, a los que aquí sobrevivimos. Entre una Constitución de Justicia, que se viola, y un Himno de Libertad, que se profana, dijérase olvidada la Revolución Argentina

para imitar revoluciones ajenas, madres del caos. No hay pensamiento, allá, que a nosotros no llegue, y desde aquí alentamos a los que luchan por el antiguo ideal, para no dejar trunca nuestra obra. Acaso desde aquí no percibimos bien las anécdotas diarias, que al fin son hechos fugitivos y materiales; pero, eso sí, percibimos, con angustiosa claridad, como en un Mahabarata, las luces y las sombras de las conciencias en combate. Si la patria no se detiene en el camino que hoy lleva, podrá seguir acumulando riquezas, inerte ante el extranjero; pero nosotros habremos muerto aquí por segunda vez y para siempre, al apagarse allá en la tierra el fuego sagrado que nosotros encendimos en el corazón de nuestros pueblos”.

Ignoro quién hablaba, porque nada se oía, y se creyera que yo mismo daba forma a esos pensamientos, como en los sueños.

La presencia terrenal que yo era, producía en aquella isla misteriosa una inquietud semejante a la del viento en las nubes. En la pradera blanca habíanse congregado muchos héroes, que llegaban del horizonte. En medio de su tribulación, todos invocaban a la esperanza, como Isaías cuando profetizaba al Espíritu.

“El indio ha muerto, el gaucho ha muerto, el criollo está en agonía; pero llegará el nuevo tiempo de América, y todos sus muertos resucitarán. El viento del Espíritu no sopla aún, pero soplará desde estas alturas, porque ello es necesario. El ideal triunfará otra vez, como triunfó con nosotros, después de largos padecimientos. Las nuevas progenies se han entregado al lucro y la mollicie, y la raza va descastándose, como sin raíces en su suelo; pero la palabra es divina, y por eso

es creadora. Ninguna palabra generosa se pierde cuando realmente brota del corazón”.

No todos aquellos seres parecían haberse resignado a la quietud de la muerte, y ansias de retorno los acometían. Uno de ellos avanzó hasta el límite, como para que yo viese quién era, y reconocí al comandante Piedra Buena, cuyo retrato yo tenía en mi habitación de Ushuaia. Recio el busto, recio el rostro, recio el puño de hombre hecho a la tempestad. Nuestro Adelantado del Mar del Sur venía con su gesto de salvador de náufragos, cuando me reconoció como un mensajero de sus Islas; ¡Islas sagradas donde los Andes se despedazaron en un cataclismo de la tierra y donde la Patria está despedazándose en un cataclismo de la historia!

“Bien sé que has escrito la historia del Archipiélago y la mía. Más de una jornada, mientras con ahinco trabajabas junto al fuego de tu vivienda, yo asistía a esa obra silenciosa. Quizá no sabes todo lo que has puesto en ella. Comenzaste por describir a Tierra del Fuego, y has hecho del Onaisín un símbolo de América. Esa Isla que tanto amé, es como el Continente en miniatura, con sus Andes trágicos, sus fogatas encendidas entre la nieve, sus costas abiertas a la aventura, sus descubridores, sus piratas, sus misioneros, sus tiranos, sus presidiarios, sus explotadores, sus gentes sometidas al oprobio: indios exterminados, labradores sin tierra, ciudadanos sin derechos. Yo la quise argentina, mas no para eso, sino para algo mejor. Trabaja para ella como yo trabajé, y para salvarla, ve a publicar su desventura”.

Concluyó de hablar el viejo marino, y un augusto silencio reinó sobre la Isla Blanca.

En el misterioso lugar, todo empezó a desvanecerse.

Las figuras de los mehnes regresaban, silenciosas y pensativas, hacia la lontananza del cielo estrellado, de donde me pareció que habían venido.

El chaan volvió a corporizarse a mi lado, y por el desfiladero de la entrada, entre las altas montañas blancas, aun visibles, tornamos a la playa desierta, donde nos esperaba la canoa.

Karniel y yo navegamos después, sin atrevernos a turbar el silencio con nuestras voces vanas. Un blanquísimo albatros pasó rasgando el cielo con sus alas gigantes. Hacia el lado del Oriente despuntaba una luz tenue, como si empezara a amanecer...

En este punto hay como un hiato en mis recuerdos, o al menos una aceleración fantástica en el tiempo y una brusca transposición en el espacio.

Por inverosímil que a muchos parezca esta aventura, ella no es humanamente imposible; sobre todo no lo es en el Onaisín, la isla mágica. Algunos discutirán si pudo ser tan grande el poder de Karniel, postrer chaan de los onas; pero es indudable que él me ofreció ir por aquel límite en que el espacio tórnase tiempo, según se lo ve prácticamente en la esfera de un reloj, y en que el espacio pierde su realidad táctil, según se lo ve en los reflejados ámbitos de un espejo. Ello es también posible en la naturaleza interior del hombre, cuya memoria es espacio sensorial trasmutado en tiempo y cuya imaginación profética es tiempo trasmutado en espíritu. Por eso Karniel habíame dicho cuando me ofreció la evasión: "También eso es posible"; y por ello él se jactaba de que el alma puede realizar, mediante la acción directa de la mente, cosas tan maravillosas como las de la radiotelefonía y la televisión. Así lo son algunas

peripecias ya descritas, y otras con que terminará este relato.

La canoa de Karniel, prosiguiendo su viaje de regreso, llegó a una bahía que yo reconocí perfectamente: el Monte Susana al Oeste, con su falda frondosa; el Monte Olivia al Este, con su mole arquitectónica; al Norte, la Cordillera Le Martial, con su cumbre nevada; al Sur, la costa verde de la Navarino; y, en medio de ese anfiteatro, la bahía ushuaiana semejante a un lago. Todo este paisaje era el mismo de la realidad, tal como yo lo conocía. Pero la obra del hombre parecióme nueva en aquel lugar antes maldito. Los muelles estaban llenos de barcos mercantes y de guerra, casi todos de bandera argentina. En la Península de Usín había un campo de aterrizaje, con varios aviones de los que diariamente hacían ahora viajes al interior de la Isla y a Buenos Aires, con escalas en el Continente. Lo que antes fué el Presidio habíase transformado en un reformatorio de colonización penal. Más allá, hacia la cascada del Olivia, había una planta hidráulica y extendíanse las instalaciones del nuevo Jaiud, donde habíase logrado la salvación de los últimos onas, en una prole robusta que allí, con médicos y maestros, vivía higiénicamente y se educaba para trabajar. Por el otro extremo de la Costanera, en el solar del viejo Cementerio, alzábase el palacio del Instituto Fueguino, con escuela, biblioteca y museo, centro de estudio sobre temas locales. En otros sitios de la ribera había una base naval, astilleros, arsenales y laboratorio de investigaciones hidrobiológicas. El puerto pululaba de lanchas pescadoras que proveían a la población y a una gran fábrica de conservas. El Sol, que no tardó en aparecer, alumbró en su conjunto aquel inesperado espectáculo. Us-

huaia escorzábase sobre la barranca del Beagle, magnífica, populosa como una ciudad. Algunos aserraderos echaban al aire el humo de sus chimeneas.

Cuando Karniel y yo bajamos a tierra, me hallé desconcertado. La gran ciudad despertaba a su trajín cotidiano. Muchos obreros iban hacia los muelles y talleres. Abrían sus puertas diversos escritorios, almacenes, casas de familia. Pasaban automóviles, y tractores cargados de madera, lanas, minerales, pieles. Dos carreteras macadamizadas partían, la una hacia Lapataia, la otra hacia el Lago Cáhme y la pampa ganadera. El bosque de antaño había sido talado para dar plaza al crecimiento de la ciudad. Chile Chico había desaparecido, reemplazado por un barrio nuevo de viviendas limpias. La gente mostrábase laboriosa y contenta. Todo habíase transformado como por ensalmo, y supe que a la par de la capital había progresado el interior de la Isla, gracias a un nuevo régimen de la tierra y a un inteligente sistema de colonización y educación. Todo el Onaisín, ya libre de su antigua infamia, prosperaba estrechamente unido a la Nación, que regía el territorio con patriotismo generoso.

Al andar por las calles noté que la gente parecía no vernos ni a Karniel ni a mí. ¿Es que habíamos perdido nuestra condición corporal? ¿Es que éramos nuestros mehnes? ¿Es que yo había muerto, acaso de frío? Se lo pregunté a Karniel, y éste me miró sonriente, sin contestarme. Desazonado, le manifesté mi deseo de volver a casa.

Por el repecho de la calle Dreller, bien pavimentada ahora, caminamos hacia la Loma del Telégrafo; pero la oficina había cambiado de lugar; la torre metálica de sus comunicaciones aéreas levantábase en otro sitio de

Ushuaia. Apenas si reconocí aquel barrio que fué mío, transformado por edificios nuevos. Solamente la casita policial que yo habitara antaño, quedaba en pie, solitaria en la loma. Comprendí que la conservaban como reliquia de un pasado bárbaro. Los vecinos la llamaban "la casa histórica". La puerta ostentaba una chapa de bronce, cuya inscripción recordatoria me conmovió.

Karniel despidióse de mí y vi desaparecer su silueta calle abajo, como si se hundiera en una niebla. Yo entré en la vieja casa, por mirar, después de tanto tiempo y tantos cambios, la que fué mi habitación. Pero al entrar en ella me vi sumido en espesa sombra. Luego, en la oscuridad, parecióme que recobraba mi cuerpo, y me hallé en mi angosta cucheta, bajo el quillango de vicuña con que solía abrigarme en las noches heladas.

—¡Cosa extraña! —pensé—. ¿Habré soñado?

Luego púseme a reflexionar que, al fin, no son distintas la experiencia onírica y una incursión a la región de los mehnes. En el Onaisín mágico esto no es imposible. Bien podía ser que el misterioso Karniel, postrer chaan de los onas, hubiérame conducido esa noche hasta Konik-Sción, la isla blanca que está adentro del cielo, como los indios decían, y en ese viaje más allá del tiempo y del espacio yo había podido contemplar las cosas del pasado y las del futuro.

Dejo a los sabios el discriminar esta cuestión, aunque bien sé que cuanto he referido será para algunos una aventura digna de estudio y para otros tan sólo el sueño de una noche de mayo en Ushuaia, confín austral del mundo habitado por el hombre; el sueño de un patriota confinado, y nada más.

A fuer de escrupuloso historiador, agregaré que inquietado por las reflexiones ya dichas me largué del

lecho y descorrí la cortina para mirar hacia afuera desde la habitación. Mi reloj marcaba las nueve de la mañana, y la luz del día era muy escasa aun. La Cordillera Le Martial, a cuyo pie yo habitaba, ocultábase tras de una espesa bruma. Caía la nieve a copos, y el Horroken-Hayen seguía soplando afuera con violencia.

F I N

INDICE

	Pág.
<i>Explicación preliminar</i>	7
1. La epopeya de Kuanip	11
2. El cóndor de plata	15
3. Panorama de Ushuaia	19
4. Recreación cartográfica	23
5. Primeras exploraciones	26
6. Toponimia poliglota	30
7. Ruta de naufragios	33
8. Nómima siniestra	37
9. Peñasco y niebla	40
10. Canal de Beagle	43
11. La leyenda darwiniana	45
12. Testimonios contradictorios	48
13. Los indios antárticos	51
14. Misterios del Archipiélago	54
15. El Onaisín mágico	58
16. Evangelistas ingleses	61
17. La lengua yamana	64
18. Un viejo yagán	67

	Pág.
19. Misiones italianas	70
20. El Klóketen de los onas	74
21. El ona Silcha	78
22. El colegio del Jaind	81
23. El cataclismo histórico	85
24. La raza exterminada	88
25. Demarcación de límites	91
26. Empieza la edad moderna	95
27. Un error de gobierno	98
28. El Presidio Nacional	101
29. Jornada carcelaria	104
30. El convoy de los leñadores	107
31. Interior del Presidio	110
32. Plática nocturna	114
33. Memorial de los presos	116
34. Censo de Ushuaia	119
35. El ejemplo chileno	124
36. El Capitán Piedra Buena	128
37. El explorador Lista	134
38. El gobernador Godoy	138
39. Los buscadores del oro	142
40. Un gaucho sueco	145
41. El pirata imaginario	149
42. El cura párroco	152
43. Un patriarca andaluz	155
44. Vieja patricia	159
45. La escuelita del pueblo	163
46. El clima y el hombre	166
47. Un navegante solitario	169

	Pág.
48. La ausencia argentina	172
49. Bibliografía fueguina	175
50. Elaboración de este libro	178
51. La Isla del Fuego	181
52. El nuevo Jaiud	184
53. Tierras fiscales	186
54. Aislamiento insular	189
55. La fortuna inmóvil	192
56. Flora magallánica	196
57. Fauna industrial	198
58. Horroken Hayen	202
59. Recapitulación de la historia	205
60. Plan Fueguino	208
61. La empresa heroica	212
62. Las Malvinas, el otro Archipiélago	215
<i>Epílogo fantástico de una historia verdadera</i>	221
Mi fuga a la Isla de Konik-Sciön	223

ESTE LIBRO FUE ESCRITO EN
USHUALA, DE ENERO A MAYO DE 1934,
CONFINADO EL AUTOR POR CAUSAS
POLÍTICAS. SE PUBLICÓ POR ENTREGAS
EN EL SUPLEMENTO DOMINICAL
DE "LA NACIÓN", DE AGOSTO DE
1941 A ENERO DE 1942, CON EL TÍTULO
DE ARCHIPIÉLAGO. AHORA
APARECE POR PRIMERA VEZ
EDITADO EN VOLUMEN POR LA
EDITORIAL LOSADA, S. A.
Y SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA
IMPRESA LOPEZ
EL 14 DE ABRIL DEL AÑO 1942.